

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades  
Convocatoria 2016-2018

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología

Cuerpos, modos de negociación y rituales cotidianos. Una aproximación etnográfica a  
las trabajadoras sexuales de cuatro burdeles de Quito

Franklin Abel Ramírez Guerrero

Asesor: Alfredo Santillán  
Lectoras: Alicia Torres y Lisset Coba

Quito, abril de 2020

## **Dedicatoria**

A las dos mujeres más importantes en mi vida: Alejandra y Elva.

## Tabla de contenido

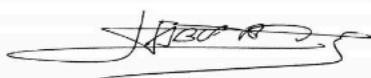
<b>Resumen</b> .....	VI
<b>Agradecimientos</b> .....	VIII
<b>Introducción</b> .....	1
Proceso metodológico .....	4
Aproximación etnográfica y aplicación metodológica .....	9
<b>Capítulo 1</b> .....	15
Acercamiento conceptual .....	15
1. ¿Prostitución o trabajo sexual? .....	16
2. Rituales y cotidianidad en el trabajo sexual .....	19
3. Cuerpo e interacción performática .....	30
<b>Capítulo 2</b> .....	42
Imaginarios colectivos y narrativas: las políticas públicas y normativas legales en relación al trabajo sexual .....	42
1. Breve caracterización del trabajo sexual en Quito .....	43
2. Debates alrededor del trabajo sexual .....	53
2.1 Políticas públicas y normativas legales .....	53
<b>Capítulo 3</b> .....	62
“Bienvenidos:” performance y modos de negociación en el trabajo sexual.....	62
1. “Sexo, esparcimiento y licor...” .....	63
1.1 Aproximación al campo .....	63
2. “No somos las mismas, no podemos ser las mismas...” .....	84
2.1 Cuerpos, espacio y territorio en el trabajo sexual .....	84
3. “Tienes que enfocarte en tu cuerpo, en pintarte, en comprarte ropa...” .....	94
<b>Capítulo 4</b> .....	105
Lenguaje e interacción: mecanismos y estrategias usadas por las trabajadoras sexuales .....	105
1. “Hay que saber conversar. Tienes que acercarte, decirle algo bonito...” .....	105
1.1 Seducción y lenguaje en el trabajo sexual.....	105
2. “Todo acá lo resuelves hablando...” .....	122
<b>Conclusiones</b> .....	127
<b>Lista de referencia</b> .....	132

### **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Franklin Abel Ramírez Guerrero, autor de la tesis titulada “Cuerpos, modos de negociación y rituales cotidianos. Una aproximación etnográfica a las trabajadoras sexuales de cuatro burdeles de Quito”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, abril de 2020



---

Franklin Abel Ramírez Guerrero

## Resumen

Llevar a la palestra de la discusión teórica el trabajo sexual implica estar consciente de una realidad de vulnerabilidad económica y social que atraviesan las sexo-servidoras. Las mujeres vinculadas a esta actividad han tomado el trabajo sexual como una decisión, dentro de un abanico más amplio, que se relaciona con la idea de cierta independencia y la posibilidad de obtener la mayor cantidad de réditos económicos en el menor tiempo posible. En muchos casos, el trabajo sexual, es una decisión consciente, es el medio para lograr un fin: la obtención de un préstamo, la compra de un departamento o el acceso a un mejor estilo de vida. En definitiva, el burdel, para un buen número de mujeres que ofertan servicios sexuales se relaciona con la consecución de ciertas condiciones materiales de vida.

No obstante, no desconozco el trabajo sexual masculino que si bien no será tratado en esta tesis tiene dimensiones, tratamientos, formas de negociación y dinámicas distintas. Reconocer la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales es fundamental en tanto permite evitar esencialismos vinculados con el trabajo sexual como la panacea, o el remedio a desigualdades sociales, culturales, políticas, económicas y de género que están presentes en la forma en la que está estructurada y organizada la sociedad y que nos ubica a los hombres en la parte más alta de la pirámide.

Lo anotado sirve como plataforma sobre la cual se asientan los objetivos de esta investigación, la misma que enfoca todos sus esfuerzos para visibilizar las prácticas ritualizadas de las trabajadoras sexuales con el fin de intercambiar sexo por dinero. En esta senda, es importante señalar que el mundo del burdel tiene dinámicas propias que se vinculan con lo afectivo, con lo político, con lo literario o con lo económico. Sin embargo, la tesis que aquí presento se configuró con el propósito de encontrar sentidos, significados, destrezas, expresiones -corporales y orales- en las prácticas diarias de las trabajadoras sexuales. Uno de los ejes de este trabajo es el cuerpo: su transformación, su movilización y las formas en las que este se prepara, junto con la mente, para el apareamiento de un personaje específico: la trabajadora sexual.

En base al trabajo etnográfico realizado durante siete meses en cuatro burdeles de Quito (The Show, Guajira, Habana y Apple), presento la siguiente lectura del burdel: es un espacio que exige un comportamiento específico, un lugar que en cierta medida exige la actuación de unos personajes, un sitio con reglas y normas que trabajadoras sexuales y clientes tienen que cumplir.

El argumento sobre el que se asienta este escrito tiene el siguiente hilo conductor: las mujeres que trabajan en los burdeles presentes en esta investigación son actrices que necesitan y que preparan sus cuerpos y sus mentes para que el intercambio sexo-económico con sus clientes sea efectivo. La elaboración de esa actriz, de ese personaje requiere de la presencia de una forma de vestir, de caminar, de hablar, de maquillarse específicas y fundamentales en el trabajo sexual. También expongo que dichas prácticas (maquillarse, vestirse, hablar y caminar) son rituales que están sujetos a la vida cotidiana de esas mujeres. Dichos rituales -o prácticas ritualizadas- son solamente un fragmento de otros (como rezar) presentes en las trabajadoras sexuales antes de salir al escenario a representar su papel de la mejor manera posible.

En este punto, los clientes adquieren gran relevancia. Se convierten en una suerte de audiencia siempre expectante, curiosa y observadora; una audiencia que no es estática, es participativa en tanto dentro del burdel -como en otros espacios- gozan de una agencia que les permite movilizarse en muchos sentidos. En última instancia, la aproximación etnográfica hecha a los cuatro burdeles, a las trabajadoras sexuales y a los clientes me permiten afirmar que ellas buscan el intercambio de sexo por dinero a través de un performance, una actuación que para ellos sea creíble.

## **Agradecimientos**

Quiero extender mi más sincero agradecimiento a Alfredo Santillán y a su trabajo como asesor de esta investigación. Sus lecturas, comentarios, observaciones y acotaciones fueron un aporte significativo para que este trabajo tenga solidez académica.

Igualmente, es vital extender mi gratitud a las mujeres trabajadoras sexuales, clientes e informantes que colaboraron con esta tesis. Cada uno de sus relatos fortaleció el argumento central de la investigación, y permitió encontrar en el trabajo sexual un abanico importante de posibilidades académicas, sociales, políticas y económicas. La retribución a esas personas comprometidas es este trabajo finalizado, así como el mantenimiento de los acuerdos -conservar el anonimato, por ejemplo- a los que en un principio llegamos. Ellas y ellos, sabiendo lo conflictivo que es hablar sobre trabajo sexual y sobre clientes que acuden a los burdeles, consintieron que obtenga información de sus dinámicas de vida tanto al interior como al exterior de cada uno de los espacios que son parte de este ejercicio etnográfico.

Quiero dejar constancia también del apoyo que significó, en muchos casos, la apertura de los profesores Jorge Núñez y Sofía Zaragocin; ambos docentes de FLACSO-Ecuador siempre tuvieron una gran apertura para resolver algunas dudas que, como en toda investigación, aparecen. Infinitamente, estaré agradecido con cada una/o de mis compañeras/os de maestría. Su presencia y comentarios -en cada uno de los cursos tomados- son, hasta la actualidad, una contribución significativa a mi crecimiento académico y personal.

Agradezco la presencia de mi madre, de mi padre, de mis hermanos, de mis primos, de mis tíos, de mis sobrinos, de mis abuelos, de La Red Ecuatoriana de Cultura Funeraria y de La Gran Cofradía de la Cerveza 1516 que a su manera mantuvieron una preocupación porque este trabajo llegue a su fin. No puedo olvidarme tampoco de Patricio Rivera, persona que hizo que mi acceso a FLACSO sea posible.

Por último, y no por ello menos importante, quiero señalar mi más profundo agradecimiento a dos de los tres miembros de La Santísima Trinidad (Dayan y Neil), y a mis perros (Ebrio y Bingo), seres vitales en mi vida personal y académica.

## Introducción

El cuerpo, la forma en la que se activan sus prácticas, lo que evidencia y lo que implica para la mujer desenvolverse en un espacio como los burdeles están engarzados con estructuras y contextos mucho más amplios como la construcción del Estado-nación, el apareamiento de instituciones como la iglesia, la familia, o la educación formal. Todos ellos significaron, a lo largo de la historia, el surgimiento de una mujer acorralada en espacios de sumisión y obediencia vinculada a la moral y al mantenimiento de una organización social patriarcal, machista, inequitativa y consecuentemente violenta. Esto ha aportado la apertura de lo público para el hombre -lugar en el que se le posibilita la negociación, los cargos públicos, mejores salarios, el alejamiento de las labores del hogar y la separación del campo de los cuidados- en contraposición al papel que por centurias han debido mantener las mujeres: amas de casa y madres. Por ello, si se toma en cuenta que las relaciones de pareja son también relaciones de poder se tiene, al menos indicios, que el hombre es quien ha tenido y aún mantiene una gran ventaja sobre el poder de decisión y el lugar en el que se ubican las mujeres.

Los estudios de género, instituciones nacionales, organismos internacionales, etc., han abordado desde muchas aristas esta realidad y se ha llegado a la siguiente conclusión: la distribución social de las personas es patriarcal y ha generado binarismos como el de dominación-subordinación, y una suerte de jerarquización basada en la naturalización de roles a partir de la existencia de los sexos (biológicos). Rubin (1986), siguiendo las obras de Lévi-Strauss y Freud, señala que la forma en la que se organiza la vida humana responde a un sistema de relaciones en el que las mujeres paulatinamente se han convertido en esclavas de los hombres (Rubin 1986). Para ella, se trata de “un aparato social sistémico que emplea a las mujeres como materia prima y modela mujeres domesticadas como producto” (Rubin 1986, 97). Por lo tanto, muchas de las formas de entender el cuerpo y de construir el género<sup>1</sup> responden y/o son producto de una serie de construcciones sociales que condensan los roles de lo masculino y lo femenino (Laverde 2012).

---

<sup>1</sup> Si bien esta tesis no tiene un enfoque profundo en género es importante señalar que cuando se escribe y se piensa -en términos académicos- sobre mujeres, y su relación con los hombres, el género atraviesa la discusión. Esto es gracias a que los aportes de los estudios feministas han abierto las puertas para que el género funcione como una categoría relacional de análisis sociológico, antropológico, filosófico, psicológico, etc.

El trabajo, por ejemplo, tiene muchas de estas discusiones puesto que ubica a las mujeres en el plano de lo doméstico mientras que a nosotros (los hombres) en lo público.<sup>2</sup> Ha sido el generador para que muchos de los discursos existentes acerca de las actividades cotidianas que practican/mos hombres y mujeres se enmarquen en sitios donde nosotros tenemos más posibilidades para poner a andar “el hacer,” mientras que ellas están sujetas a un cúmulo de prohibiciones que casi siempre son de carácter moralista. En palabras de Rubin (1986) hay un sistema sexo/género que se encarga de ordenar la vida de los sujetos en donde el resultado es el sometimiento de las mujeres. En este punto, son importantes los aportes que se han hecho desde las aristas feministas (Butler 2002; Federici 2010), por nombrar un par. También están las contribuciones que se han hecho desde el género - como categoría analítica- y que no están alejadas del tema de las mujeres y el trabajo sexual (Clark 2001; Butler 2007; Laverde 2012; Galindo y Sánchez 2007).

Esta proliferación de textos, artículos y demás documentos que hacen alusión al tema del cuerpo como un espacio de construcción de memorias, resistencias y economías políticas se evidencian en los trabajos y escritos de Lahitte (2012), Checa (2012) y Majuelos (2015) por mencionar algunos. Explico la pertinencia de cada uno en esta tesis. Lahitte hace hincapié en el cuerpo y desde el cual es posible hacer una lectura relacionada a las memorias, resistencias y economías políticas. Ella, en su tesis, aprovecha las posibilidades y potencialidades de la categoría de género para convertirla en la punta de lanza de lo que será un análisis profundo de la economía política, el espacio y el papel del cuerpo en el trabajo sexual callejero de Buenos Aires. Asimismo, a partir de un profundo análisis de Foucault, afirma que la sexualidad debería ser entendida “como objeto de disciplinamiento, regulación y control social, así como un campo de construcción de moralidades” (Lahitte 2012, 79).

Siguiendo el pensamiento de Checa, esto tendría sentido porque a la mujer -en específico a la trabajadora sexual- “se le otorga un rostro social [...] que constituye a la prostituta en no solo un peligro moral, sino sanitario, cargando, por lo tanto, un doble estigma” (Checa 2012, 4). Es decir que ser sexo-servidora tiene una carga importante de estigmas que se engarzan fuertemente con una constante construcción de imaginarios colectivos. Majuelos (2015), por su parte, hace un acercamiento al trabajo sexual como un hecho social que en una sociedad

---

<sup>2</sup> Al respecto se puede identificar la afirmación hecha por Kate Millet: “El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban.”

como la nuestra resulta imposible su inexistencia puesto que es similar a cualquier otra acción comercial. A partir de una aproximación a las formas en las que el cliente aparece dentro del trabajo sexual, ubica su estudio en “las relaciones sociales de ocio y entretenimiento que articula el trabajo sexual a través del desempeño mediante la interacción<sup>3</sup> entre trabajadoras y clientes” (Majuelos 2015, 2) en donde el componente económico no debe, ni puede dejarse de lado.

La complejidad que implica hablar sobre el cuerpo y sus prácticas en las trabajadoras sexuales está referida a una serie de factores políticos, económicos, culturales, legales, de salud pública y a ciertas destrezas y maniobras que son claves para entender el mundo del burdel, la teatralización y el performance en el trabajo sexual. Desde la antropología, los estudios sobre el cuerpo otorgan un abanico de posibilidades para ubicar al trabajo sexual en el centro de la discusión y en las dinámicas de interrelación de aquel grupo humano. Esto es posible porque en el cuerpo se evidencian una serie de elementos que describen diversas formas de vida, de pensar, de entender y de enfrentar el mundo: es un territorio en el que se observan disputas, conflictos, estrategias, triunfos o afectos.

Por tanto, cuando se habla de estrategias de negociación en el trabajo sexual (teatralización, performance) es insostenible pensar que el cuerpo, como unidad de análisis, podría quedar relegado a un segundo plano. Hay pensadores que son significativos en esta línea y que son la base para dar cuenta de rituales y prácticas llevadas a cabo por las trabajadoras sexuales para lograr un intercambio sexo-económico efectivo (Caballero 1998; Finol 2006; Van Gennepe 2008; Goffman 1971), entre otros.

Sobre la base de lo ya escrito es plausible agregar que esta tesis tiene validez e importancia porque pretende evidenciar que el sentido de las prácticas y rituales cotidianos son sustanciales y significativos para las mujeres que ofrecen servicios sexuales. A la par, pretendo mostrar cómo esas prácticas y rituales cohesionan, generan sentido de pertenencia y en algunos momentos dan lugar al apareamiento de espacios de camaradería en las mujeres de los burdeles que colaboraron en la consecución de éste trabajo. Para cumplir con el objetivo propuesto me inserté en una lectura y análisis profundo de los trabajos de Goffman.

---

<sup>3</sup> Weber (2014) sustentará la acción en dos premisas, o motivos: 1) causa subjetiva y; 2) los fines. El filósofo alemán, con ese postulado, propone que toda acción tiene razón de ser y un objetivo.

Con esta aproximación se hizo posible visibilizar los burdeles como lugares en los que se desarrollan, más allá de intercambios casi que inconscientes, estrategias bien pensadas, estratagemas que hacen que el ritual tenga también un sentido comercial.

Siguiendo este supuesto es imprescindible advertir el cuerpo de las trabajadoras sexuales como un territorio que constantemente se mueve, se traslada y al hacerlo sufre una transformación que es vital para entender las prácticas de cada una de ellas. Me refiero a que el cuerpo de las trabajadoras sexuales, lo mismo que ocurre con cualquier otro trabajo<sup>4</sup>, requiere de una transformación específica para cumplir con unas funciones determinadas. Aquí es válido mencionar también los postulados de Esteban (2004) en los que señala que en los cuerpos -sobre todo de las mujeres- están presentes identidad, condiciones materiales de existencia, y una serie de prácticas individuales y colectivas (Esteban 2004). Acotando, en este trabajo fue necesario tener en cuenta que el escenario en el que nos desenvolvemos -y se desenvuelven las sexo-servidoras- son esenciales para la interpretación de un “papel” específico (Goffman 2001).

### **Proceso metodológico**

A la sazón de lo anotado, esta investigación tiene por objeto analizar el burdel como un espacio en el que el cuerpo, la mente, las expresiones orales, la vestimenta y el maquillaje son esenciales para el intercambio de sexo por dinero entre trabajadoras sexuales y clientes. Todos esos elementos son concebidos como prácticas ritualizadas y consecuentemente significativas al momento de hacer una lectura del trabajo sexual como un oficio cargado de símbolos constantemente resignificado por ellas y ellos. Unos y otros, en su intención por cumplir con la representación de un personaje movilizan sus cuerpos de un modo específico. Para alcanzar los fines propuestos he hecho un acercamiento a las discusiones alrededor del cuerpo, la representación, el performance, la cotidianidad y los rituales que se dan en el mundo del burdel.

Todo ello sustentado en el presupuesto de Goffman (2001) que indica que toda relación social, por efímera que parezca, es una escenificación en la que los actores se preocupan por proyectar una imagen. Se empeñan, dice el mismo pensador, por adoptar un papel, un

---

<sup>4</sup> Mari Luz Esteban (2004) dirá en este punto que pese a la existencia y el apareamiento de lugares para la reivindicación y diversas luchas, el cuerpo, si se hace un análisis frente a las posibilidades reales que tienen/tenemos hombres y mujeres, sigue siendo un “espacio de contradicción social” (Esteban 2004, 23).

personaje específico. Se trata de representaciones repletas de símbolos y signos muchas veces dominantes. Para el sociólogo canadiense, todos somos actores en el teatro de la vida puesto que buscamos generar algún grado de impresión en los demás: tratamos al resto como si de una audiencia se tratase, y lo hacemos través de una serie de elementos simbólicos y una gran cantidad de roles que son aceptados socialmente. El proceso de extrapolación de lo anotado a esta investigación abre la posibilidad de ver el burdel como si de un teatro se tratase, un escenario que demanda ciertas cosas en donde las sexo-servidoras son actrices, los clientes una audiencia (nunca estática, con una agencia y unas intenciones específicas), el animador tendría funciones parecidas a las del director de orquesta o maestro de ceremonias; las habitaciones en donde se ofrece el servicio sexual serían los bastidores donde se prepara el equipo y la obra con mucha confidencialidad.

Al proceso dramaturgico ofrecido por Goffman (2001) he añadido el componente ritualístico que ubica símbolos dominantes, espacios sagrados y profanos, formas de caminar, de vestir, de expresarse oralmente, de maquillarse, de bailar y de movilizar el cuerpo y la mente para un fin: el intercambio de sexo por dinero. Si bien el feminismo ha hecho hincapié, entre otras cosas, en el cuerpo como espacio político, aquí pretendo mostrar que el trabajo sexual es un negocio, y como tal los modos de negociación no solo están en lo monetario, sino en el cuerpo que es transformado para convertirse en instrumento de intercambio. Por tanto, me he propuesto resolver el siguiente objetivo:

1. Evidenciar, a partir de la inserción en cuatro burdeles de Quito (The Show, Guajira, Habana y Apple), las formas en las que las prácticas de transformación del cuerpo y la mente de las sexo-servidoras implican la existencia de sentidos, significados y prácticas que se ajustan solamente al trabajo sexual.

El fin de esta tesis no puede desligarse de la siguiente idea: todas las prácticas que las trabajadoras sexuales llevan a cabo en el burdel tiene la finalidad de intercambiar sexo por dinero. Aquí es importante la descripción, a partir de trayectorias de vida, de la transformación del cuerpo antes de ejercer el trabajo sexual y los modos en los que el cuerpo y las expresiones orales funcionan en el burdel al momento de negociar con los clientes.

Todo ello en el entendido que cada acción para transformar el cuerpo tiene componentes simbólicos que para las trabajadoras sexuales se traducen en significados y si se quiere, en formas de enfrentar la vida al interior del burdel. Por ello, es importante tener claro que hay comportamientos que son afines a lo ordinario lo que no implica que no sean eficaces, necesarios y operativos y que en el grupo de mujeres que ofrecen servicios sexuales se vuelven fundamentales. Se trata de maneras en que las mujeres vinculadas al trabajo sexual engalanan su imagen a través de acciones específicas que pueden ser concebidas como rituales y que, indudablemente, tienen la intención de generar interés en beneficio de la productividad del negocio.

Goffman (1971) asegura: para que nosotros podamos desempeñarnos socialmente, en cualquier ámbito, sobre todo cuando se trata de formas específicas cumplimos con actuaciones, y como toda actuación, ésta tiene un escenario, una demanda corporal, una demanda emocional, una preparación física y una preparación gestual. Entonces, hay que reunir y/o movilizar una serie de recursos que van desde el escenario en que nos movemos hasta la forma en las que nos presentamos públicamente para que las personas que ven dicha actuación la comprendan<sup>5</sup> (Goffman 2001). Al aplicar esta lógica a las mujeres que ejercen el trabajo sexual se notará que hay ciertas formas de mostrarse, de gestualizarse y de preparar el escenario.<sup>6</sup> Se trata de una preparación vinculada a lo que Bourdieu concibe como capital corporal, que en el cabaret toma la forma de capital sexual (Galak 2010).

Un aspecto importante que anotar en este punto es la diferencia existente entre Bourdieu y Goffman. Para el primero, la sociedad está engarzada con una serie de estructuras que determina los comportamientos de los sujetos. Deja de lado la mera interacción de los individuos para centrarse entender la sociedad en conjunto con actores e individuos: campo, capital y habitus son los pilares sobre los cuales es posible entender el pensamiento del sociólogo francés. Goffman, por su parte, deja de lado las estructuras y se preocupa más en la impresión, en la actuación y en el escenario. Para culminar esta tesis he puesto mis esfuerzos

---

<sup>5</sup> Para ser estudiante, por ejemplo, hay que cumplir con ciertas prácticas que se esperan de él, caso contrario no es validado como tal. Tiene que hablar cierto lenguaje, vestirse de cierta forma, etc. Por ello es posible asegurar que hay una serie de prácticas que se tienen que cumplir para poder ser lo que somos.

<sup>6</sup> El escenario requiere de cierta preparación, y hay cosas que éste demanda y que ellas van a tener que manifestarlas en ese espacio. Cuenta con características específicas, incluso geográficas. Está ubicado en un lugar específico, el sitio en el que se cambian es ajeno a los clientes, la audiencia, actrices y/o actores tienen roles definidos, las luces, la ubicación de la barra y la pista de baile tienen una función específica. Todo en el lugar tiene un sentido y orden específicos.

en extraer de Goffman la importancia de la interacción y del revestimiento de un personaje: la trabajadora sexual. Sin embargo, no me desentiendo de lo acertado de Bourdieu en cuanto a las nociones de habitus, campo y capital.

El trabajo sexual es mucho más que un número, una forma de expresión de libertad del cuerpo, una teoría, violencia, política, ornato. Es también una industria en la que se negocian muchas cosas<sup>7</sup> y de muchas formas. Al decir formas me refiero a que no se trata solo del intercambio de cierta cantidad de dinero por servicio sexual, hay otros factores que están en juego y que generalmente no son tomados en cuenta. El debate alrededor de esto ha pasado por una serie de terrenos y esferas. Sin embargo, luego de un exhaustivo recorrido por varias tendencias encuentro que poco es lo que se ha dicho respecto del uso del cuerpo como medio de negociación entre la sexo-servidora y el cliente. En dicha búsqueda encontré que tampoco hay una línea que se haya preocupado por las prácticas de la vida cotidiana de las trabajadoras sexuales que permiten la transformación de la psiquis y el cuerpo antes de ejercer la actividad sexual. No es menor mencionar un antes en la práctica del trabajo sexual. El antes implica el tiempo usado para preparar y adornar el cuerpo, y las distintas prácticas ritualizadas que permitirán el nacimiento de la actriz/trabajadora sexual.

He expuesto algunos acercamientos al trabajo sexual. Muchos de ellos relacionados con la higiene, con el ornato, con la distribución geográfica de los espacios, con la moral, con la aplicación de políticas públicas o con el turismo. Pero es desde la academia que aparecen ciertas preocupaciones por las condiciones de trabajo de las mujeres vinculadas a esa labor. Sin embargo, varios de sus escritos no han llegado lejos en términos de entender cómo se negocia el cuerpo con el cliente. Esta aproximación bibliográfica me permite entender el cuerpo -dentro del burdel y en el trabajo sexual- como un espacio mediante el cual se busca representar una actuación, y a partir de ésta intercambiar sexo por dinero. Es un intercambio que tiene sentido por la existencia de ciertas prácticas que son significadas y significantes para cada una de las sexo-servidoras.

Es en esa plataforma en la que se sustenta mi interés de responder a la pregunta ¿Cuáles son las prácticas preparatorias al performance del trabajo sexual? Esto, en el entendido que dichas prácticas preparatorias son de ida y vuelta. Es decir: así como hay una preparación para el

---

<sup>7</sup> El cuerpo, los mismos locales, las mujeres, los clientes, etc.

aparecimiento de la trabajadora sexual, existe también una que implica la devolución de las sexo-servidoras a sus cotidianidades. A ello hay que agregar que toda práctica de los sujetos se inscribe en lo que Goffman (2010) llama actuaciones en la vida cotidiana, y que estas actuaciones son una forma ritual de transformación del cuerpo. Sobre ese escenario me embarqué en la búsqueda de entender cómo se construye el personaje de la trabajadora sexual, cuál es el proceso que hace que su cuerpo vaya de un personaje a otro: ingresé en una suerte de microanálisis de la vida cotidiana y la performatividad, ambos pensados en términos de relaciones y marcos de poder que atraviesan lo cotidiano.

En conclusión, el trabajo sexual y/o la prostitución<sup>8</sup> han pasado por una larga data de discusiones que van desde el ámbito de lo moral hasta lo filosófico, lo laboral, los derechos humanos, el ornato, la política pública, la explotación, la trata, la regulación, la reivindicación, el abolicionismo, los imaginarios, el cuerpo, el género, el feminismo, la literatura y la estadística (Andrade 2007; Checa 2016; Clark 2001; Goetschel 1999; Laverde 2012; Toledo 2012; Wilking 2015; Zambrini 2012), por mencionar unos pocos. Todos ellos aportan de una manera significativa a los análisis alrededor del mundo del trabajo sexual de los burdeles y al que se ubica en las calles. Sin embargo, por los objetivos propuestos para esta tesis, así como por los más actuales posicionamientos de las mismas trabajadoras sexuales me adhiero a la postura de concebir el oficio -como lo llaman muchas sexo-servidoras- como un trabajo (Aguirre 2014).

Concibo el trabajo sexual -dentro de un sistema competitivo en el que el uso del cuerpo es básico para la consecución de dinero- como una acción en la que el cuerpo es usado para conseguir réditos económicos. El cuerpo, de ese modo, asimila, se adapta a dicha acción y genera dinero (Aguirre 2014; Federici 2010). Se entiende, entonces, que cuando se trabaja la mente y el cuerpo requieren ciertos preparativos. Me interesa, en esa línea, evidenciar cómo las trabajadoras sexuales se despojan de un personaje para desempeñar otro con la intención de identificar sentidos en sus prácticas cotidianas: cómo estas mujeres se comprenden y cómo se transforman así mismas a partir de estos ejercicios cotidianos.

---

<sup>8</sup> A pesar de que este trabajo no se enfocará en la discusión existente entre prostitución y/o trabajo sexual, he creído necesario ubicar ambos términos ya que en base a ellos es que se han desarrollado un sinnúmero de debates no solo en el ámbito académico, sino que han aparecido, -quizá sin la misma carga teórica-, incluso en los espacios de vida cotidiana de distintos grupos sociales. Dicho de otro modo: el trabajo sexual y la prostitución han servido para deslegitimar el oficio, a las mujeres que lo ejercen y para controlar el cuerpo y las acciones de las mujeres que no están relacionadas con esta actividad.

### **Aproximación etnográfica y aplicación metodológica**

La propuesta de trabajo metodológico que presento para el levantamiento de información relacionado con el cuerpo, el performance, el trabajo sexual, sus rituales y sus prácticas tiene la capacidad de enriquecer y reforzar los datos bibliográficos contrastados con la palabra hablada y vivida, es decir, la recopilación de testimonios a través de la oralidad y el trabajo etnográfico. Este procedimiento resulta pertinente porque las descripciones encontradas en el campo permiten ver la cotidianidad de las mujeres trabajadoras sexuales desde una perspectiva distinta, poner en discusión conceptos, categorías y nociones enteramente académicas y encontrar estrategias comunitarias para la interacción, la teatralidad y la negociación sexo-económica.

Es importante anotar que con el ejercicio etnográfico y con la aplicación de entrevistas semi-estructuradas, diálogos abiertos, grupos focales y visitas continuas al campo afronté una situación que en principio solo era conocida a partir de textos, supuestos, nociones, conceptos y categorías. La aproximación al mundo y a la dinámica de los burdeles que son parte de esta investigación me permitieron afrontarlo de una manera que hizo posible que la observación, las discusiones y el análisis de los datos encuentren signos y símbolos para dar cuenta de las distintas manifestaciones rituales alrededor del trabajo sexual, así como de las variadas concepciones que se tienen de él.

Los acercamientos realizados entre los meses de enero y julio de 2018 permitieron un mejor reconocimiento del campo, evidenciaron prácticas, rituales, comportamientos y conductas que demuestran que el trabajo sexual requiere de una inversión importante en el cuerpo para efectivizar las transacciones de sexo por dinero. Para hacer una mejor lectura del campo, al mismo tiempo que obtener resultados sugestivos, se trabajó a partir de observación participante, entrevistas, diálogos abiertos, grupos focales y ejercicios vinculados con las metodologías de las geografías feministas.

Explico brevemente algunos de los hallazgos, así como quienes fueron las trabajadoras sexuales que fueron parte de este trabajo: la elaboración de esta tesis pretendía arrancar con dos burdeles de Quito (Guajira y Apple), sin embargo las dinámicas del trabajo sexual y el hecho de que algunas de las mujeres laboran en más de un burdel me llevó a dos espacios más: el Habana y el The Show. Los cuatro componen, en alguna medida, una suerte de

circuito que es recorrido por cada una de las sexo-servidoras vinculadas a esta investigación. Entré a los primeros burdeles (Guajira y Apple) en calidad de cliente, sin conocer a nadie más que a un acompañante: un amigo cercano interesado no solo en asistir al lugar, sino en elaborar una diversidad de relatos literarios en torno a la vida de las trabajadoras sexuales. Poco a poco fui teniendo algo de cercanía a ellas. Los diálogos eran más extendidos, había más camaradería aunque no una confianza total.

Esas aproximaciones iniciales me llevaron a los otros dos burdeles. Ahí, ya con un par de meses inserto en el campo supe del circuito antes mencionado. Ellas tienen un conocimiento solo adquirido por ser parte de ese mundo, de a qué lugar y en qué día ir si se quieren obtener mayores ganancias. Poco a poco se fue develando no solo la forma en la que trabajan, los horarios, el tiempo de recorrido para llegar al burdel, el tiempo que tardan en maquillarse y cambiarse, las estrategias para hacer emborrachar y consumir al cliente, sino que esa cercanía que se iba forjando me permitía entrar en las habitaciones, ver el interior de sus carteras, mochilas, bolsos y demás instrumentos en los que llevaban ropa, maquillaje, un frasco de alcohol, algodón, papel higiénico, un par de condones y unos cuantos dólares. Pareciera poca cosa, pero este acercamiento más íntimo requiere de un grado de confianza que solo se obtiene con una constancia casi que diaria; unas visitas casi que diarias a cada uno de los burdeles.

Asimismo, tuve la oportunidad de acercarme y conocer a dos administradores, meseras y meseros, tres guardias de autos, dos porteros y a los integrantes de un grupo musical que esencialmente deleitaban con vallenatos en el The Show. Ya afianzado tanto en las intenciones que tenía con mis acercamientos a los burdeles, y una vez que cada una de las informantes tenía claro el objetivo de mi presencia en esos lugares profundicé mucho más en la vida de las mujeres que colaboraron para que este escrito llegue a su fin. Encontré que gran parte de ellas son foráneas, y pese a que hay ecuatorianas, casi todas son oriundas de provincias costaneras (sin dejar de lado la presencia de mujeres de la Sierra y la Amazonía). Los diálogos, entrevistas y grupos focales revelaron que ellas encuentran en el trabajo sexual una puerta que les permite mejorar sus ingresos económicos. Si bien buscan una mejora en las condiciones de vida -que un buen número logra- ese hecho es evidencia que son de clases

medias-bajas y bajas que viven en sectores alejados de la ciudad como Calderón, Carcelén, La Bota, La Mascota, La Recoleta y la 5 de junio.<sup>9</sup>

Lo anotado sirve para explicar que el trabajo de campo sobrepasa los acercamientos primarios que se hacen a la comunidad. Va más allá de meras visitas o aproximaciones y tiene una gran cantidad de elementos que lo conforman; la entrevista es uno de ellos. Como herramienta de recolección de datos, en la antropología, tiene la finalidad, quizá primordial, de focalizar, profundizar y contrastar datos obtenidos a partir de la búsqueda de información en archivos. Su pertinencia está vinculada a la recopilación de elementos como: la forma en la que los sujetos y las colectividades perciben el mundo, las maneras en las que los grupos sociales conciben los distintos procesos y manifestaciones culturales, el sentido de las prácticas diarias de individuos y colectividades, etc.

Su uso fue sustancial en el trabajo de campo ya que me puso en contacto con formas de entender, percibir, aceptar, vivir y concebir una/s práctica/s específica/s. No se trata de un instrumento que busca verdades objetivas, más bien permitió rastrear percepciones, datos históricos, narraciones, relatos, rituales y sentidos; su importancia tiene que ver con la exploración de datos que generalmente no se encuentran en libros, hemerotecas o archivos. En última instancia, las entrevistas fueron el camino para describir y explicar una o varias situaciones en el mundo del burdel y del trabajo sexual.

La aplicación de esta herramienta tuvo como base fundamental encontrar un tema que funcione como “anzuelo”<sup>10</sup> para, a partir de la respuesta obtenida, avanzar hacia una batería de preguntas más concretas. Este inicio en las entrevistas aplicadas tuvo consecuencias favorables ya que salían a la luz elementos de afectividad, y al mismo tiempo de identidad (Ardévol y otros 2003), lo que posibilitaba la continuidad de la entrevista.

---

<sup>9</sup> Apunto algunos de los hallazgos del trabajo de campo porque en términos metodológicos es vital la contextualización de las trabajadoras sexuales, los burdeles y el camino recorrido para llegar a la obtención de los datos más gruesos de esta investigación. Todo esto será ampliado en los capítulos siguientes, pero se evidenciará con mayor fuerza en el capítulo etnográfico.

<sup>10</sup> La noción de anzuelo es usada por Ardévol, Bertrán, Callén y Pérez (2003) en *Etnografía virtualizada: la observación participante y la entrevista semiestructurada en línea*. Con ello pretenden demostrar que pese a las aproximaciones previas que se hagan con el informante siempre hará falta una forma estratégica mediante la cual la entrevista sea accesible para el entrevistado y de fácil continuidad para el entrevistador. Es decir, la pregunta “anzuelo” es una forma en la que se obtienen datos, pero al mismo tiempo se encarga de romper las tensiones que existieran.

Si parto diciendo que la observación no es suficiente porque no recolecta “los sistemas de representación, nociones, ideas, creencias, valores, normas, criterios de adscripción, clasificación” (Guber 2004, 203), la entrevista aparece como herramienta que recoge percepciones, conductas individuales, conflictos, afectividades, sentidos de parentesco y demás. Es de ese modo que la entrevista “se presenta como una relación diádica canalizada por la discursividad” (Guber 2004, 208). Dicho de otro modo: “ya se trate de hechos, actitudes, opiniones o recuerdos, el investigador obtiene materiales y da sus consignas al informante a través de la palabra” (Guber 2004, 208). También sirvió como dispositivo para activar las memorias, los sentidos, las percepciones, la carga simbólica, los significados - individuales y colectivos- de cada una/o de las/os entrevistadas/os. Por último, es necesario indicar que los resultados de la entrevista no fueron tomados a la ligera, pasaron por un proceso de reflexividad y de análisis.<sup>11</sup>

Las ciencias sociales usan en cada una de sus investigaciones una serie de herramientas que permiten obtener, ajustar y contrastar datos. El grupo focal es una de esas herramientas. Su aplicación está directamente vinculada con la interacción entre participantes y moderador. Bertoldi, Fiorito y Álvarez (2006) consideran que el grupo focal es un instrumento significativo porque facilita el análisis, la reflexividad y la producción de información global; percepciones, cotidianidad, ritualidad, economía, colectividades.

Así, la preparación y ejecución de los grupos focales llevados a cabo -uno para trabajadoras sexuales y otro para clientes- fue importante porque abrió una serie de posibilidades para ver y entender las normas sociales dentro del burdel, también fue una forma mediante la cual, desde el ejercicio antropológico, profundicé en sentimientos, pensamientos y percepciones ya no individuales, sino colectivas (Bertoldi, Fiorito y Álvarez 2006). Tomando en cuenta que la intención era afinar, ajustar y contrastar información, esta herramienta fue pertinente en la investigación del trabajo sexual porque tuvo como sustento el hecho de permitir que salgan a flote reflexiones, críticas o sentidos que generalmente no aparecieron en los diálogos y entrevistas una/o a una/o.

---

<sup>11</sup> Su aplicación, sí, extrae información, pero al momento de su aplicabilidad no solo entra en juego lo que se dice, sino la forma en la que se lo hace. Por ello se toma en cuenta la palabra, los gestos, las percepciones y las disputas que muchas veces se evidencian en el tono de voz, o a través de la gestualidad del informante.

Su aplicabilidad permitió la inserción de guías de entrevista, mecanismos de participación, dinámicas para la cooperación, relatos y proyección de ciertas imágenes. Así, lo que se obtuvo fue un efecto de sinergia estimulado por las mismas condiciones grupales; había la presencia de una audiencia donde las/os asistentes -todas/os ellas/os- eran motivadas/os a participar gracias a la existencia de unos pares. Por tanto, es posible asegurar la eficacia de esta técnica gracias a que aparecieron nuevos datos y el ajuste de otros, así como abrió las puertas para entender todo el entramado social en un sistema de relaciones específico y en un tema determinado (Bertoldi, Fiorito y Álvarez 2006).

La investigación de carácter cualitativo parte, muchas veces, de la observación participante en la recolección de información. Marshall y Rossman (1989) la definen como el espacio que tiene como fin la descripción sistemática de eventos, comportamientos y dinámicas de un escenario específico. Esta herramienta otorga al investigador-observador cierta facultad acerca de lo que habla; están en juego los cinco sentidos y sus acercamientos al campo de estudio le avalan para expresar sentidos, nociones, formas de vida, comportamientos o rituales de un grupo determinado (Marshall y Rossman 1989).

Para el diseño y elaboración de esta tesis, esta herramienta fue clave ya que no solo involucraba la llegada a cada uno de los burdeles, sino que entraron en juego elementos como la mirada, la memoria, la participación en acciones concretas, entrevistas informales, diálogos abiertos y un cuaderno de campo en el que caben una serie de datos como percepciones, conflictos, sensaciones y horarios (Dewalt & Dewalt 2002). Con la observación participante se logró un acercamiento que dio como resultado la comprensión de formas de vida y el descubrir patrones de acción; la observación participante, en última instancia, permitió la interacción con el fenómeno y con los sujetos investigados (Taylor y Bogdan 1984).

La llegada al burdel, si bien no me convierte en parte de aquel mundo, sí admite la posibilidad de negociar un rol específico con las trabajadoras sexuales. Un rol en donde los sujetos investigados y yo teníamos un papel específico. No obstante, se logró “una relación de intimidad, sintonía y comprensión” (Marshall y Rossman 1989, 7) con las/os informantes y los espacios. Esta herramienta se volvió clave para la selección de las/os informantes porque permitió dar cuenta de las funciones, jerarquías, espacios sagrados, horarios, formas de vida y consecuentemente abrió la posibilidad de encontrarme con informantes clave. La pertinencia

de este instrumento se basó en la capacidad de describir conductas, lenguajes y significados, pero al mismo tiempo de encontrarme con las personas que se convertirían en significativas para la obtención de la información necesaria.

Por último, para dar cuenta de los sentidos que tiene el trabajo sexual para las entrevistadas se usó una herramienta clave en las geografías feministas (Blanco 2007; Oslender 2002; Ulloa 2016; Guitart 2012): el mapeo de espacios cotidianos, laborales y afectivos a través de las metodologías cuerpo-territorio (Guitart 2012; Cabezas 2013Gómez 2012; García Ramón; Zaragocin 2017). Esto, en alguna medida fue la pauta para entender los sistemas de género encarnados en el espacio, así como la/s identidad/es femenina/s y masculina/s en relación al espacio, al lugar y la performatividad. Encontré, a partir del uso de estas metodologías, que hay unas prácticas espaciales específicas del cuerpo.

Dicho de otro modo: hay una relación directa entre la producción del espacio y las sexualidades (Cabezas 2013). Esta revisión bibliográfica, así como el uso de las mencionadas metodologías fueron una puerta para evidenciar la importancia de los espacios en la ejecución de una actividad específica. Advertí que los sujetos están/estamos atravesadas/os por los espacios -burdeles en este caso- y que los cuerpos hacen territorio, crean espacialidades y son generadores de una serie de prácticas que le dan sentido a la vida de las mujeres vinculadas al trabajo sexual; los espacios nos significan y nos construyen (García Ramón 2008).

## Capítulo 1

### Acercamiento conceptual

*La dramaturgia es un ritual. Crea un sentido de realidad compartida, realidad que no es forzosamente efímera. En la medida en la que el ritual tiene éxito, crea símbolos sociales llenos de fuerza moral. Los participantes salen de un ritual creyendo en los símbolos, al menos durante cierto tiempo. La realidad social no es sólo construida, sino también reproducida y mantenida. Cabe, pues, decir que los rituales tienen un carácter coercitivo (Caballero 1998, 127).*

Este apartado es, en esencia, una aproximación a lo que se entenderá como trabajo sexual, rituales, vida cotidiana, cuerpo, interacción y performance<sup>12</sup>. Cada una de estas nociones es importante para entender las dinámicas de negociación en el trabajo sexual.

En el burdel, hombres y mujeres ponen en movimiento una serie de estrategias vinculadas no solo con lo que quieren lograr, sino con lo que desean mostrar u ocultar: para las sexo-servidoras mostrar u ocultar el cuerpo, por ejemplo, o hacer de la trabajadora sexual un personaje -siguiendo los postulados de Goffman- es fundamental. Para los hombres, sin embargo, lo significativo es demostrar una capacidad de consumo y cierta capacidad sexual que se engarza perfectamente con la forma en la que se construyen las distintas masculinidades. En los burdeles tanto hombres como mujeres son parte de una teatralización; clientes y trabajadoras sexuales llevan a cabo una representación temporal.<sup>13</sup>

En términos bourdianos, ambos son sujetos con agencia que no solo le dan sentido a lo que sucede en el trabajo sexual, sino que sus acciones son una pequeña muestra de lo que sucede al exterior de los burdeles: en el burdel, pese a que el objetivo es el intercambio sexo-económico a partir de unas prácticas ritualizadas, existen formas de “decir y hacer” que se

---

<sup>12</sup> En este punto, Butler (2002) es trascendental para entender el performance como la recreación, casi inconsciente, de acciones, comportamientos y conductas. En ese sentido, es posible leer la performatividad como la repetida “puesta en acto de las normas sociales en -y a través de- la vida del cuerpo, haciendo hincapié en las normas genéricas que producen a los sujetos que pueden, bajo ciertas condiciones, encontrar maneras de resistir o resignificar esas normas” (Butler 2011, 13 en Sabsay 2011, 13).

<sup>13</sup> Es temporal porque dicha teatralización dura lo que dura la jornada de trabajo en el burdel. Los clientes no saben lo que pasa al interior del burdel cuando salen del lugar. Se pierden, si se quiere, el resto de la obra. Solo tienen acceso a una parte, a una sección de todo el teatro que en cierta medida es el burdel.

visibilizan también en el mundo exterior. Me refiero a que todo el tiempo, en todos los espacios, y en todas las capas socio-económicas estamos representando algo, estamos en un constante ir y venir de personajes, estamos repletos de ellos, estamos constantemente cambiando, estamos en todo momento usando y quitándonos máscaras.

El cuerpo, las formas de caminar, de presentarse, los gastos para embellecer el cuerpo - maquillaje, vestimenta, calzado, gimnasio, alimentación, etc.- las formas de hablar y mirar resultan ser las bases sobre las que se asienta el personaje de la trabajadora sexual. Y aunque el cliente tiene también unas formas específicas de movilizarse, este trabajo profundizará en las prácticas ritualizadas de las trabajadoras sexuales antes y durante el intercambio sexo-económico.

El acercamiento que hago en este capítulo al trabajo sexual es través de la teoría. No intento mostrar con la teoría lo que sucede en el burdel, sino es a través de ella que veré las dinámicas diarias de lo que sucede en ese micro-universo. Teorizar, en ese sentido, sirve como lupa que me permite explicar las prácticas ritualizadas de las trabajadoras sexuales para lograr un intercambio sexo-económico efectivo. Para lograrlo, me remito a pensadores como Le Breton (2002), Heller (1972), Segalen (2005 [1998]), y Goffman (2001) -por nombrar algunos.- Los diálogos que hay entre uno y otro, así como sus diferencias, son significativas para pensar el cuerpo de las trabajadoras sexuales como un elemento que se transforma a diario a través de prácticas que, por su importancia al interior del grupo, por sus significados y por su constante transformación le dan sentido al intercambio de sexo por dinero.

### **1. ¿Prostitución o trabajo sexual?**

En base al fenómeno relacionado con el intercambio de sexo por dinero han surgido dos posturas muy diferenciadas. La una, el abolicionismo: asegura que se trata de una actividad que implica el fortalecimiento de las distintas formas de violencia y vulnerabilidad por las que atraviesan constantemente las mujeres (MacKinnon 2010; Daich 2012; Chejter 2016). La otra vertiente ha inclinado todos sus esfuerzos para entender el trabajo sexual, dentro de un sistema competitivo y en el que el uso del cuerpo es básico para la consecución de dinero, como un trabajo más, no distinto a cualquier otro (Aguirre 2014; Britos 2009).

Luego de evidenciar de cerca el funcionamiento de cada uno de los burdeles para esta investigación, así como de un acercamiento y análisis profundo a cada una de las nociones considero vital dejar claro que mi postura será entender el fenómeno como trabajo sexual y no como prostitución. Explico por qué: MacKinnon (2010) cree que la erradicación es necesaria puesto que hay una similitud entre trata y prostitución. Para ella “no hay diferencia entre prostitución y trata, no existe la prostitución voluntaria y bajo ningún concepto puede pensarse a la prostitución como trabajo sexual [...] la prostitución representa una violación serial” (MacKinnon 2010 En Daich 2012, 2). También se sostiene que en la realidad es imposible “diferenciar a las mujeres víctimas de trata de las mujeres que no lo son, ambas son igualmente explotadas sexualmente, los lugares de explotación son los mismos y las redes de trata de proxenetas también son las mismas” (Chejter 2016, 65).

Las pensadoras del abolicionismo señalan que el trabajo sexual no es trabajo, sino explotación, violencia y dominación. Lo mencionado se sostiene en el siguiente argumento: la prostitución no es sino una forma de mercado que tiene como base una serie de asimetrías en donde los clientes, en su mayoría, son los que imponen las reglas, y en donde se observan una gran cantidad de elementos que se inscriben en la degradación de las mujeres y de las relaciones humanas (Chejter 2011). Si bien tiene mucho de cierto, esa realidad puede y es aplicable a cualquier otro trabajo que involucre mujeres, degradación e imposición de los clientes. Siguiendo el abolicionismo, la prostitución se asienta sobre las bases que construyen la sexualidad y además tiene sus bases en el dominio masculino -histórico, dicho sea de paso- y la sumisión de las mujeres. A esto es importante añadir que en una gran mayoría de espacios y ámbitos existe un dominio masculino; la organización social es masculinizada, patriarcal y violenta.

Por tanto, hablar en estos términos de la prostitución y/o trabajo sexual implica cuatro puntos a tomarse en cuenta: 1) estigmatizar y victimizar aún más el oficio, aun cuando actualmente ha sufrido una gran cantidad de mutaciones y resignificaciones por parte de las mismas sexo-servidoras. La sexualidad de la mujer, por centurias, ha servido como dispositivo de control de sus cuerpos y por tanto, pensar que la prostitución no debe practicarse, sino abolirse, en alguna medida termina por caer en esa misma corriente. Adicionalmente, el abolicionismo tiene consideraciones en las que pretende ubicar a la prostitución en un solo saco, homogeneizar el fenómeno; 2) No niego que el trabajo sexual tiene espacios y expresiones de

violencia, sin embargo no lo es todo. La falta de normativas, a veces intencional, implica la posibilidad de objetivar y justificar intervenciones arquitectónicas así como la construcción de maquinarias narrativas que subordinan a las mujeres.

Ello tiene como consecuencia que el trabajo sexual sea aun ese lugar estigmatizado, violento, cruel y un lugar en el que se vulneran los derechos de las mujeres; 3) siguiendo los postulados de Aguirre (2014), es necesario tener en cuenta el cuerpo de las trabajadoras sexuales “como el generador de fuerza de trabajo, como anteriormente lo apuntaba la teoría marxista [...] y como la mercancía misma (y con ello la generación de otras mercancías para el uso y potenciación de ésta misma), en una sociedad de consumo (Aguirre 2014, 338), y 4) al llamar prostitución al oficio y buscar su abolición se desconocen todos los procesos de luchas por la reivindicación del trabajo sexual por parte de las mismas sexo-servidoras. Para ellas, el trabajo sexual (en tanto trabajo y lenguaje) tiene la potencialidad de transformar la forma en la que se ve el mundo. Se rompería la idea que hay sobre la existencia de trabajos destinados solo para mujeres y trabajos solo para hombres. Solo con el reconocimiento del trabajo sexual y con la elaboración de normativas que generen las condiciones necesarias para que se ejecute en situaciones óptimas se sacaría a todas las mujeres de la casa, según sus propias palabras.

Entonces, si parto del presupuesto marxista en el que se afirma que el cuerpo es usado para la obtención de réditos económicos, el trabajo sexual no se aleja de esa realidad. Hay que tener en cuenta que esta actividad, junto con otras (informales) es -y ha sido- catalogada como prohibida porque atenta contra una/s forma/s específica/s de comportamiento/s. Además, “el oficio” tiene relación con una circulación de “mercancías y recursos económicos que se generan en la invisibilidad e ilegalidad” (Aguirre 2014, 337).

No obstante, el trabajo sexual se da desde esos espacios porque las regulaciones y la moral -sobre todo judeocristiana- abren la puerta para que el burdel y las mujeres que ahí laboran tengan una gran carga de prejuicios y estigmatizaciones. En esa misma senda se hace indispensable señalar que en el trabajo sexual existe un sistema que comprende a un sinnúmero de actores: “desde aquellos quienes lo facilitan, lo promueven, lo consumen, lo regulan, hasta quienes, por su silencio, rechazo o apatía, terminan siendo cómplices del estigma que recae sobre los que han optado por él o han tenido que ejercerlo” (Álvarez y Sandoval 2013, 11).

En definitiva, si se toma en cuenta que las mujeres, en cualquier ámbito, tienen una serie de desigualdades en relación con la vida que llevamos los hombres y que ambos, insertos en un sistema capitalista, competitivo y de consumo, usan el cuerpo/fuerza de trabajo para la consecución de réditos económicos opto por entender la negociación existente al interior de los burdeles que son parte de esta investigación como trabajo sexual. También, es esencial mencionar que durante el trabajo de campo todas las mujeres que fueron entrevistadas prefieren que se les llamen trabajadoras sexuales y no prostitutas. Permite, afirmaron, el reconocimiento de esa labor como un trabajo en un contexto de lucha por la reivindicación del oficio y del papel que por centurias ha ocupado la mujer.<sup>14</sup>

Usando como soporte lo anotado, insisto en apegarme a la noción de trabajo sexual (femenino) como: la acción encaminada a ofrecer servicios sexuales al interior de los burdeles -o fuera de ellos- que tiene como fin la obtención de réditos económicos. Dicha acción requiere de un uso específico y una preparación del cuerpo y la mente para llevarse a cabo de forma efectiva. En esta definición no desconozco los contextos de vulnerabilidad y discriminación que implica llevar una vida como trabajadora sexual. En el reconocimiento de esa realidad considero importante asentarme política y académicamente sobre la noción de trabajo sexual, puesto que posibilita redefinir la forma en la que es visto el oficio y las condiciones socioculturales en las que generalmente están ubicadas todas las mujeres.

## **2. Rituales y cotidianidad en el trabajo sexual**

Ritos, rituales y demás manifestaciones culturales ocurren en el ámbito de lo cotidiano. Son prácticas sociales insertas en acciones que pueden parecer insignificantes como maquillarse, caminar, vestirse o comportarse de una manera determinada pero que están repletas de símbolos que le dan sentido a un grupo social específico. Son vitales para entender la organización social de los distintos grupos humanos, y al mismo tiempo para comprender el funcionamiento, modos de negociación y la forma en la que se estructuran los microuniversos sociales. Por su significado, por su importancia para el desarrollo de las relaciones sociales, por ser canalizadores en la resolución de conflictos, y por encargarse de situar jerarquías es

---

<sup>14</sup> Para Britos (2009), si se parte del hecho que la organización social es androcéntrica, es obvio que exista un estigma muy grande sobre las mujeres trabajadoras sexuales. Considera que no se ataca al trabajo en sí mismo, sino al cuerpo de la mujer. El prejuicio, afirma “tiene que ver con la venta del cuerpo [...] y esa transacción se interpreta como inmoral” (Britos 2009, 8) Y ese prejuicio, señala “tiene que ver con el género dado que a la mujer se la ve como madre, y por ende, su cuerpo está destinado a la procreación [...] no puede ser usado con otros fines (Britos (2009, 8).

sustancial entender los ritos como “el seno de la vida social” (De Saussure 1945, 43).

Además, su constante manifestación permite que a partir de ellos se exprese la cotidianidad de la vida humana. Están presentes en prácticas, hábitos y rutinas que dan sentido a la vida de un individuo y de un grupo social: así como generan pertenencia, dan sentido a sus acciones diarias.

Pensadoras como Agnes Heller (1972) están convencidas de la importancia de la vida cotidiana en la historia de la humanidad. Para ella, en la vida cotidiana se condensan una serie de prácticas que son esenciales en las relaciones sociales. No deja de lado lo vital del entramado cultural por el que estamos atravesados los seres humanos, y que definen la forma en la que receptamos todos los aprendizajes del entorno. Por ello, hacer un acercamiento al estudio de la vida cotidiana es responder a la pregunta de por qué existen ciertos comportamientos, por qué en unos espacios tomo un personaje, por qué estoy en la capacidad de despojarme de otro que, en cierta medida, no me es útil en un momento determinado. Solo a partir del estudio de la vida cotidiana será posible descifrar los múltiples comportamientos que están relacionados con la totalidad de lo que significa pertenecer a un grupo social. Así, es posible afirmar que los pequeños encuentros y prácticas que se desenvuelven en la cotidianidad comprenden y le dan sentido a la interacción social en su más amplia expresión.

En el trabajo sexual, por la necesidad de repetición del mismo “performance,” existe una gran cantidad de probabilidades que las relaciones al interior del burdel sean más duraderas y el personaje más creíble (Caballero 1998, 130). O como diría Durkheim: “para que haya un hecho social, es preciso que varios individuos por lo menos hayan combinado su acción” (Durkheim 1997, 30). Es decir, que las maneras en las que los sujetos se visten o se desvisten están atravesadas por contextos sociales, culturales e históricos. De ahí que la “relación entre el cuerpo y el vestir sea una relación social, sustentada a partir de cuestiones morales e históricas” (Zambrini 2007, 123). Las distintas indumentarias y las formas en las que se expresan a través del cuerpo son constructoras de identidades. Esto, porque “la apariencia corporal se establece como una respuesta a una escenificación del actor social, relacionada con la manera de presentarse y representarse en el espacio social y en la vida cotidiana” (Goffman 2001 en Zambrini 2007, 125).

Es posible encontrar estas acciones en varios espacios. Acciones que tienen una connotación ritualística y que se presentan también en lo político y han servido para la naturalización y la persistencia del poder. Este rito es necesariamente una acción colectiva que se manifiesta de distintas formas y crea diversos vínculos en el entramado social. Tiene la característica de no ser estático; está siempre creándose y transformándose de manera constante: hay ritos que pueden transformarse a partir de contextos y circunstancias específicas lo que dará como resultado el apareamiento de nuevas dinámicas sociales y/o nuevos rituales.

Acercarme al trabajo sexual a través de la ritualidad me permite hacer una lectura de las formas de negociación que hay -en los burdeles que son parte de esta tesis- entre clientes y sexo servidoras. Esas formas de negociación están directamente vinculadas con una transformación, con una metamorfosis que cubre el cuerpo y la mente de las mujeres que ofrecen sexo a cambio de dinero. Se trata de acciones prácticas, repetidas y significativas que tienen sentido porque sostienen la forma en la que el trabajo sexual y la trabajadora sexual tienen, deben y se presentan ante un público específico.

Si aseguro que los rituales tienen la función de transformar las relaciones de poder, las dinámicas sociales y las conductas, que tienen mucho de teatralización, que son una representación, una escenificación de algo y que funcionan como una herramienta que genera cierto grado de cohesión social, pertenencia a un grupo y un alto de nivel de solidaridad y camaradería (Otálara 2012), como categoría analítica, son transcendentales para dar cuenta de la forma en la que se negocia el cuerpo al interior del burdel.

Igualmente, los ritos se desarrollan tanto en lo público como en lo privado, entre grandes como en pequeños grupos poblacionales. No obstante, “la frecuencia de estas prácticas rituales propias de lo cotidiano aparece ante los mismos grupos que las cumplen como "naturalizadas," parte constitutiva de la actividad diaria, donde se las ve como costumbres o hábitos sin consecuencia alguna” (Finol 2012, 36). Esta visión se inscribe en la idea de que no son simples rutinas basadas en cuestiones obvias, sino ritos que dan sentido a una serie de acciones, en su mayoría, colectivas. Más adelante se verá cómo estas prácticas, por obvias que parezcan, son importantes, son ritos porque están cargadas de significados y le dan sentido a la vida individual y colectiva de los individuos/trabajadoras sexuales.

Todas las acciones que se dan en el entorno de lo inmediato, en principio, aparecen como insignificantes, como obvias y sin ninguna importancia, pero permiten que se puedan desentrañar todos los símbolos, formas de representación y los aspectos más relevantes de la vida. Es decir, una acción, por simple que parezca tiene que ser puesta bajo una lupa que permita dar cuenta de los significados detrás de ella. Por ejemplo: un saludo (Segalen 2005 [1998]) habitual, estándar y cotidiano tiene elementos socio-culturales de vital importancia que permite observar tal acción como ritual. Heller (1972) dirá al respecto que las acciones de la vida cotidiana, lo mismo que los rituales, tienen funciones específicas como la asignación de roles, la adhesión a una identidad, un sistema de creencias, la importancia de imponer una imagen y el uso de un lenguaje específico. Lo cotidiano, de esa forma,

Designa un conjunto de vivencias: esto es, de unas entidades que ocurren para y entre sujetos[...] No hay modo de aludir a la cotidianidad sin esta referencia determinante a su estructura como “mundo-de-vida”, como “vida” cotidiana; esfera de realidad para un sujeto: realidad signifiante, realidad como sentido, realidad del discurso, realidad de los gestos, realidad simbólica (Canales 1995, 3).

Queda claro, entonces, que el estudio y el análisis de la vida cotidiana no es una cuestión menor. Para Scott (1992), estas acciones de la vida cotidiana ocurren porque existe una experiencia previa que reproduce sistemas ideológicos y ciertas convenciones sociales. En el trabajo sexual, esta “experiencia se convierte en [...] aquello que buscamos explicar, aquello acerca de lo cual se produce conocimiento (Scott 1992, 50). Por tanto, “la experiencia es una fuente confiable de conocimiento porque se apoya entre la percepción [...] y la realidad” (Scott 1992, 56). Un acercamiento al mundo de las trabajadoras sexuales a través de esta lupa, más allá de entender las dinámicas macro, hace posible dar cuenta de lo que ocurre a nivel micro, de esas pautas que significan el ejercicio del oficio y que le dan un sentido específico al trabajo sexual y a las mujeres que lo practican; no hay práctica social que carezca de significaciones o que no esté cargada de significados para y por los sujetos.

Cada acción que ocurre dentro de los burdeles tiene una carga importante de elementos vinculados con las formas de representación, con la interacción, con la teatralización y con el cuerpo de las trabajadoras sexuales y los consumidores. Lo cotidiano se da desde una posición que puede presentarse como obvia. Sin embargo, estas prácticas tienen que ser consideradas

como vitales para el desarrollo de las relaciones sociales, para el buen funcionamiento de la interacción, para la cohesión social y para el fortalecimiento de una identidad. Todo ello, relacionado con lo que Goffman (2001) conoce como teatralización.

También es esencial mostrar que en el trabajo sexual, si bien se está frente a un personaje individual y socialmente construido, éste carece de total veracidad; hay un espacio para la teatralización: la “verosimilitud está flanqueada por algún resto de duda y nunca falta el/la que humoriza y divierte la verdad[...] Como sea, el dispositivo de lo obvio y lo normal es el que genera el espacio de la reproducción social por excelencia” (Canales 1995, 5). El burdel pareciera tener todos esos elementos vinculados a la teatralización, a la transformación del cuerpo y a un ritual que son posibles describir a partir de “la forma de socializar, de vestirse, actuar, divertirse y bailar” (Balderas 2002, 212) puesto que en esas prácticas hay un bagaje simbólico de importancia para las trabajadoras sexuales y para los clientes.

En esa línea, las prácticas rituales de las trabajadoras sexuales, más que meras repeticiones que se enmarcan en la rutina, son hechos significantes que contienen datos importantes para su elaboración. La vida diaria de esas mujeres puede ser concebida como una “trama de hábitos y rutinas” (Le Breton 2002, 91), con un significado y una intención específica que permite entender tales acciones como rituales que se desarrollan en la vida cotidiana. Estos ritos tendrían una función concreta en el lugar que son practicados. Pérez Porto y Gardey (2010) dicen de éstos que son una forma de representación de una costumbre a partir de una ceremonia -festiva o luctuosa- la cual tiene elementos, normas y maneras de comportamientos establecidos por una comunidad.

Los ritos tendrían, para estos autores, un carácter simbólico y la función de expresar un mito, o una tradición. Si bien comparto en alguna medida esta definición creo que dejan de lado la condición del contexto. Todo mito, por parecido que sea, no tendrá las mismas funciones o no se representará del mismo modo en dos espacios geográficos distintos. Al respecto, Finol (2012) señala que “numerosos son los micro-procesos rituales donde el espacio sirve de soporte esencial para su desarrollo y, con frecuencia, el espacio aparece como un significativo

de micro-estructuras de poder” (Finol 2012, 39); la geografía<sup>15</sup> en donde es practicado el rito es indispensable para su desarrollo y su comprensión.

Dichos rituales “a lo largo del día deben su eficiencia a una arquitectura de gestos, sensaciones y percepciones que están incorporadas al sujeto y que lo alivian de un gran esfuerzo de vigilancia en el desarrollo de las diferentes secuencias de la vida” (Le Breton 2002, 93). Y como son una escenificación, una teatralización de ciertos actos, es necesario entender al sujeto/ser humano/trabajadora sexual con unas funciones concretas y que no está permanentemente revestido de su personaje. Sus idas y vueltas al burdel, su mantenimiento también de una vida ajena al ejercicio del trabajo sexual hace que “el lugar del cuerpo en los rituales de la vida cotidiana sea el del claroscuro, el de la presencia-ausencia” (Le Breton 2005, 97). Esto no quiere decir que no exista un componente ritualístico, que sea frágil o que pierda fuerza como para ser estudiado. Al contrario, esto lo enriquece a modo que se hace posible ver el abandono de un personaje y el ingreso a otro en un lugar determinado, en condiciones laborales específicas, con prácticas corporales y de interacción específicas.

Es necesario tomar en cuenta que los ritos, o un gran número de ellos, describen una realidad que no necesariamente es real -o completa- y, se inscriben dentro de complejos sistemas de reciprocidad en una suerte de comunidad de la que son parte todos los conglomerados humanos. Los rituales expresan una enmarañada mezcla que tienen elementos provenientes del pasado y del presente. Son prácticas aprendidas como transformadas, dependiendo de las condiciones, por los sujetos que son parte de ellas. Martine Segalen (2005), por ejemplo, habla acerca de una modernidad atiborrada de prácticas sociales fuertemente arraigadas en los sujetos.

Además, es vital tener en cuenta que los ritos tienen la función de establecer y marcar una suerte de cortes temporales, necesarios, que sirven para preparar y condicionar al sujeto para realizar una actividad determinada. También discute respecto de lo que puede, o no, ser considerado como un ejercicio ritualístico ya que se cree que “el carácter repetitivo de una acción es una condición necesaria” (Segalen 2005, 60) para darle dicha connotación.

---

<sup>15</sup> Cuando hablo de geografía no me refiero tan solo a una localidad (país, región, ciudad, etc.) específica, sino a lugares como plazas, calles, establecimientos educativos, burdeles, etc.

En sentido estricto, el rito no es estático sino que tiene una “capacidad para polisemia, para adaptarse al cambio social” (Segalen 2005, 9). Tiene la capacidad de transformarse. Igualmente, los rituales practicados por individuos y colectividades tienden a establecer relaciones profundas entre sus participantes y se engarzan con la idea de ser necesarios para lograr cierto objetivo. Por lo tanto, el rito está referido a

Una serie de acciones o actitudes emparentadas, marcadas o signadas por algún valor simbólico y que generalmente encuentran sentido o razón de ser en el contexto de un grupo humano [...] definen y/o redefinen la identidad, otros tienen que ver con la pertenencia al grupo -familiar, comunitario, étnico u otros-, cuyo ingreso está pautado con requisitos y límites al interior del grupo (Giove Nakazawa 2015, 40-41).

Turner (1998), más que como una acción acabada con límites estrictos, entiende el rito como un proceso. Para él, en el rito se afianzan ciertas expresiones culturales y está repleto de todas las dinámicas, formas de vida y comportamientos de una comunidad específica<sup>16</sup> (Turner 1988). Los rituales son potentes en tanto estructuran colectividades. Son operativos, tienen la fortaleza de curar y prevenir enfermedades, vigorizan y fortalecen la comunicación, permiten la “confección” o el apareamiento de máscaras y genera límites. Se trata de un proceso en tanto está en todos los ámbitos de la vida. Aquellos se esparcen en individuos y grupos sociales “como prácticas multidimensionales, espacios sacros, organizados que, excediendo el ámbito religioso, se inscriben secularmente, dando pertenencia a las distintas comunidades” (Giove Nakazawa 2015, 44). Son, en definitiva, momentos humanos simbólicos que se relacionan con los objetivos y el contexto.

Goffman (2001) está convencido que la vida cotidiana de los grupos sociales, y/o individuos, está marcada por situaciones sociales; situaciones atravesadas por contextos culturales que son indispensables para el desarrollo de prácticas y rituales. Para Le Breton (2002), sin embargo, la vida cotidiana estará constituida por ser el lugar en el que los sujetos domestican el hecho de vivir, su forma de vivir. Es decir, las prácticas diarias, cotidianas -en los distintos espacios- tienen la potencialidad de generar sentido, organizar colectividades, cohesionar grupos y contienen una carga importante de símbolos. El mundo del trabajo sexual no es

---

<sup>16</sup> Por comunidad, entiendo en sentido escrito, al conjunto de personas y/o poblaciones de distintos territorios que interactúan en un tiempo y un espacio determinado. Esto, permitirá dar cuenta que la comunidad tiene límites que están marcados o por el tiempo o por el espacio. Nunca es, -dependiendo de varios factores- estática, sino maleable y movable.

ajeno a ello puesto que está atiborrado de prácticas ritualizadas vinculadas al cuerpo. Este “debe estructurarse en rituales cotidianos para mantener al individuo integrado a sí mismo y su comunidad” (Mandoki 2006, 140).

Si tenemos claro que en el cuerpo se evidencian normas y comportamientos, y que desde él se expresan una serie de hábitos y rutinas que esencialmente se convierten en rituales marcados por gestos y guiños, estaríamos acercándonos a lo que Le Breton (2002) asegura: la vida cotidiana y las prácticas que ahí se desarrollan tienen como fin último domesticar el hecho de vivir. Por ello, ritual, vida cotidiana y cuerpo son las bases sobre las que se asientan un orden específico, unas intenciones, unas conductas continuas que se visibilizan en espacios determinados y contextos determinados. Es importante anotar que estas prácticas están cargadas de simbolismos que responden a cada estilo de vida, a las relaciones sociales, a las normas establecidas, a los lugares y al lenguaje.

Hay comportamientos que son afines a lo ordinario lo que no implica que no sean eficaces, necesarios y operativos. Comportamientos que se ven también en el grupo de mujeres que ofrecen servicios sexuales y que se vuelven fundamentales al momento de ejercer el oficio. La aproximación etnográfica llevada a cabo evidenció, por ejemplo, las formas de caminar, de hablar, de vestir, de mostrar y de ocultar como esenciales para el trabajo sexual. Son maneras con las que dichas mujeres engalanan su imagen a través de acciones específicas. Esto es viable porque el burdel exige acciones -por parte de las trabajadoras sexuales y sus clientes-, que se inscriben en el plano de lo ritualístico con la intención de generar interés en beneficio de la productividad del negocio. De ese modo, lo que existe es una transformación performática del cuerpo y una preparación de la mente para el ejercicio del trabajo sexual, por lo que podríamos estar acercándonos a lo que Segalen (2005) conoce como *rituales menores*, o lo que Goffman concibe como formas intermediarias de socialización (Joseph 1999).

El trabajo de campo realizado mostró también que las prácticas diarias se convierten en rituales porque son ejercidas en espacios determinados para ello. Son acciones repetitivas que están cargadas de símbolos, valores, significados y creencias que se encargan de revelar la visión del mundo del trabajo sexual y se engarzan con la forma en la que ellas se organizan, generan identidad y cohesión. Es de esa manera en la que lo individual se liga con lo colectivo y lo colectivo le da sentido a lo individual. ¿Pero qué es exactamente lo que se teatraliza?

Si entendemos la vida cotidiana como un conjunto de situaciones socio-culturales “insertadas en contextos normativos laxos, donde los actores establecen relaciones basadas en negociaciones continuas” (Finol 2012, 35) es aquella, además del cuerpo, la que atraviesa por un proceso de teatralización que se corresponde con el lugar, el tipo de trabajo, el horario y las intenciones que existen en el trabajo sexual. De ese modo, hábitos y rutinas de las sexo-servidoras se convierten en rituales marcados por gestos, oralidad y guiños. Además, “en la base de todos estos rituales hay un orden preciso del cuerpo. Un orden al mismo tiempo idéntico y siempre, insensiblemente, diferente” (Le Breton 2002, 93). Solo aceptando estas condiciones será posible la institución de prácticas

[...] en las que se ponga en juego el cuerpo, se puede aceptar el contacto de la mano o de la piel del otro, ya que la recíproca también es posible, y cada uno, a su turno, es herramienta y luego actor, objeto y luego sujeto (Le Breton 2002, 129).

Siguiendo el pensamiento de Abner Cohen (2011 [1979]), es posible anotar que la función de dichas prácticas es la de expresar relaciones políticas, consecuentemente de dominio y de poder, que en definitiva se visibilizan en un sinnúmero de espacios y contextos. Tienen también un componente simbólico que “forma parte de la mayoría de sistemas parentesco, y los símbolos de parentesco forman parte de los sistemas rituales” (Cohen 2011 [1979], 102). Por lo tanto, el rito en el trabajo sexual tiene la capacidad de regular las acciones de los individuos, así como de cohesionarlos. Dicho de otro modo: regulan una forma específica de comportamiento, instalan espacios sagrados y profanos muy bien establecidos de los cuales se tiene total conocimiento.<sup>17</sup> En palabras de Coba (2001), estos rituales serían visibles como

Encuentros de poder, dramatizaciones que deciden la naturaleza de lo sagrado y lo profano, hechos que constituyen no solo parte del fenómeno religioso, sino que son elementos indispensables de la cultura. Lo sagrado es aquello protegido por el poder, mientras que lo profano es el contrapoder que se moviliza desde puntos estratégicos (Coba 2001, 102).

La lectura hecha de lo sucedido en el trabajo sexual es que el ritual se sustenta en la idea de ser una relación social y por consiguiente, una relación de poder. Por ello, los ritos sirven, en gran medida, para normar las relaciones que hay entre hombre y mujer; individuo y sociedad;

<sup>17</sup> Tanto trabajadoras sexuales como clientes tienen conocimiento de cuáles son los espacios reales/físicos y simbólicos en los que pueden y deben desenvolverse. Hay una pauta implícita que señala el campo de movimiento de cada uno de los sujetos, así como de sus limitaciones.

individuo consigo mismo y/o con los demás individuos (Van Gennep 2008). En el mundo del burdel se evidencia aquello: el lugar exige ciertos comportamientos que con el tiempo se vuelven habituales y se convierten en rituales en la medida que condensan significados, valores y creencias específicas.

Los rituales del cuerpo tienen que ser entendidos como un conjunto de acciones que cohesionan un grupo social. Pero, al mismo tiempo tienen la capacidad de mandar, establecer y perpetuar ciertas estructuras sociales. La extrapolación de esta idea al burdel tiene como objetivo entender que cada sujeto (trabajadora sexual, cliente, animador, mesero, etc.) tiene funciones específicas de las que no puede, o no debería, salirse. Hay una norma, una estructura casi que jerarquizada de la cual es muy difícil escaparse.

Sin embargo, no se trata de un espacio con una disposición inquebrantable. Si bien hay una actuación y un personaje prefabricado, hay también lugar para la improvisación: los modos de negociación al interior de los burdeles investigados muestran que así como existe una forma básica de comportamientos y orden que se mantiene, ésta coexiste con la posibilidad de adulterar lo establecido. Adler-Lomnitz (2007), afirma sobre lo señalado, que “el ritual es la expresión simbólica que [...] permite arreglos y negociaciones pragmáticas entre las partes sin recurrir a las normas ni al sometimiento público de los pactos.” (Adler-Lomnitz 2007, 22-23). Los rituales, entonces, tienen la potencialidad de asignar roles a los actores, además otorgan prioridades, intenciones y jerarquías.

Al tratarse de una suerte de dramaturgia, la escenificación de los roles de cada uno se asocia a todo lo relacionado con la expresión física y con la palabra. Toda la dramaturgia va cargada de una serie de símbolos y signos que varían en “riqueza e intensidad de acuerdo a las circunstancias históricas y socioculturales” (Herkovitz 2005, 2). No obstante, cuando escribo “prácticas significantes ritualizadas que se dan en la vida cotidiana” hago referencia a una serie de acciones en las que se condensan unos significados que facilitan el acercamiento y la interacción social. Esto, partiendo del supuesto que mujeres y hombres no se encuentran en igualdad de condiciones y que, por tanto, son ellas las que tienen que buscar estrategias de transformación del cuerpo y de la mente.

A pesar de esta afirmación no descarto la posibilidad que los hombres también construyan/en/amos un personaje antes de entrar al burdel. En efecto, ese personaje y su teatralización requieren de otros elementos, otras prácticas, otros rituales que en el burdel deberán ser coherentes con los hechos y las normas pre-instauradas al interior del lugar.

Retomando: mujeres y hombres están/estamos casi que en la obligación de cumplir con un grado de actuación (*performance*) para lograr que el ritual active la interacción y el consumo al interior del burdel. Bajo esa lupa, todos los rituales existentes, sin excepción, están supeditados a un sistema de

Comportamiento y lenguaje que develan la estructura del grupo, conformando una sólida base sociológica que permite que aun los ritos y rituales más extraños traduzcan algún aspecto de la vida. En este contexto, los ritos son la expresión teatralizada de normas de conducta (Mercado y Guerrero 2005, 236).

De alguna manera, las autoras de la cita se acercan al rito como una forma de entender los sucesos de la vida cotidiana. Se hace importante mencionar, igualmente, que el estudio de los rituales cotidianos en las mujeres que ejercen el trabajo sexual es indispensable porque permite ver distintos tipos de relaciones sociales, otras formas de vida con significados específicos. Es mediante esa vía que las prácticas ritualizadas de las trabajadoras sexuales, más allá de los significados, de los símbolos, de las formas en las que se presenta, permiten ver el rito como fruto del aprendizaje con la capacidad de pasar de una generación a otra con una serie de transformaciones.<sup>18</sup>

Menciono la expresión de “una generación a otra” para dar cuenta del trabajo sexual como un oficio que existe desde hace varias centurias. Su historicidad y los distintos contextos le han permitido tener una serie de transformaciones y resignificaciones. Sin embargo, hay parámetros que son esenciales y que no varían o desaparecen en su totalidad. Por poner un ejemplo: cambiarse de cierta manera, con vestimenta y el maquillaje “adecuados,” expresarse, acercarse y caminar de cierta forma implica un aprendizaje que va más allá de las paredes de los burdeles y del tiempo en el que se hable del trabajo sexual. Hay acciones que son la base

---

<sup>18</sup> Es posible evidenciar dentro de un mismo espacio -así como entre un burdel y otro- prácticas de negociación/aprendizaje con una gran cantidad de variaciones de mujer a mujer.

del oficio y que por tanto permanecen, son aprendidas y aprehendidas por las mujeres que constantemente se van vinculando al trabajo sexual.

Es invariable, los ritos al interior del burdel tienen la función de organizar lo cotidiano a partir de una serie de representaciones de las trabajadoras sexuales; representaciones que en palabras de Goffman (2011) serían una teatralización necesaria que se condensa en lo colectivo; son acciones que se fortalecen y que significan al grupo de las sexo-servidoras en la medida que generan sentido de pertenencia y permiten el cumplimiento del objetivo: que exista una transacción sexo-económica. En definitiva, los ritos son vitales para el desarrollo de los modos y formas de negociación al interior de los burdeles puesto que contienen códigos, elementos y símbolos que los significan, así como espacios sagrados y profanos que tienen que ser entendidos y respetados bajo esa consideración.

### **3. Cuerpo e interacción performática**

Es significativo partir del supuesto de Goffman quien entiende la interacción como “un diálogo entre dos equipos” (Goffman 2001, 258), entre dos sujetos, entre dos partes. La actuación aparece como una prueba “de la capacidad del individuo para re-presentar una rutina” (Goffman 2001, 258), una serie de acciones que tienen su sustento en alguna creencia, o interés. No obstante, toda actuación se sustenta en el cuerpo. Los debates alrededor de este han tomado fuerza en ciencias como la antropología, la psicología y la sociología cuando ha sido vinculado al género porque se han enmarcado en la importancia del cuerpo tanto de mujeres como de hombres, entendiendo que muchas de las labores de ellas y ellos/nosotros tienen que ver con una serie de procesos culturales, sociales e históricos.

Sin embargo, destaco aquí las contribuciones de la antropología. Esta ciencia se ha preocupado por entender al cuerpo como constructor de identidades y de géneros, ha sido pensado y concebido como un espacio de control; en el cuerpo se hacen carne muchas prácticas normativas, regulatorias y disciplinarias. Así, muchas de las formas de entender el cuerpo y de construir el género responden y/o son producto de una serie de construcciones sociales que condensan los roles de lo masculino y lo femenino (Laverde 2012).

El cuerpo es vital para el performance y para la creación del personaje de la trabajadora sexual. Sin embargo, no es todo. Podría asumirse que el cuerpo es una parte de un conjunto

más de elementos necesarios para entender las prácticas para su transformación y los modos en que se da el intercambio económico-sexual a partir de unas valoraciones, símbolos y significados otorgados por el cliente y la misma trabajadora sexual. En última instancia, voy a entender las relaciones al interior de los burdeles como representaciones ritualizadas que se dan en la vida cotidiana de las sexo-servidoras. Representaciones necesariamente teatralizadas puesto que los sujetos preparan no solo su actuar, sino el cuerpo, su psiquis y la gestualidad. Foucault dirá en esa senda que “las relaciones sexuales producen relaciones sociales” y viceversa (Foucault 2010, 103). Además, dirá que en los burdeles “se desarrolla cierta sociabilidad en donde hombres y mujeres comparten desde momentos hasta enfermedades” (Foucault 2010, 103).

Se evidencia que lo corporal y la vestimenta están cargadas de elementos simbólicos que se relacionan con una pertenencia social, con lo aprendido; volviendo a Durkheim es un hecho social en tanto atraviesa a los sujetos. A la sazón de lo expuesto, el vestir aparece como un hecho social en el ejercicio del trabajo sexual. No solo se viste para el sexo opuesto, sino para cumplir con la norma, con lo que cultural o contextualmente se establece. Pero en el vestirse entra, incuestionablemente, el tema del cuerpo, y las discusiones alrededor de él han sido una constante en las últimas décadas.

En antropología, la noción de interacción es significativa porque abre una nueva posibilidad para pensar el accionar de los distintos sujetos y grupos sociales (Esteban 2004). Los ubica en un conjunto a todos. Se eliminan las pautas aisladas o los pensamientos fragmentados; la interacción se enmarca en contextos históricos, sociales y culturales más holísticos. Yaccuzzi Polisená (2016) sugiere que “el hombre es interacción.” Si bien no ubica la interacción como un espacio de teatralización, sí habla de formas de representación. Sin embargo, deja de lado la interacción como una expresión de las relaciones de poder.

Es a partir de la interacción que se representan formas de ser, de habitar, de hablar y de comportarse sustentadas en la idea de “saberes-hacer o saberes-ser que dibujan[...] cierta imagen del cuerpo” (Le Breton 2002, 85). A esto, valdría agregar que “en las interacciones cotidianas nada cambia el intercambio ritualizado, solo se produce en lugares y tiempos privilegiados” (Le Breton 2002, 129). Al interior de los burdeles antes mencionados, por ejemplo, suceden una serie de intercambios solo posibles en aquellos espacios, o similares y

con personajes que asistan a esos sitios con los mismos intereses. Dicho de otro modo: las representaciones y la teatralización responden a contextos específicos.

Es así como la acción performática del cuerpo va ligada a la vida cotidiana. En líneas anteriores, parafraseando a Finol (2006), fue señalado que la vida cotidiana no es más que un conglomerado de acciones, operaciones y actos llevados a cabo a partir de una patente socio-cultural que al mismo tiempo permite que se generen relaciones sociales, y por consiguiente una serie de negociaciones que revelan, incluso, relaciones de poder.

Esto lo vemos en varias facetas y escenarios de la vida del ser humano: el estudiante que asiste a clase se adhiere a un personaje que le permite conectarse con el entorno; el banquero que madruga y debe cumplir funciones específicas relacionadas con el mundo financiero; la empleada doméstica que no solo transforma su cuerpo, sino su vestimenta para cumplir con su labor; la mujer y el hombre que en su intento por llegar a un punto afectivo actúan de un modo determinado, calculado y hasta ensayado; el docente que mediante la cátedra y el conocimiento de ésta debe revestirse de guía e ilustrado; el jugador de fútbol que para cumplir con su objetivo pasa por un proceso de transformación del cuerpo, la vestimenta y la mente; la trabajadora sexual que se levanta cada día pensando en lo que viene y que en el burdel deberá tener un performance distinto al que mantiene en su hogar, etc. A cada uno de estos actos Goffman (2001) los conoce como representaciones; una teatralización que cada sujeto realiza para ser aceptado en uno u otro espacio.

Para Balderas Domínguez (2002) los cuerpos, en general, a partir de sus actos cotidianos y de sus prácticas consuetudinarias edifican su identidad y generan pertenencia a un grupo social específico. Las trabajadoras sexuales, siguiendo el mismo trazo, tienen una gran cantidad de prácticas y rituales diarios que les permiten consolidarse como parte del grupo de mujeres que ofertan servicios sexuales. Macías (2014), en una lectura de Muniz (2010), afirma que las prácticas corporales son un

Elemento importante para entender la construcción no solamente de las identidades[...] sino también la constitución de los actores que incursionan en la cotidianidad de la interacción social, enmarcados en el sistema sociocultural determinante donde ellos se encuentren[...] Las

acciones de los individuos les permiten construir métodos y técnicas de sí mismos a través de las diferentes actividades que llevan a cabo (Macías 2014, 80).

La cita permite asentarme en el hecho visible que ubica las prácticas del cuerpo, sean cuales fueren, como constructoras de sujetos específicos para de ese modo establecer reglas, normas y comportamientos. No obstante, no es posible generalizar. Estas prácticas/rituales, a pesar de ser recurrentes no son las mismas en todos los burdeles. Su variación depende de aspectos como el estatus, el escenario al que se enfrentan, los clientes, los servicios que ofertan, la iluminación o sus intereses. Los cuatro burdeles que son parte de esta tesis en cierta medida dan cuenta de ello: si bien tienen casi los mismos costos de entrada, y están emplazados casi en la misma zona, es notoria la diferencia que hay en los costos del servicio sexual. Éste puede variar entre los USD. 15.00 y USD. 20.00 dependiendo de la forma en la que se negocie el tiempo entre ella y el cliente.

Esta variación en los precios está apoyada, según las trabajadoras sexuales, en “el tipo de gente que viene acá o va a los otros sitios [...] Acá, como estamos cerca de la Universidad vienen con menos plata, viene gente que tiene menos plata y hasta los trabajadores que están en esto del metro<sup>19</sup> vienen (Luciana, entrevista, 05-2018). Asimismo, uno y otro burdel tienen diferencias medulares en cuanto a la ubicación de la pista de baile, los servicios ofertados más allá del intercambio sexo-económico, la distancia que hay entre la barra y las mesas en donde se sientan los clientes, o el lugar en donde ellas se paran para “observar mejor” hacia qué cliente dirigirse. Todas estas características sitúan lo mencionado al inicio de este párrafo: las prácticas/rituales no son las mismas, ni tienen el mismo sentido, ni la misma ejecución en los burdeles acá señalados.

¿Pero cómo se evidencian estos rituales? ¿Cómo operan a través del cuerpo? La microsociología expresaría que es a través de una serie de acciones vinculadas a los gestos y elementos que aparecen en las formas de negociación de situaciones reales entre grupos sociales o entre dos sujetos: trabajadora sexual y cliente, en este caso. Goffman (2001), sugiere que las relaciones sociales caen en la teatralización: es a partir de adherirse a un personaje -con un lenguaje determinado- que la negociación puede o no ser fructífera, y para

---

<sup>19</sup> Se hace referencia al mayor proyecto de movilidad que ha visto la capital de Ecuador. Los trabajadores a los que Luciana menciona son aquellos obreros que laboran en una de las estaciones que está cerca al Apple, uno de los burdeles que forman parte de este escrito.

lograrlo hace falta que el interlocutor se convenza de lo que ve y de lo que escucha (Goffman 2001).

Estos microfenómenos se observan a lo largo de la vida cotidiana y están llenos de significados, intereses y por supuesto de estrategias que permiten que los seres humanos construyan no solo relaciones, sino el establecimiento de maniobras que buscan un fin determinado. Por ello, en el trabajo sexual la negociación va por el lado de hacer del cliente más que un espectador, un consumidor. Esto sucede, en palabras de García Ramón (2007), porque esencialmente existe una asimetría tanto dentro como fuera del burdel. Asimetría observable en la disponibilidad de recursos, lo que lleva a que ellas busquen estrategias para que el performance del cuerpo y el intercambio de sexo por dinero se efectivicen.

En Goffman (2001), la importancia del cuerpo en estas prácticas ritualizadas es esencial. Para él, los elementos de representación del cuerpo que se dan en espacios públicos o privados requieren de la puesta en escena de lo afectivo, de una preparación gestual, pero sobre todo de una preparación corporal. Por ello, afirma que

Cuando un individuo desempeña un papel, solicita implícitamente a sus observadores que tomen en serio la impresión promovida ante ellos. Se les pide que crean que el sujeto que ven posee en realidad los atributos que aparenta poseer, que la tarea que realiza tendrá las consecuencias que en forma implícita pretende y que, en general, las cosas son como aparentan ser (Goffman 2001, 29).

Para esto, el cuerpo sufre una serie de transformaciones. El ser humano se despoja de un personaje y pasa a otro con el fin de plasmar lo que en líneas anteriores se mencionó: ser aceptados socialmente. El cuerpo no actúa libremente, hay unas reglas que son impuestas por un escenario específico. Este escenario puede ser una institución educativa, una empresa financiera, un estadio deportivo o un burdel; es el que dirá/definirá y precisará cómo, cuándo, dónde y qué mostrar, ocultar, decir o hacer. Vuelvo, a partir de lo anotado, a la idea que muestra las prácticas de las trabajadoras sexuales como rituales marcados por espacios sagrados y profanos, por reglas muy establecidas que jerarquizan y asignan roles pero que al mismo tiempo están marcados por significados y símbolos de gran envergadura.

Tanto Mauss (1935 [1971]), como Goffman (2001), abordan comportamientos concretos que aparecen en el cuerpo puesto que este es el elemento sino más obvio, si el más inmediato. Esa inmediatez del cuerpo, esa obviedad, esa cercanía que tenemos a él es una de las razones por las que por varios años se lo ha dejado de lado. Quizá se deba, también, porque a partir del cuerpo se pueden desentrañar una serie de formas de vida, explicar dinámicas de contextos geográficos, históricos, culturales y económicos. Para ambos, el cuerpo es el encargado de movilizar una serie de recursos que van desde un escenario hasta la forma en la que nos presentamos.

A esa movilización de recursos es a lo que Mauss (1935 [1971]) denomina “técnicas corporales”. Las entiende como la manera en la que los seres humanos hacen uso de su cuerpo de una forma, si se quiere, tradicional.<sup>20</sup> A lo que se refiere el antropólogo francés es, en última instancia, a los gestos, posición de las manos y formas de caminar que son usadas por los individuos en ocasiones determinadas. No en un sentido estricto, pero de alguna manera estas prácticas corporales pueden ser aplicadas a lo que Bourdieu concibió como *habitus*<sup>21</sup> ya que son adquiridas de forma social e histórica.

Lo señalado permite hacer una observación del cuerpo como espacio en el que se condensan consumos, gestualidad, performatividad, relaciones de poder, historia de la limpieza, ornato, etc. No es solo de carácter biológico, se trata de un elemento que se adscribe al plano de lo social y tiene en su interior una serie de funciones y jerarquías naturalizadas. En cierta medida, toda “persona vive en un mundo de encuentros sociales, que la compromete en contactos cara a cara o mediatizados con otros participantes” (Goffman 1971, 13).

Es evidente que los sujetos “desempeñan un papel” (Goffman 1971, 28), y por ello se hace visible que los seres humanos estamos sujetos, casi que obligatoriamente, a procesos de interacción social presente en casi todos los espacios de la vida cotidiana y que emerge en forma de teatralización. Esto no quiere decir que no sea vital para el desarrollo de la vida

---

<sup>20</sup> Mauss, en su ensayo sobre el don, deja claro que toda forma de intercambio tiene una carga importante de reciprocidad. Para él, el intercambio de objetos construye las relaciones entre las partes involucradas en esa acción. Si se extrapola este postulado al trabajo sexual se da cuenta que al interior de los burdeles hay un sistema económico que edifica relaciones de correspondencia y un vínculo que en el burdel, no en todos los casos, es efímero.

<sup>21</sup> Para el sociólogo francés este concepto hace referencia una serie de prácticas, formas de pensar que son compartidas, o que están relacionadas con un entorno social específico.

social. Al contrario, su importancia radica en que solo a partir de la interacción se sujeta la vida social; su carga simbólica le permita además ser entendida como ritual.

Goffman (2011) dirá que esos rituales y esa teatralidad vienen acompañadas de intenciones y contextos por lo que no habrá un papel similar si los contextos y los espacios cambian. En líneas anteriores expliqué brevemente las diferencias existentes en los burdeles que son parte de esta investigación. Dichas diferencias son esenciales para evidenciar cuáles son los intereses que se tiene en cada uno de los lugares en los que se intercambia sexo por dinero. Esa teatralidad, esa forma de representar-se, la interacción y los objetivos que se tenga variarán de acuerdo a un sinnúmero de elementos vinculados con el lugar desde el que se ejecuta la teatralización. No es igual el papel del estudiante frente al profesor, como el del futbolista frente a su entrenador. Tampoco es similar el papel de sexo-servidora frente al cliente, como el de expendedora de algún tipo de productos en una esfera comercial ajena a la oferta presente en el trabajo sexual.

El autor de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* afirma que cuando estamos frente a una teatralización lo que en realidad vemos es una importante diversidad de fachadas. Éstas, en sus palabras, funcionarían como *vehículos transmisores* de signos y símbolos que son los responsables de darle sentido a todas las actuaciones de la vida cotidiana. Dicho sentido solo se alcanza con el “establecimiento de una particular representación como perteneciente a un género o narrativa que determina un campo de significados. Ello supone una cantidad de operaciones de abstracción, asociación, subrayado de ciertos rasgos y borramiento de otros” (Sabsay 2011, 129).

Así, se hace necesario recalcar que como parte de aquellas fachadas están “el vestido, la edad, [...] el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes (Goffman 2001, 35). En otras palabras: “las fachadas hacen referencia a la apariencia del actor y su modo idiosincrásico de desempeñar el rol” (Caballero 1998, 132). A estos presupuestos hay que anexar las nociones de máscara; significativas al interior del burdel y de las prácticas de las trabajadoras sexuales. Es a partir de la comprensión del oficio como una práctica que vemos también cómo funciona la performatividad en relación con el trabajo sexual: “es su reiteración, es decir su efectución ritualizada la que habilita los modos de subjetivación” (Sabsay 2011, 121).

En cualquier situación en donde la interacción sucede la imagen que se proyecta es transcendental. Por tanto, el “enfoque dramático de la vida cotidiana, y los conceptos de ritual, persona y máscara” (Rizo 2011, 74) son importantes para la reflexión y el análisis de las motivaciones y el valor simbólico de las actuaciones en las mujeres que están vinculadas al trabajo sexual. Clavero (2010) menciona que las máscaras, en temas de actuación, son significativas porque sustentan la ficción que exhortan el entierro o el ocultamiento de una verdad que, para los propósitos esperados, no merece ser contada. La afirmación de Clavero (2010) se fortalece con los postulados de Gubert (2002) quien menciona que el uso de la máscara sostiene la existencia de una realidad y una apariencia,<sup>22</sup> una suerte de doble vida que, en el caso de las trabajadoras sexuales, es evidente. Así, máscaras y teatralizaciones se hacen parte de la cotidianidad de las mujeres que trabajan en el Guajira, Habana, The Show y Apple.

Esas acciones, concebidas como rituales en esta investigación, se sustentan en los postulados de Rizo (2011), Van Gennep (2008), Goffman (2001), Turner (1998), Segalen (2005 [1998]), Pérez y Gardey (2010), Levi-Strauss (1995), y Otálara (2012) quienes coinciden en lo siguiente: el rito funciona como instrumento o dispositivo que organiza un grupo social determinado y genera un sentido de pertenencia de los individuos a un conglomerado humano. Todos ellos se refieren al rito como un acto que está cargado de símbolos que significan y resignifican a los miembros de un grupo social.

Es posible usar lo apuntado en los burdeles que son parte de esta aproximación etnográfica, porque a partir del trabajo de campo se observa cómo estas acciones y prácticas cotidianas están cargadas de símbolos que comunican algo -un orden, por ejemplo-. Dichas prácticas, por tanto, condensan uno o varios rasgos que resultan ser significativos en la performatividad que requiere el trabajo sexual: todas, o gran parte de las acciones que ocurren al interior de los burdeles, garantizan la reproducción de ciertas formas de comportamiento y ciertas representaciones. Pero al mismo tiempo abren las puertas para que dentro de esa reiteración exista un escamoteo constante al momento de la negociación.

Van Gennep (2008) escribe, en esa línea, que al hablar de rito nos referimos a un conjunto determinado de acciones que marcan la transición de un estado a otro en la vida de una

---

<sup>22</sup> Esto sucede porque “detrás de la máscara del actuante, habría un yo real, personal” (Rizo 2001, 85).

persona. A esta premisa se suma lo siguiente: el rito funciona como una forma de disciplinamiento, como dispositivo que ordena y organiza. Los rituales se convierten en un instrumento mediante el cual es posible integrar a los miembros de un grupo social a un orden establecido. Igualmente, los rituales son “un paralenguaje actuado [...] constituyen, ante todo, una práctica, un mecanismo simbólico de la vida social que [...] contribuye a la regeneración permanente o periódica de esa vida” (Gómez García<sup>23</sup> 2002, 1). En definitiva, se trata de acciones predeterminadas, “jugadas anticipadas” que sirven para obtener un fin específico. Así, al hablar de acciones ritualizadas me refiero a una “actuación pre-programa, estereotipada, codificada” (Gómez García 2002, 2) que busca controlar una audiencia y a partir de ahí obtener ganancias de distintos tipos. De ese modo, el ritual se convierte en

[...] parte constitutiva de la vida diaria del ser humano, por lo que se puede decir que la urdimbre de la vida cotidiana está conformada por ritualizaciones que ordenan nuestros actos y gestos corporales [...] los rituales aparecen como cultura encarnada, interiorizada, hecha cuerpo, cuya expresión es el dominio del gesto, de la manifestación de las emociones y la capacidad para presentar actuaciones convincentes antes los otros con quienes interactuamos (Rizo 2001, 84).

Es claro que el autor de la cita relega un hecho esencial: los rituales expresan también -tanto dentro como fuera de los burdeles- una relación específica entre mujeres y hombres. Una relación que se expresa en actuaciones, en prácticas ritualizadas que buscan, si se quiere, persuadir a quien en este momento es parte de la audiencia. No obstante, los ritos tienen una función específica en el lugar en el que son practicados: generan un sentido de pertenencia (Pérez Porto y Gardey 2010), por ejemplo. Dicho de otro modo: “son actos humanos expresivos [...] un código de conducta, el ritual es un complejo de símbolos, pues transmite información significativa para otros” (Rizo 2001, 85). Por tanto, es imposible la separación de la construcción de rituales a través del cuerpo de los contextos o los intereses que existan.

Las prácticas de las trabajadoras sexuales como cambiarse, bañarse con aromas, jabones y demás productos de belleza, vestirse antes de ir al burdel como en el mismo burdel tienen que ver con una práctica ritual. Una posición similar se encuentra en Sabsay (2011). *La*

---

<sup>23</sup> *El ritual como forma de adoctrinamiento* es un artículo escrito en 2002 y publicado en La Gazeta Antropológica – España. Para una profundización en el tema ver [http://www.ugr.es/~pwlac/G18\\_01Pedro\\_Gomez\\_Garcia.html](http://www.ugr.es/~pwlac/G18_01Pedro_Gomez_Garcia.html)

*performatividad del trabajo sexual*, un artículo que forma parte de *Fronteras Sexuales (2011)* postula que el trabajo sexual, en tanto que es visto como una acción que requiere de la teatralización “es un *performance* visual, una teatralización que conlleva la repetición de gestos ritualizados y supone una estilización minuciosa del cuerpo, de sus gestos y sus vestimentas en un escenario determinado, de acuerdo con un ritual sedimentado” (Sabsay 2011, 127). Esto es importante porque el aspecto de la corporalidad se constituye como respuesta a la escenificación de un actor, lo que al mismo tiempo tiene relación directa con la manera de presentarse y representarse en un espacio social y en la vida cotidiana.

Todos somos actores y estamos siempre condicionando el rol dependiendo del momento y las circunstancias. Poseemos la capacidad de controlar lo que sucede en la interacción, más no podemos evitarla. En un intento por extrapolar lo señalado acerca del cuerpo y la interacción performática en su condición de ritual al trabajo sexual, es inevitable no ver al burdel como un espacio en el que suceden una gran cantidad de negociaciones a partir de procesos de interacción teatralizados y llevados a cabo de manera constante por parte de las sexo-servidoras. Lo que ocurre dentro de los burdeles, entonces, son una serie de relaciones sociales enmarcadas en un fin específico: lograr que el cliente consuma la mayor cantidad de servicios ahí ofertados que pueden ir desde sexo hasta diálogos extendidos donde él, por tener el control a través de lo financiero, tiene cierta ventaja sobre la trabajadora sexual y ella tiene que generar estrategias para intercambiar, del mismo modo, cualquiera de los servicios ofertados.

El cuerpo de la trabajadora sexual sufre, por decirlo de algún modo, una transformación que la ubica en el plano de lo financiero. Ellas se ven en la necesidad de cambiar su cuerpo, de mudarlo de un personaje a otro. Tienen que convertir su cuerpo en el de una mujer que oferta servicios sexuales. En su calidad de ritos, estas prácticas requieren de cierta eficacia simbólica para que la representación sea efectiva (Levi-Strauss 1995). Para Goffman (1971) es importante el actuar de los sujetos. Para él no hay actor más importante que nosotros mismos y en ese punto, a diferencia de los ritos extraordinarios, son los mismos sujetos los que ocupan lugares sagrados y profanos. Así

Ritos de evitación, ritos de presentación, mantienen una distancia adecuada que permitirá a los actores la construcción y reconstrucción de un teatro social permanente, en el que se afirma

nuestra propia condición, a la vez que manifestamos una diferencia ante el otro (Mercado y Guerrero 2005, 243).

La afirmación de Mercado y Guerrero (2005) permite inscribir las prácticas de la vida cotidiana de las trabajadoras sexuales en términos de rituales, ya que las relaciones al interior de los burdeles no solo configuran identidad y pertenencia, sino que hay una serie de símbolos (movilización, lenguaje, expresión corporal) que así como generan cercanía, también crean una suerte de distancia entre cliente y trabajadora sexual. Esta dinámica es vital porque evidencia un juego, una teatralización que es también una relación de ejercicio de poder.

A lo largo del capítulo me he referido al trabajo sexual de las mujeres como un hecho social porque tiene prácticas, relaciones sociales, de poder y de intercambio. Al mismo tiempo he querido resaltar que, al igual que sucediera en un empleo distinto, el cuerpo de la trabajadora sexual pasa por unos rituales que el burdel exige. Dentro de estos rituales no solo están las formas de hablar, caminar o negociar, sino la vestimenta como elemento fundamental. Estas prácticas son rituales que se hacen visibles, entre otras cosas, por la vestimenta de las mujeres que ofrecen servicios sexuales y al mismo tiempo no son otra cosa que una teatralización (Goffman 1971). Es, en definitiva, el resultado de haberse despojado de un personaje para ingresar y cumplir con el papel de otro. El tema de la representación no se da solo en el cuerpo de las mujeres vinculadas al trabajo sexual, sino que hay una manera de representarlas, de asumirlas y catalogarlas. Esto, sin duda alguna, es vital para saber cómo ese entorno las delimita<sup>24</sup> y delimita su accionar.

Este capítulo, además, contiene vínculos con el performance, la ritualidad y la interacción en el trabajo sexual. Goza de un acercamiento valioso para hacer una lectura del trabajo sexual como una acción que se enmarca en lo económico, pero al mismo tiempo que requiere de prácticas diarias que permiten la transformación del cuerpo y el arribo de un personaje específico: la trabajadora sexual. Esta transformación no es una acción acabada, o con límites establecidos, sino que se desarrolla de acuerdo a las distintas condiciones sociales y económicas del lugar y de los sujetos.

---

<sup>24</sup> Si bien esta discusión no se va a ampliar en el presente trabajo investigativo, es válido señalar que estas formas de representación también se inscriben dentro de la violencia simbólica. Este tipo de violencia del que Bourdieu (2000) habla se da por fuera de lo físico, y se construye a través de los roles sociales establecidos y las estructuras mentales.

En ese sentido, lo anotado en este capítulo sirve como base para responder al objetivo principal de esta investigación: mostrar las prácticas ritualizadas -así como sus sentidos y significados- que transforman el cuerpo de las trabajadoras sexuales en un contexto de intercambio de sexo por dinero. Esto, sin dejar de lado que dichas prácticas si bien se inscriben en lo cotidiano, no son menores si se las usa como lupa para dar cuenta de un cuerpo que recorre y se performatiza.

## Capítulo 2

### **Imaginarios colectivos y narrativas: las políticas públicas y normativas legales en relación al trabajo sexual**

El trabajo sexual, se vio brevemente en el capítulo anterior, ha atravesado por una serie de debates que se engarzan con un sinnúmero de ciencias, así como de intenciones basadas en contextos culturales, políticos, sociales, económicos y religiosos. Se trata de un oficio que por la forma en la que está/n estructurada/s la/s sociedad/es ha sido estigmatizado, desacreditado y ubicado en el plano de la corrupción moral y una suerte de atentado a la maternidad, la familia y el cuidado, condiciones que se han catalogado como fundamentales en la identidad femenina. Ser mujer, por tanto, tiene que ver con la permanencia en el hogar y el cuidado de una sexualidad que debe/debería destinarse sola y únicamente para la procreación y la consecuente reproducción humana.

Todo ello, indudablemente, ha servido como plataforma sobre la que se asientan una diversidad importante de prácticas discursivas que vinculan el trabajo sexual en el ámbito de aquello que ha de extirparse. Por ello, es inadmisibles pensar que esté desligado de la construcción social de los géneros “y de las distintas consideraciones de lo que significa ser mujer y ser hombre dentro de nuestra sociedad” (Villa Camarma 2010, 2).

Lo anotado abre dos reflexiones que no deben/deberían abandonarse: 1) las narrativas acerca de cuál es el lugar de las mujeres y los hombres, de cuáles son sus/nuestros roles se adhieren al cuerpo. Se consolidan en base a conductas que se expresan en acciones cotidianas y se refuerzan con una retórica que increpa a unos grupos humanos -como a sus oficios y trabajos- y ensalza a otros; 2) el trabajo sexual coloca y dispone el sitio que se espera/esperamos que ocupen las mujeres. La falta de regulaciones para que el oficio se desarrolle con las condiciones económicas, laborales o de salud, así como toda la carga negativa generada a partir de las prácticas discursivas moralistas me lleva a creer que la existencia del trabajo sexual es necesaria si se quiere/queremos seguir manteniendo el control generalizado sobre el cuerpo de las mujeres.

En la misma dirección: el trabajo sexual y la forma en la que se piensa la sexualidad y el cuerpo son constructores de imaginarios colectivos sobre qué se entiende por buenos y/o

malos comportamientos. Este escenario, sin duda alguna, es parte de todo un sistema inequitativo, desigual y violento que se expresa en afectaciones de todo tipo en el cuerpo y en la vida de las mujeres.

Partiendo de ese supuesto, todas las discusiones planteadas alrededor del trabajo sexual tienen una importante maquinaria narrativa que termina por construir una realidad, unas conductas, unos imaginarios y unas normas que se instalan, desde el ámbito de la moral, en la cotidianidad de las mujeres. En este punto, el género y el cuerpo -ambas como categorías de análisis- son vitales. Su aplicación permitirá hacer una lectura de la manera en que la generación, y aplicación de políticas públicas (quiteñas), tienen elementos que dan cuenta de una intencionalidad por mantener la organización androcéntrica de la sociedad y así mismo cómo aquellas actúan sobre ciertos cuerpos. De otro lado, el propósito de este capítulo es hacer una descripción del mundo de los burdeles en la capital del Ecuador con el fin de explicar la razón por la que he tomado como referencia al Guajira, The Show, Habana y Apple. En consecuencia, se evidenciará, a través de dichas políticas públicas, cómo se determinan conductas y actuaciones que se reflejan en el accionar diario de todas las mujeres (trabajadoras sexuales o no).

En Quito, sobre todo en su Centro Histórico, desde hace algunos años se ha evidenciado un largo proceso que tiene como fin último hacer de ese sitio un puntal dentro del campo turístico. La arquitectura del espacio es clave para que las distintas prácticas narrativas hagan efecto en la población local y foránea. Es cardinal señalar esto porque gran parte del Centro se ha caracterizado por la presencia de trabajo sexual que constantemente ha sido reubicado en distintas zonas de la ciudad y, por tanto, muchos de los estudios hechos alrededor del oficio se enmarcan en las dinámicas del trabajo sexual en esa zona de la urbe y las consecuencias políticas, económicas, turísticas y habitacionales que tiene la presencia de las sexo-servidoras en ese sector de Quito.

### **1. Breve caracterización del trabajo sexual en Quito**

Todas las intervenciones hechas en el espacio físico producen cambios que no se instalan solamente en lo arquitectónico: se dan variaciones en las especificidades históricas y sociales que se presentan en la vida urbana. En esa dinámica, que en las últimas décadas ha sido constante, hay grupos beneficiados y otros que se autodefinen como afectados, excluidos

dentro de un espacio que está pasando por un proceso de regularización y control que se visibiliza en acciones que permiten y prohíben. Pero todo tiene un comienzo, y a pesar que las transformaciones e intervenciones en la urbe son más visibles ahora estas

No son exclusivas del proceso “moderno” de Renovación Urbana emprendido desde principios de la década de los cuarenta con el plan Odriozola. Estas se inician con las reformas borbónicas y continúan con la implementación de diferentes infraestructuras a finales del siglo XIX por García Moreno (Toledo 2012, 8).

Se observa, entonces, una intención de intervención y de transformación del espacio público en beneficio de unos y en detrimentos de otros. No obstante, entenderé, en este trabajo el *espacio público* como el “lugar” en donde convergen “la plaza, el parque, la calle, el centro comercial, el café y el bar, así como la opinión pública o la ciudad” (Carrión 2005, 3). De ese modo, el *espacio público* “no existe si no es en relación con la ciudad operando como un sistema porque el conjunto de la ciudad se la entiende como tal” (Carrión 2005, 8). Igualmente, es importante mencionar que la noción de espacio público que aquí se usa responde a los estudios de urbanistas y geógrafos, especialmente.

Sin embargo, es útil para dar cuenta de su existencia en tanto está en contraposición con el ámbito privado. Esta evocación hago en tanto los espacios -arquitectónicamente hablando- nos atraviesan y, en cierta medida nos dicen algo: qué hacer, cómo hacer, en dónde, etc. Además, este posicionamiento sirve para dar cuenta de la dicotomía existente entre público y privado tan importante en la construcción de identidades y en el análisis del trabajo sexual.

Pero ¿Qué relación hay entre la discusión acerca de lo público/privado y el trabajo sexual en los burdeles que son parte de esta investigación? En principio, esa correspondencia pasa desapercibida, pero con una lectura más profunda se observa que la mencionada dicotomía se engarza fuertemente con el trabajo sexual porque permite visibilizar un ocultamiento intencional del trabajo sexual en las zonas de tolerancia. Esta acción es contantemente practicada por el cabildo quiteño.

Esto, igualmente, es la pauta para evidenciar la realidad de uno de los grupos, quizá, más golpeado dentro de una larga lista de intervenciones<sup>25</sup> urbano-arquitectónicas realizadas en Quito: las trabajadoras sexuales. Retomando: lo público/privado está referido a los “procesos de construcción de las identidades individuales, de las subjetividades colectivas y de las instituciones modernas (Estado, sistema de representación política, economía, ciencia familia e intimidad)” (Bonan y Guzmán 2014, 3). La intimidad, sobre todo, ha pasado a ser un campo que solo debiera ocurrir en lo privado.

Llevar la sexualidad a espacios más abiertos como las calles, regularizar el trabajo sexual que se da en los burdeles, generar políticas que impidan o disminuyan el nivel de vulnerabilidad por el que pasan las sexo-servidoras implica también llevar la sexualidad a la vista de todos cuando es y ha sido un tema que se discute tan solo puertas adentro, en lo doméstico. En esa misma senda queda claro que las intervenciones en la capital y los procesos de planificación urbana llevados a cabo por el Municipio de Quito tuvieron consecuencias arquitectónicas, sociales y económicas. Todo ello vinculado con los intentos de modernización de la urbe que expresan, entre otras cosas, la intención de un ordenamiento territorial específico que tiene como fin la exaltación de la higiene y la separación de actividades destinadas solamente al espacio público mientras que otras al ámbito exclusivamente privado (Cifuentes 2016).

Para responder a la pregunta de la correspondencia entre lo público/privado, los burdeles y las trabajadoras sexuales me voy a remitir a los postulados de Bonan y Guzmán (2012) en los que dejan claro lo siguiente: “la representación moderna del género está profundamente interrelacionada con el imaginario institucional de lo público y lo privado y con la idea dual del poder” (Bonan y Guzmán 2014, 3). A la sazón de lo expresado, las desigualdades y distintas inequidades no se “forjan solo por la fuerza de determinantes económicos o legales, sino también por el imaginario institucional y simbólico del poder que, sea en el mundo público o privado, estructuran un conjunto amplio de prácticas y formas de interacciones cotidianas” (Bonan y Guzmán 2014, 4).

Indudablemente, la dicotomía público/privado pretende ser la punta de lanza para entender las relaciones asimétricas entre mujeres y hombres y con ello la objetivación y justificación que se usa desde el cabildo para ocultar, arrinconar y estigmatizar el trabajo sexual. Por tanto, no

---

<sup>25</sup> Que se visibilizan con mayor frecuencia y fuerza en el Centro Histórico.

tiene que dejarse de pensar a Quito y su Centro como un espacio poseedor de un acervo histórico importante en donde confluyen relaciones de todo tipo, que en última instancia contienen una gran carga de valores simbólicos para quienes hacen uso de él.

En esta línea es sustancial recalcar que la iglesia, la medicina y el Estado han jugado históricamente un papel importantísimo en la construcción de imaginarios, en la asignación de roles y en la ubicación de hombres y mujeres en espacios diferenciados por una serie de elementos que van de lo público a lo privado. En Goetschel (1999) se asegura que al menos la imagen de la mujer quiteña está fuertemente ligada a Mariana de Jesús.<sup>26</sup> Esto implicó que la Iglesia fortaleciera en los cristianos la idea de rechazo al cuerpo y a la actividad sexual. Así fue como

Tendieron a hacer que su disciplina sexual fuera una marca que los distinguía y separaba del mundo pagano. Se rechazó el cuerpo porque este podía ser un lugar de imaginarios escondrijos para motivaciones específicamente sexuales, como si el cuerpo fuera, antes que nada, lugar y escenario de la sexualidad (Goetschel 1999, 62).

En la cita se observa cómo el cuerpo de la mujer adquiere ciertas características y se va acoplando a un modelo, si se quiere, ideal. Es decir, en medio de la propagación y el remozamiento del laicismo la iglesia católica “luchó por mantener el modelo mariano de comportamiento, batalla en la cual la ramera aparece como el contrapunto de la mujer virtuosa” (Checa 2016, 124). El cuerpo y la sexualidad son vistos como elementos de alta peligrosidad porque es a través de ellos que se llega al pecado; es a partir de ellos que se rompe con el ideal cristiano de mujer que se venía fraguando en Quito. Esto tuvo como consecuencia la construcción de ideales, de cuerpos y comportamientos “normales” que quepan dentro del canon.

Se empezó a ver a la trabajadora sexual como aquello que no entra en el modelo establecido de mujer. No obstante, el ideal de mujer estuvo siempre ligado con el tipo de Estado que se estaba construyendo en Ecuador y con el modelo de ciudad que se esperaba que fuese Quito, es por eso que las políticas para la erradicación y/o regulación del trabajo sexual traen consigo

---

<sup>26</sup> Mujer católica que murió antes de llegar a los 30 años. Textos que cuentan su historia dicen que entregó su vida a la religiosidad. La perfección con la que fue concebida significó la creación de un molde en el que todas las mujeres de la capital debían entrar.

una serie de tensiones que sobrepasan lo político. Es así como a las mujeres que ofrecen servicios sexuales “se les otorga un rostro social, se les da una identidad más concreta y [...] se constituyen no solo en un peligro moral, sino también sanitario, cargando, por lo tanto, un doble estigma” (Checa 2012, 4).

Quito, por ser la capital del Ecuador, como centralidad, se ha convertido en la puerta para mejorar las condiciones económicas de los distintos grupos humanos. Contextualizo esta afirmación: el crecimiento más fuerte y notorio de la ciudad -ocurrido en las décadas del 50', 60' y 70'- (Kingman 2006) fue uno de los detonantes más importantes para la generación y aplicación de medidas para mejorar las condiciones de vida de los habitantes y ordenar los inconvenientes que traía el visible crecimiento poblacional (Cifuentes 2008). Cada ensayo de renovación por el que pasaba la ciudad encerraba “un ordenamiento de la ocupación del suelo de acuerdo con sus usos sociales” (Cifuentes 2016, 49). No obstante, más allá de la jerarquización obvia por la que atravesaría la ciudad<sup>27</sup> se trataba de una forma de ordenar las distintas actividades comerciales, habitacionales, turísticas que surcan/surcaban la urbe.

Es preciso indicar también que en una ciudad que tenía como fin último la modernización de sus espacios, el desarrollo económico y estructural la trabajadora sexual sería el *mal* del que habla Attali (1981). Las mujeres que ofrecían servicios sexuales se encontraban afuera del ideal y en cuestiones de ordenamiento territorial como el grupo social que debía ser regulado, o en su defecto, puesto bajo la mira del control a partir del discurso de la higiene.

Intelectuales como Albornoz (1990), Allan (2009), Cueva (2010), Kingman (2005), en varios de sus trabajos aseguran que no se trata solamente de ensayos por reubicar a las trabajadoras sexuales, ni por regular la actividad bajo el uso de discursos con cargas morales, sino que todo ello tiene elementos políticos de importancia que logran encapsular y exaltar el sexo como una cuestión sagrada que solo puede ser llevada a cabo en lo privado (Sabsay 2011). En (Páramo 2011), González de la Vega (2010) y Vélez Bautista (2006) esto tiene una fuerte conexión con los patrones de lo que es femenino y las formas en las que se construye lo masculino. Estos aportes evidencian la realidad que viven las mujeres que ofrecen servicios sexuales.

---

<sup>27</sup> “a) *sur*, para uso industrial; b) *central*, dispuesta para la concentración de vivienda media, comercio y oficinas públicas; c) *norte*, eminentemente residencial. Esto, en concreto, significó una “jerarquización funcional” [...] de las dos grandes zonas de la ciudad -el norte y el sur- unidas por la zona central” (Cifuentes 2016, 49).

En definitiva, hay una gran carga simbólica que hace que el trabajo sexual se convierta en una labor reprochable en una gran parte de la población quiteña. El sexo se ha convertido en una forma específica de control de los cuerpos y ordenamiento social. Es a partir del sexo y la sexualidad que se edifica un gran “aparato destinado a producir, sin perjuicio de enmascarar, en el último momento, la verdad” (Foucault 2002, 71).

En cuanto al tema de la legalidad y enfoques de derechos que transitan desde lo laboral hasta la salud: el trabajo sexual, como fenómeno que contiene una serie de mujeres en estado de vulnerabilidad y en condiciones poco favorables, mayoritariamente ha sido abordado desde los 90' hasta la actualidad por ONG's y organismos de carácter internacional (Álvarez y Sandoval 2013). El trato que ha tenido desde la Municipalidad ha sido distinto, los esfuerzos se han encaminado a procesos de reubicación sustentados en los intereses por las distintas renovaciones urbanas y en acatar la forma en la ha sido diseñada y zonificada la urbe (Sandoval y Gallardo 2000).

Esto ha significado la generación de dos formas de leer el trabajo sexual: 1) como un campo de estudio y análisis al que se considera importante acercarse para conocer esa realidad, y para visibilizar el trabajo sexual como un oficio que requiere de una serie de insumos y mejoras afines a la salud, derechos laborales, vulnerabilidad, trata, violencia de género, etc.; 2) como una acción atentatoria contra la sociedad, la moral, la economía y la salud pública.

Quito, especialmente su centro histórico, en las últimas décadas ha pasado por una serie de intervenciones arquitectónicas que han tenido como fin último colocar a “La Carita de Dios” en la cima de destinos turísticos deseables. Carrión (2005), Toledo (2012), Kingman (2006) y Cifuentes (2016) son una parte de todos los trabajos que hablan del proceso de expansión de la ciudad, las causas y consecuencias del fenómeno así como las formas que el cabildo, el Estado y la Iglesia usaron para regular y ordenar a los sujetos y la ciudad en sí misma. Sofía Checa (2016) da a conocer quiénes fueron las trabajadoras sexuales a inicios del siglo XX, las formas en las que se relacionaban con los clientes, el papel de la medicina y la creación de algunos hospicios que, a partir de la vigilancia médica, mantenían el control de las mujeres trabajadoras sexuales.

Años antes, la misma pensadora escribe una tesis titulada *Pecadoras e infectadas: la prostituta en la primera mitad del siglo XX*, trabajo mediante el cual visibiliza cómo vivieron las trabajadoras sexuales en el siglo mencionado. Sus escritos son un valioso aporte puesto que se insertan en el estudio del oficio en relación con el cliente, lo que permite la inserción de la categoría de género como capital para entender las relaciones laborales, el marco legal, la raza, la clase y la higiene de las sexo-servidoras.

El cuerpo es otro de los temas que ha salido a la luz con el estudio de las mujeres trabajadoras sexuales. Un ejemplo de ello es el trabajo realizado por Avalle y Brandán (2011) y los estudios llevados a cabo por Ana María Goetschel (1999; 2007) quienes intentan relacionar el imaginario de las trabajadoras sexuales con el modelo ideal que se pretendía dar a la mujer quiteña del siglo XX. Según sus escritos, Iglesia y Estado fueron los soportes más fuertes sobre los cuales se asientan los estigmas existentes hacia estas mujeres. Además, dejan claro que las mujeres han sido relegadas a cumplir unos roles que las define como madres, cuidadoras y amas de casa. Al menos en Quito este es un tema de larga data.

Es, en ese sentido, la edificación de los comportamientos concebidos como femeninos, un proceso asentado sobre una serie de imágenes y representaciones que las mujeres fueron adquiriendo con el paso del tiempo. En *De Memorias: imágenes públicas de las mujeres de comienzo del siglo veinte* se hace un intento por ensamblar los imaginarios mediante los cuales se han construido los ideales de mujer, maternidad y familia con una serie de estrategias que han usado las mujeres para resistir a las distintas maneras en las que se ha buscado regular sus conductas y sus cuerpos (Goetschel 2007). Se afirma que la imagen de la “mujer constituye, como se sabe, una construcción social, cultural y de género, resultado de determinadas condiciones históricas” (Goetschel 1999, 9).

Es decir, la mujer se ha visto encadenada por una serie de contextos a la conformación de una identidad específica siempre acorde a la masculinidad<sup>28</sup> (Goetschel 1999). Para Andrade (2007) ésta/s (masculinidad/es) se sustenta/n en que

---

<sup>28</sup> El estudio de las masculinidades no está relacionado solo con lo que concierne a la vida y/o dinámicas sociales alrededor del mundo de los hombres; se trata de una forma de pensamiento que incluye también a las mujeres (Díaz-Cervantes 2014), Figueroa (2016), Sirimarco (2004). La noción de género, en tanto categoría analítico-relacional, ha sido esencial para entender que en el estudio de las masculinidades (hegemónicas) hay algo fundamental: lo uno no funciona sin lo otro. En esa línea se hace imposible desvincular la categoría

La familia y las relaciones familiares forman parte de la alegoría de la nación que se intenta fundar: es probable que, como núcleo social básico, con un sentido fuertemente homogeneizador, la familia sea percibida en una relación metonímica (y a veces metafórica) con la nación; si se quiere, que sea la familia la micro-institución social que más se presta para alegorizar la marco-problemática de la nación (Andrade 2007, 37)<sup>29</sup>.

Esta suerte de metáfora -que hace Andrade- de la mujer con la construcción de una nación específica permite visibilizar la manera en la que las distintas masculinidades se van construyendo como superiores a todo lo que pueda ser considerado como femenino. Asimismo, la cita da cuenta de una mujer normada e ideal: es aquella que permanece en el ámbito de lo doméstico mientras que la trabajadora sexual sale de ese intento de homogeneizar los cuerpos de las mujeres. Es, en cierta medida, un grupo totalmente heterogéneo, pero también son la parte heterogénea -y no deseable- dentro del mismo grupo de mujeres.

Las investigaciones de las últimas décadas no solo hablan de lo que sucede con ellas en Quito o en el Ecuador, sino que se han hecho una serie de comparaciones con otros países de la región. Esto ha significado un gran aporte ya que abre las puertas para entender el trabajo sexual como un fenómeno de carácter global, pero al mismo tiempo heterogéneo.

Si bien las muchas veces llamadas meretrices existen desde hace centurias, es a partir de los siglos XIX y XX que los estudios acerca de ellas se fortalecen. Una de las primeras discusiones que emergieron son las relacionadas con las corrientes reglamentaristas y las abolicionistas. A partir de esas dos vertientes se abrió paso a la existencia de documentos, textos, documentales, etc., que vincularon el género, la raza y la clase para aprehender el trabajo sexual como una actividad compleja en donde se configuran y se reproducen esquemas económicos, machistas, patriarcales, de violencia, pero también donde hay unas relaciones sociales específicas que permiten el uso del cuerpo y con ello un intercambio sexo-económico.

---

masculinidad con la noción de trabajo sexual; ambas son el referente de una organización social que permite visibilizar distintas formas de inequidad y de relacionarse/nos (Díaz-Cervantes 2014; Núñez Noriega 2016).

<sup>29</sup> Para Andrade (2007) “la mujer y la familia son percibidas como metáforas de la nación y por eso persiste la notoria preocupación de los intelectuales por su funcionamiento «apropiado» en el desarrollo de la conciencia e identidad nacional” (Andrade 2007, 35).

Pensadoras como Wilking (2015), Checa (2016) y Clark (2001) hicieron en los últimos años alusiones a la medicina en relación con el trabajo sexual dotándoles a esas mujeres la connotación de riesgosas puesto que están en la capacidad de transmitir enfermedades, consecuentemente, de alterar el orden salubre de la urbe. Uno de los trabajos que resalta es *Cultura popular, proyectos civilizatorios y disciplinamiento (Quito, 1860-1930)* de Eduardo Kingman (2007) con el que se refuerza la idea de unas instituciones que regulaban los comportamientos a partir de la inserción del discurso de la higiene y la moral. Estos estudios se han fortalecido con otros recientes como el de Chávez Naranjo (2014), Lanas Medina (2015), García (2017) o Garbay Mancheno (2006). A pesar de los alcances que existen, hasta los días actuales no hay datos que aborden “estudios del cliente, el proxeneta, las visiones sobre el cuerpo de las ramerás” (Checa 2012, 12).

La proliferación del trabajo sexual, así como de una serie de prácticas discursivas dio lugar a que empezara a ser de interés de una diversidad de entidades públicas y privadas. Para 1921 se creó el Servicio de Profilaxis Venérea para atender a las sexo-servidoras de la ciudad. El acelerado crecimiento de Quito tuvo entre sus consecuencias la manifestación del trabajo sexual como una posibilidad laboral que mejore/a las condiciones económicas de las mujeres que arriban a la urbe. Esto, a su vez, significó una importante proliferación de zonas de tolerancia en las que se ejercía el comercio sexual ya sea de manera legal como ilegal (Sandoval y Gallardo 2002). Para el año 2002 se hacen importantes acercamientos al trabajo sexual y a la forma en la que paulatinamente se organizaba a lo largo y ancho de la ciudad. Se señala que

[...] las aproximaciones hablaban de que solo en la ciudad de Quito 5000 mujeres ejercían el trabajo sexual [...] Esta totalidad estaba dividida entre las que laboraban en las casas de tolerancia ubicadas en el sector de la avenida 24 de Mayo y aquellas que realizaban el trabajo sexual informal, en las calles y plazas del Centro (Álvarez y Sandoval 2013, 30).

Dicho de un modo distinto: el trabajo sexual crecía a un ritmo similar al que lo hacía la ciudad. Esto también fue posible “porque hay más clientes. Tú sabes que si hay más oferta hay más demanda” (Speedy, entrevista, 06-2018); expresión que es una invitación directa a observar que el trabajo sexual no es una cuestión solamente relacionada con las mujeres que lo ejercen, sino con la presencia de sus clientes. Estos, finalmente, son quienes disponen, comercialmente, cuál es la ubicación más adecuada de/para un burdel.

Pongo algunos ejemplos: i) cerca de la Universidad Central del Ecuador hay cuatro burdeles que abren sus puertas a estudiantes y funcionarios de oficinas cercanas; ii) en la zona conocida, como La Mariscal, se ubican otros cuatro. Estos funcionan a partir desde las cinco de la tarde hasta las dos de la mañana. Su público son los hombres -solos, o que van con más hombres- que acuden a bares o discotecas cercanas; iii) Entre el sector aledaño al Hotel Marriot y el Círculo Militar están otros que enfocan sus esfuerzos a “oficinistas jóvenes y estudiantes de los colegios y universidades que están por aquí, cerquita” (Speedy, entrevista, 06-2018); iv) La Cantera<sup>30</sup>, zona conocida por ser el espacio que acogió a las trabajadoras sexuales que laboraban en el Centro Histórico, tenía como fin último los clientes que vivían en los alrededores, pero sobre todo los trabajadores de mercado de San Roque, los presos y los guardias del Penal (García Moreno)<sup>31</sup>.

A la sazón de lo anotado, mi interés por el Guajira, Apple, The Show y Habana tiene que ver con los siguientes puntos: 1) cercanía: tomando en cuenta los costos que implica un trabajo investigativo en burdeles localicé espacios que estén emplazados en el centro-norte de la ciudad; 2) pese a que el primer acercamiento fue al Guajira y Apple, las condiciones de circulación de las trabajadoras sexuales me vinculó con el Habana y The Show; 3) los horarios de atención del Guajira son desde las 10 de la mañana hasta las ocho de la noche, mientras que los del Apple van desde las cinco de la tarde hasta las 2 de la mañana. Eso, de algún modo me permitía trasladarme, de acuerdo a la planificación hecha para el trabajo de campo, los días miércoles jueves, viernes y sábados a ambos espacios con el fin de evidenciar las dinámicas diurnas y nocturnas de los burdeles; 4) los clientes de ambos sitios, pese a su relativa cercanía, son distintos y tienen que ver con “los gustos que cada hombre tiene de las mujeres” (Fonseca, entrevista, 06-2018), pero también con las instituciones que aledañas a cada uno de los burdeles; 5) mi interés académico tiene que ver con la transformación del cuerpo de las trabajadoras sexuales. Por tanto, me enfoqué en espacios en los haya mayor cantidad de “eventos” cada semana, lo que implica necesariamente, una transformación constante de sus cuerpos.

---

<sup>30</sup> Ubicada en el centro de Quito junto al ex Penal García Moreno. Para varias de las trabajadoras sexuales que fueron parte de esta tesis más que una oportunidad vinculada con temas económicos, laborales y/o de salud era un intento por ocultarlas. “Lo que querían era escondernos para que no nos vean los turistas que vienen al Centro, pero nunca pensaron en nosotras” (Luciana, entrevista, 04-2018).

<sup>31</sup> No desconozco las llamadas Zonas de Tolerancia ubicadas tanto al norte y al sur de la Ciudad. No coloqué esos espacios en los ejemplos ya que la razón por la que están ahí tienen más relación con un proceso de reubicación del trabajo sexual, y no con la búsqueda, si se quiere, intencional de clientes.

A partir de aquí es viable reconocer el trabajo sexual en relación directa con el espacio público, las formas de regulación, los clientes y la institución de políticas públicas. Por último, es preciso referirme a uno de los puntales de esta tesis: el cuerpo; es desde ahí que se construye/n identidad/es y autonomías, al mismo tiempo que desde ahí las trabajadoras sexuales despliegan una diversidad de estrategias en esta dinámica transaccional de sexo por dinero que se ata a las formas de consumo y transformación de los cánones de belleza en el mundo del trabajo sexual.

Consumo y belleza, en este punto, son factores que han influido significativamente en el trabajo sexual: antiguamente la forma en las que las mujeres vinculadas a este oficio preparaban el cuerpo era a base de productos de la época (Barrios 1989). Baños, aromas que además de engalanar, permitían una diferenciación importante, -en términos bourdianos-, de distinción lo que implicaba reconocer quienes estaban destinadas para los grupos sociales más potentados y las que irían al vulgo (Barrios 1989). Actualmente, todo se resume al consumo tanto de productos para embellecer, como de la “oferta” por parte de los clientes (Goetschel 1998). El trabajo sexual tiene una fuerte sujeción con la sociedad de consumo puesto que “ejerce una presión cada vez mayor para el cuidado del cuerpo y la adquisición de productos relacionados con su mantenimiento (Goetschel 1998, 35).

## **2. Debates alrededor del trabajo sexual**

### **2.1 Políticas públicas y normativas legales**

Las enunciaciones anteriores, en cierta medida, contextualizan la situación alrededor del trabajo sexual en Quito: la política, el ornato, la higiene, los clientes, los imaginarios y la moral han sido los que principalmente han aparecido. Varios de los acercamientos a textos y estudios sobre el trabajo sexual me han dado las pautas para visibilizar cuáles son los alcances que se han hecho hasta el momento en el tema. En muchos casos ha sido vinculado como un fenómeno que debe ser expulsado, se han hecho cartografías<sup>32</sup> para ubicar el sitio en el que se ubican los burdeles, se han generado campañas de control de enfermedades, se han ejecutado

---

<sup>32</sup> El Municipio del Distrito Metropolitano de Quito tiene un acercamiento al lugar en el que estos se ubican. Sin embargo, estos, al igual que las trabajadoras sexuales buscan estrategias para llegar a los clientes. Actualmente, la página más visitada en la red es <https://meganoche.com/> en donde se observa una suerte de ruta y calificación a cada uno de los burdeles de Quito.

talleres, simposios, conferencias y diálogos que se quedan en un intento por regular y mejorar las condiciones de vida de las mujeres vinculadas al oficio.<sup>33</sup>

Pese a ello, encuentro que hay una gran cantidad de vacíos en los estudios relacionados con el trabajo sexual. Poco, por ejemplo, es lo que se ha dicho respecto de las masculinidades y su relación con las mujeres que ofrecen servicios sexuales. Así mismo, no encuentro estudios relacionados con el uso del cuerpo como instrumento que sirve para el intercambio sexo-monetario. No obstante, eso no quiere decir por ningún motivo que no existan datos sugestivos al respecto. El Archivo Metropolitano, quizá porque se trata de una forma discursiva en la que se construyen las ciudades, arroja datos respecto de las normativas higienistas, ornato y ordenamiento hasta 1980. Si bien parecen datos sueltos, sirven para entender que el trabajo sexual y la mujer -en general- han sido relegados al espacio del silencio y del anonimato, y con ello se pretendía la construcción de un ideal femenino frente a una masculinidad preponderante y dominante.

Muchos de los trabajos se han enfocado en encontrar el papel de las trabajadoras sexuales en tanto sujetos históricos y su importancia en la construcción de un modelo de Estado-nación. En esta línea, es importante sostener la postura que implica a las trabajadoras sexuales como vitales para entender bajo qué preceptos se constituyen la urbe quiteña y el Ecuador. Esto porque

La prostitución y todo lo que ella significa en lo económico, cultural, social, político, legal y un largo etcétera es desconocido, a pesar que el meretricio como hecho histórico es una excelente puerta de entrada para entender múltiples aspectos de nuestro pasado, pero no de un pasado muerto y enterrado, sino de un pasado que vive en el presente (Checa 2012, 12).

Son muchas de las formas en las que las mujeres sirven como instrumento de edificación de las urbes, pero también como elemento que fortalece instituciones como la familia. El trabajo de Andrade (2007) es clave para ver cómo la literatura juega un papel importante en la construcción del personaje de la trabajadora sexual. Permite, igualmente, dar cuenta de la

---

<sup>33</sup> En mayo de 2017 se generó el Primer Encuentro sobre Trabajo Sexual. El evento tuvo como resultado la publicación de unas memorias denominadas *Foro Nacional sobre Trabajo Sexual*; el Instituto de la Ciudad publicó en 2013 *El trabajo sexual en el Centro Histórico de Quito*. En 2014, por el Día Internacional de las Trabajadoras Sexuales iniciaron entre ellas y el Municipio una ruta de diálogos para mejorar sus condiciones laborales y buscar las mejores formas de reubicación de los burdeles. Estos, por nombras algunos, son parte de los avances que se han visto en los últimos años frente al tema del trabajo sexual en la capital.

estructura social y de una forma de organización social específica que sigue latente hasta la actualidad.

Están también los acercamientos que han hechos pensadoras como Ana Wilking (2015) en los que apuesta por una visión moderna de lo que significa ser trabajadora sexual. El artículo se embarca en un recorrido por entender las formas de regulación de la actividad en el barrio de San Marcos, la escasa reglamentación y el poco interés municipal de ir por esa ruta, así como los modos en los que la presencia policial reprime los cuerpos de las mujeres que ofrecen servicios sexuales. Wilking (2015), otorga una identidad a las trabajadoras sexuales: les convierte en sujetos de carne y hueso, en personas con agencia y con necesidades económicas que han encontrado en esa labor una “oportunidad” de sobrevivencia.

La presencia de la trabajadora sexual, en definitiva, genera una serie de efectos notables en la vida de los ciudadanos y de instituciones como la Iglesia y el Estado. Así, nos enfrentamos a una realidad en donde la “familia se desorganiza, lo que anuncia un caos de toda la estructura social porque se deja de reconocer la autoridad del padre y las mujeres empiezan a cuestionar el modelo patriarcal de la hija invisible, esposa obediente y madre prolífica” (Andrade 2007, 45). Lo anotado, en cierta medida, permitirá entender por qué y cómo se han construido la narrativa legal y las normativas municipales en torno al trabajo sexual y a la presencia de sexo-servidoras en la ciudad.

Sin duda alguna, para referirme al trabajo sexual -en cualquiera de sus discusiones- es necesario mencionar que no es un fenómeno solamente existente en Quito, sino que está ubicado en varias/todas las ciudades del país. En Ecuador el trabajo sexual parece remontarse a la misma constitución como República en 1830. Desde aquellos tiempos, el oficio ya era considerado inmoral e indeseable por lo que se propiciaba la persecución de las sexo-servidoras con intenciones de brindarles tratamientos de índole moral, médica y religiosa. En este sentido, las mujeres han sido concebidas como las encargadas de la reproducción, no sólo biológica, sino también social. “Las mujeres, entendiéndose en las cosas domésticas y sobre todo en la educación de sus hijos, labran las buenas costumbres de la sociedad de las cuales se derivan el bienestar y la dicha de las naciones” (Goetschel 1999, 37). La cita hace referencia a una potente narrativa que demuestra una posición subordinada escondida detrás de roles de cuidado y reproducción.

Actualmente parece existir una preferencia en los burdeles por las trabajadoras sexuales jóvenes por lo que las mujeres mayores de 38 años suelen ser separadas o excluidas de esta clase de sitios, lo que las obliga a ocupar espacios públicos, como la calle (Cedeño 2017). En el Centro Histórico de Quito se registran aproximadamente 3000 trabajadoras sexuales ubicadas principalmente en las calles: Manabí, Bustamante, Esmeraldas, Flores, Pichincha y Rocafuerte (La Hora 2018). No obstante, la urbe entera está cargada de burdeles y esta realidad ha hecho que varias investigadoras y pensadores se interesen en el trabajo sexual como un fenómeno que no escatima clases sociales, que no se aleja de temas como el de etnia, que siempre está en el ojo del huracán de la política pública y la discusión.

A pesar de los intentos por regular su funcionamiento y ubicación no se ha logrado mucho. Hasta junio de 2017 fueron 87 burdeles de la capital los que debían ser reubicados.<sup>34</sup> Se hicieron reuniones y se organizaron diálogos para tratar las mejores propuestas y los beneficios tanto para el cabildo como para las trabajadoras sexuales. En este proceso -largo, dicho sea de paso- y hasta ahora inconcluso, estuvieron involucradas instancias municipales como la Comisión de Suelo del Concejo Metropolitano, la Comisión de Seguridad y Convivencia Ciudadana, la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, por nombrar algunas. Siguiendo esa línea encuentro concordancia con la lectura del Estado que realiza Brown (1995) puesto que hace posible la identificación del mismo como “masculinista.” Es decir, como una fuente de poder que fomenta el control del cuerpo de las mujeres a través de la dominancia masculina expresada en y por el Estado.

Este ha adquirido una importancia sin precedentes respecto a asuntos sociales, culturales, políticos, y económicos convirtiendo a gran parte de las mujeres en dependientes del mismo, a la vez que despliega políticas de protección y regulación. Pero aún más, sobre esto es necesario resaltar que la noción estatal masculinista que ha concebido a las mujeres como sujetos de tutelaje, ha significado para las mismas su exclusión sistemática de los asuntos públicos. Esto también ha posibilitado la construcción de un sujeto “mujer” subordinado y disciplinado bajo sus regulaciones (Brown 1995). Esas narrativas se extienden desde lo doméstico/privado, desde lo cotidiano hasta encontrar un sustento importante en las leyes, normas y reglamentos; las normativas pretenden actuar sobre el cuerpo de las mujeres y el

---

<sup>34</sup> Recuperado de <https://www.elcomercio.com/actualidad/burdeles-reubicacion-moradores-quito-cierres.html>

espacio público, inscribiéndose en grupos socialmente estigmatizados y trasladándose a los comportamientos más domésticos.

Retomando: en el cabildo quiteño, la sexualidad, el sexo y el trabajo sexual son usados como herramientas de control que permiten objetivar y justificar una serie de intervenciones arquitectónicas, y al mismo tiempo tienen la capacidad de controlar los cuerpos de las trabajadoras sexuales y de las mujeres que no están vinculadas a este trabajo. Eso se evidencia en la forma en la que se redactan las distintas normativas de uso de suelo como el Plan de Ordenamiento Territorial (2015), el Plan Especial para el Centro Histórico de Quito (2003) o el Proyecto de Revitalización del Centro Histórico de Quito (2013).<sup>35</sup> Tal como sostiene Rubin (1989), las regulaciones sexuales suelen darse a nivel estatal y municipal aunque son las fuerzas del orden (policía) las principales encargadas de su cumplimiento.

Los tres informes tienen una retórica que es importante analizar puesto que están cargados de elementos que implican subordinación, control y manejo de ciertos cuerpos. Uno de los mencionados documentos, al respecto, relata lo siguiente: “el Centro Histórico es percibido como un sitio de inseguridad asociado a problemas sociales de indigencia, prostitución [...]. Presenta condiciones ambientales desfavorables como ruido, contaminación de basura, plagas de vectores diversos” (MDMQ 2015, 177). Páginas más adelante el mismo texto menciona también que: “Los problemas sociales concentrados en ciertos espacios públicos del centro como delincuencia, micro-tráfico, alcoholismo y prostitución [...] dificulta el desarrollo de la economía local y atemoriza la visita hacia estos lugares” (MDMQ 2015, 335).

Volviendo a las normativas, desde 1926, con el apareamiento del Reglamento de Profilaxis Venérea para la Zona Central se logró establecer que las mujeres trabajadoras sexuales no solo eran un problema a erradicar, sino también la causa de enfermedades venéreas o incluso la muerte. Asimismo, el aludido manuscrito tuvo la tarea de dar cuenta de cuáles eran los posibles clientes y por consiguiente, afectados por las sexo-servidoras (Zambrano 1939). Esto, según Checa (2016), Clark (2001) y Goetschel (2007) tenía como correlato que las esposas de

---

<sup>35</sup> Hago hincapié en las normativas que se plantearon para el Centro Histórico de la ciudad porque, siguiendo a Checa (2016), consideramos que Quito -pero especialmente su Centro histórico- es un espacio excesivamente religioso. Se trata de un espacio en el que se asientan una gran cantidad de iglesias y conventos dedicados a adorar y a servir a Dios, por tanto, no es posible que en un espacio consagrado para ello se lleven a cabo actividades que atenten contra la moral (Checa 2016).

los infectados también corrían el riesgo, y en muchos casos se contagiaban de los males venéreos atribuidos al trabajo sexual.

Con el tiempo, la narrativa que promueven las instituciones médicas, la arremetida constante del cristianismo, la escuela como baluarte de las buenas costumbres, la moral del hogar y toda la retórica que se esconde en las normativas municipales terminó por concebir a varias de las trabajadoras sexuales como “hembras diabólicas” (Checa 2016). A simple vista pareciera que los intentos del Municipio de Quito se inclinan/ron a un proceso de regulación del oficio. Sin embargo, si se profundiza un poco más en las distintas normativas se verá que el trabajo sexual está al margen de todo intento de reglamentación, más bien esa ambivalencia -entre prohibido y permitido- es lo que permite seguir usando estrategias discursivas para el control de los sujetos.

Pero, hay otros documentos que pueden/deberían ser examinados en esa misma línea. Están, por ejemplo *la Ley para la prevención y asistencia integral del VIH/SIDA* (2000),<sup>36</sup> que más allá de impulsar campañas reales de prevención sirvió como insumo para catalogar, cifrar y criminalizar el oficio y la enfermedad. Una modificación valiosa que se hizo a este instrumento de análisis legal, médico y normativo tuvo lugar en el 2006. El texto lleva el nombre de *Ley de prevención y asistencia integral del VIH/ SIDA*. Este hace un intento por vincular el tema de derechos humanos (protección y asistencia) a personas que viven con VIH/SIDA. Pese a ello, no se deja de pensar como una epidemia y consecuentemente a las personas portadoras como aquellas que tienen que ser relegadas. También, dentro de las normativas, está *El Plan Nacional para combatir la trata de personas, el tráfico ilegal de migrantes y la explotación sexual laboral* (2006). En este documento se hacen una serie de generalizaciones, y sin un sustento teórico importante iguala y confunde explotación, trabajo sexual, trata y prostitución. Cada una de esas nociones tiene especificidades importantes que no pueden ni deben ser tomadas a la ligera.

En la búsqueda de normativas al respecto del trabajo sexual también está el *Plan Nacional para combatir la trata, explotación sexual, laboral y otros medios de explotación de personas, en particular mujeres, niños, niñas y adolescentes*<sup>37</sup> (2006). En él se tipifican los

<sup>36</sup> Congreso Nacional del Ecuador. Ley 11, Registro Oficial 58, 14 de abril de 2000.

<sup>37</sup> Elaborado por el Consejo Nacional de la Niñez y Adolescencia. El documento se encuentra en el Registro Oficial N.375 de 12 de octubre de 2016.

delitos y sanciones vinculados con las distintas expresiones de explotación sexual hacia menores de edad. Todos ellos, junto con las distintas normativas que establecen al trabajo sexual como una actividad ilícita e inmoral, satanizan el oficio y a las sexo-servidoras al mismo tiempo que generan un control específico del cuerpo a través de la sexualidad.

En definitiva, se observa cómo la mujer ha sido construida a partir de un imaginario basado en la higiene, en la moral, en la religión y en el “deber ser”. Se trata de un molde que les fue impuesto y que poco a poco se fue institucionalizando y normalizando al punto de ubicar a ellas en espacios diferenciados en relación con los hombres. Eso permitió que la sociedad generara estrategias para exigir comportamientos, también diferenciados, para hombres y mujeres. Esto se vio reforzado por la asignación de roles y la libertad del hombre para “escapar” a las labores del hogar para establecerse como participante y actor en el ámbito público. Estas normas que fueron erigidas para control de la mujer estaban directamente vinculadas con el sexo y la sexualidad. El catolicismo hizo de éstas una forma de reconocimiento de santidad -y buen comportamiento- teniendo como consecuencia que la trabajadora sexual sea vista como el lado opuesto de una misma moneda.

En una ciudad que ha hecho fuerza para ser considerada como uno de los más deseados destinos turísticos, que ha buscado regenerar, reconstruir y renovar su arquitectura, que tiene alrededor de su centro histórico alrededor de 12 iglesias, y que tiene una población altamente católica y conservadora, los debates y las discusiones sobre el trabajo sexual se vuelven infinitas, pero al mismo tiempo irresolubles. El proceso de reubicación, por ejemplo, tenía como fin mover los burdeles que estaban cerca de la Universidad Central del Ecuador (MDMQ 2015) y los que estaban en zonas residenciales del sector de La Mariscal, pero muchos de esos locales aún -enero 2018- tienen las puertas abiertas y funcionan con “total normalidad” (MDMQ 2015). Este es, quizá, uno de los más importantes debates alrededor del trabajo sexual. Sin embargo, no se puede dejar de lado la lucha que estas mujeres han tenido porque se reconozca el ejercicio del oficio como un trabajo más, que se reconozcan sus derechos laborales, y que eso signifique el acceso a beneficios que se obtendrían al estar vinculadas a una labor económica distinta.

El recorrido de este capítulo ha sido dar cuenta de la forma en la que se han construido diversas narrativas -desde académicas hasta las planteadas por el cabildo- en torno al trabajo

sexual. El objetivo, en sí mismo, no fue hacer un recuento histórico, pero sí extraer ciertos ejes para ubicarlos en el presente y en la forma en la que es percibido el oficio en Quito. La intención del acápite, por tanto, fue la de asumir y tomar los datos como una suerte de ecos que me permitirán entender el funcionamiento y las dinámicas actuales del trabajo sexual en la urbe.

Lo académico, así como las distintas normativas legales, médicas y/o municipales sostienen que la sexo-servidora, en alguna medida, es un personaje que rompe con el ideal de la feminidad, con la familia y con va en contra de los preceptos religiosos. Se deja de lado que las trabajadoras sexuales son sujetos con agencia, que constantemente resignifican el oficio y las formas en las que negocian el cuerpo con sus clientes. Por mencionar algo al respecto: un gran número de ellas han decidido dejar los burdeles para ofrecer servicios sexuales a través de redes sociales. Se promocionan (con fotos suyas en lencería, o con anuncios provocadores) a través de whatsapp, facebook, instagram y twitter.

Sin embargo, antes de cerrar el análisis y revisión de las normativas legales y la forma en la que se redactan las políticas públicas es preciso decir que detrás de ello hay unos intereses, unas intenciones que se enmarcan en contextos políticos, culturales, económicos y sociales. Todos ellos están atravesados por una cuestión discursiva y narrativa. Hay, si se quiere, una manera de expresarse que sobrepasa lo escrito en papel (las leyes, códigos y estatutos) y se ubica en las diferentes formas de enunciar, de nominar. Por ello, es revelador destacar el lenguaje;<sup>38</sup> éste arrastra una importancia significativa para entender la forma en la que poco a poco la mujer trabajadora sexual ha sido degradada a la figura de lo contagioso, lo malo y lo prohibido.

Las expresiones como puta, prostituta, meretriz y ramera tienen una fuerte carga simbólica que implica condenar, insultar, reducir y calificar algo como peligroso, como deslucido y salido de los cánones de la familia, la maternidad y la religiosidad. Es decir: “son términos que entrañan diversos significados, producto de un proceso histórico-cultural, en el cual se fueron definiendo una serie de discursos y prácticas que hoy son asumidos como normales y hasta legítimos” (Checa 2012, 8). Así, poco a poco, las mujeres vinculadas al ofrecimiento de

---

<sup>38</sup> Noción que en el capítulo siguiente será profundizada como herramienta vital en la negociación de las trabajadoras sexuales.

servicios sexuales fueron degradadas hasta convertirse en todo aquello que mancilla la ciudad y las buenas costumbres de una urbe cimentada sobre ideales religiosos, morales e higiénicos que se enraizaron relativamente rápido en la población quiteña.

### Capítulo 3

#### “Bienvenidos:”<sup>39</sup> performance y modos de negociación en el trabajo sexual

Una vez que he/mos realizado el recorrido por las principales nociones que atraviesan esta investigación, y por las dinámicas que el trabajo sexual ha mantenido durante muchas décadas en Quito, es necesario llegar hasta los espacios en los que se hizo el ejercicio etnográfico. Cada uno de los burdeles dará cuenta de una realidad: la negociación del cuerpo a través de prácticas llevadas a cabo por las trabajadoras sexuales. Las mismas que serán entendidas como rituales puesto que tienen una serie de elementos, símbolos y signos que permiten cohesión, sentido de pertenencia, el mantenimiento de una forma específica de funcionamiento y de vez en cuando estrategias que escamotean lo establecido.

En todo este entramado entrarán en juego la economía usada para embellecer el cuerpo, el performance, el lenguaje -corporal y hablado- los rituales propios de cada trabajadora sexual, el tiempo usado para vestirse dentro de cada burdel, el significado y las intenciones de estas acciones. Lo que viene, entonces, es una descripción del papel llevado a cabo por las sexo-servidoras antes del intercambio sexo-económico, y contará con extractos de relatos, entrevistas, narraciones, fragmentos de vida, sentires, percepciones y diálogos abiertos mantenidos con ellas y varios de sus clientes.

“Bienvenidos,” es la palabra que generalmente se escucha decir al guardia de la entrada de los burdeles. Una expresión que oculta mucho, pero que al mismo tiempo evidencia la posibilidad de un mundo distinto: “un mundo que esconde diversión para los hombres que venimos buscando placer para la vista, para la lengua y para el cuerpo” (Fonseca, entrevista, 06-2018). Cuando Fonseca hace referencia a la lengua no tiene una connotación sexual. Para él, la “diversión para la lengua tiene el mismo significado que decir aflojar la lengua. O sea conversar de otras cosas, de banalidades, reírse y no pensar en nada [...] Chismear también” (Fonseca, entrevista, 06-2018).

---

<sup>39</sup> Uso la expresión “Bienvenidos” tal como es usada por los guardias de las puertas de los burdeles. Estoy al tanto del papel del lenguaje y sus usos para describir, posicionar y catalogar espacios y sujetos. En ese sentido, no desconozco la importancia de deconstruir el lenguaje como una posibilidad para quitarle las connotaciones masculinizadas, patriarcales y machistas. Aclaro: la expresión es usada desde lo masculino en los burdeles, pero en esta tesis expresa la invitación a mujeres y hombres a sumergirse en los datos, narraciones y relatos que arroja esta investigación.

Bienvenidos, también porque en este capítulo veremos cómo se asienta en la realidad de las trabajadoras sexuales del Guajira, Apple, Habana y The Show ese performance y esos modos de negociación que fueron mencionados en los capítulos anteriores. Pretendo, así, mostrar qué implica esa transformación, entender por qué es importante, qué significados tiene y qué consecuencias tienen en los clientes. Bienvenidos, entonces, a repasar la seducción, las expresiones orales y la transformación de los cuerpos de las trabajadoras sexuales en cada uno de los burdeles que son parte de este escrito.

## **1. “Sexo, esparcimiento y licor...”**

### **1.1 Aproximación al campo**

Empezó en el mes de enero de 2018 con llamadas telefónicas, y con incipientes ingresos a los burdeles que en principio iban a ser parte de esta investigación (Guajira y Apple). Sin embargo, las reiteradas visitas a estos espacios que, dicho sea de paso, se ubican en el norte de la ciudad, me llevaron a dos más que generalmente se convertían en el lugar de trabajo de varias de las sexo-servidoras que fueron entrevistadas (Habana y The Show). Estos últimos están emplazados en la zona de La Mariscal y Seminario Mayor, en Quito. Todos los lugares en los que ingresé tenían mujeres que iban desde los 22 años de edad hasta los 37. Cada burdel está diferenciado por una serie de factores que van desde la hora de ingreso hasta las promociones, precios, decoración, diseño interior, y según los clientes: las chicas.

En esta investigación colaboraron 11 trabajadoras sexuales. Cada una de ellas accedió a ser entrevistada, a tener conversaciones al interior como al exterior del burdel, a narrarme sus vivencias en relación con el cuerpo y la forma en que negociaban con sus clientes. Son provenientes de varios lugares de la región, así como de varias ciudades del país. Al momento de contarles los objetivos y el fin de esta tesis, siete de ellas decidieron que se coloque el nombre con el que se las conoce en el burdel. Ellas son: Liliana Guevara, Katherine, Britney, Samy (Samantha), Katty, Lucy-Lucy y Evelyn. Solamente una decidió que se usara su apellido, justamente porque era más difícil localizarle de ese modo: Martínez. Dos de las sexo-servidoras optaron por buscar un nombre que no sea el suyo, ni el que usan en los burdeles. Esta experiencia de buscar nombres ocurrió al tercer mes del trabajo de campo. Muestro el extracto de esta acción:

**Marzo, 9, 2018**

Estábamos sentados en los escalones del tercer piso del The Show, sacaron sus celulares y buscaban los nombres que más sean de su agrado. Luego de unos 45 minutos de buscar entre algunos que era muy largos, otros que no compaginaban con sus personalidades, y de reírse un poco acerca de unos que les parecían divertidos se decidieron por Lisseth, Luciana y Speedy. La última dijo “no sé qué ponerme, pero que no sea nada con lo que me conozcan” (Speedy, entrevista, 03-2018). Le hablé sobre mi gusto por los cómics y que ahí se encuentran muchos nombres. Finalmente se decidió por Speedy<sup>40</sup>.

En última instancia, cada una decidió qué nombre usar y cómo serían llamadas durante el tiempo que durase la investigación. Aquí es importante mencionar que los primeros acercamientos hechos a las trabajadoras sexuales fueron gracias a Lili, Britney y Speedy. Las tres me condujeron a otras sexo-servidoras y a los espacios más íntimos como los cuartos en los que se cambiaban, los lugares en los que se alimentaban, los baños y me presentaron a varios meseras, meseros y administradores. Poco a poco, como si de una bola de nieve se tratara, fueron aumentando las demás trabajadoras sexuales. En los clientes, sin embargo, la dinámica y los acercamientos fueron distintas.

En la sección final de este capítulo me enfocaré en explicar con más detalle acerca de esto, sin embargo es preciso mencionar que los dos primeros clientes que conocí fueron Tony y Steve. En lo posterior, por recomendación una de las informantes llegué a Barry. Merly y Bruce fueron clientes a los cuales conocí en un evento del Día del Padre realizado en el Guajira. Arthur, quien aparece brevemente en este trabajo, es la persona detrás de la barra del Guajira. Cabe mencionar que se tuvieron varias conversaciones y encuentros con cada uno de los entrevistados, pero por cuestiones metodológicas, de extensión y respetando los objetivos de la tesis se han colocado los extractos y anotaciones del cuaderno de campo que he creído pertinentes.

Los cuatro burdeles que sirvieron para darle forma a este trabajo reciben mujeres de varios rincones del país y al mismo tiempo las “chicas” son de distintas nacionalidades. Encontré, en todos ellos, mujeres provenientes de Colombia, Cuba, Venezuela y Ecuador. De este último habían quienes pertenecían a la Costa y Sierra y muy pocas oriundas de la Amazonía del país.

---

<sup>40</sup> Speedy es uno de los personajes femeninos que están en los cómics de Arrow, de 1941.

Además, como ya fue señalado, cada lugar tiene diferencias evidentes. Describo brevemente cada uno:

1. Ubicado en el sector de la Avenida América. La entrada no tiene más de un metro y medio de ancho. Está custodiada por dos sujetos separados por una distancia de tres metros, aproximadamente. El primero de ellos es el que revisa que “no traigas armas o cosas que puedan lastimar o generar problemas [...] (Speedy, entrevista, 04-2018); culminada esa exploración del cuerpo muestras la cédula para comprobar que eres mayor de edad. Al mismo sujeto le cancelas el valor de USD 3.00 que te permite el ingreso al burdel. El pago de ese valor lo cambias por un ticket el cual puedes canjearlo por una cerveza, un vaso de vodka, ron, whisky o una botella de agua. Pero, si vas con amigos, digamos, cinco o seis, puedes sumar el valor de cada ticket y poner la diferencia para comprar una botella de licor y, como “regalo,” dependiendo del costo de la botella te obsequian “un punto<sup>41</sup> con una de las chicas o un show privado<sup>42</sup>” (Speedy, entrevista, 04, 2018).

La entrada al burdel ocurre solo pasando a un segundo centinela que, dicho de sea de paso, tiene una altura considerable y un corporalidad que lo asemeja a un sujeto que cuida su cuerpo a partir de ejercicios físicos. Se suben tres pisos. A medida que uno asciende hasta la puerta principal la música -vallenatos, reguetón o salsa- se hace más fuerte. La puerta está totalmente abierta, a lado derecho está una barra en la que hay un hombre y una mujer que atienden los pedidos de los clientes y son quienes se encargan de entregar “las fichas” a las chicas que consiguen llevar a los interesados a los cuartos. Él, vestido con pantalón oscuro y camisa clara, de nacionalidad venezolana, no tiene más de 30 años de edad. Ella, vestida toda de negro con una blusa, igualmente clara y una estatura de “1,60 o 1,65”, tiene 27 años de los cuales dos los ha vivido en la capital del Ecuador.

---

<sup>41</sup> Hace referencia a que por la compra de una botella de licor el cliente se hace acreedor a tener sexo con la trabajadora sexual que él escoja. Como “punto” se le conoce al coito. Es una expresión que circula por todos los burdeles que fueron parte esta tesis. Cuando alguien “te dice cuánto vale el punto te está preguntando cuánto vale tener sexo contigo, ir arriba contigo (Speedy, entrevista, 05-2018).

<sup>42</sup> El show privado es un baile erótico que una de las trabajadoras sexuales hace para un grupo de máximo cinco personas, o para un cliente solo. Todo depende del costo, y cómo se lleve a cabo la negociación.

Se ve, en el lugar, a una persona que constantemente camina por todo el burdel. Es un hombre regordete más que robusto. Su intento por vestirse “elegantemente” lo hacen ver más bien como alguien descuidado. Él es el administrador. Además, hay una suerte de animador que llama a los clientes a consumir, a que vean el show, a que se lleven a las muchachas a los cuartos. Pareciera que su labor es la de promocionar a cada una de las trabajadoras sexuales. En uno de los espacios más oscuros, en mi primera visita, veo a una muchacha alta, delgada, vestida de un modo distinto al de las trabajadoras sexuales: es otra mesera.

El burdel al que hago referencia tiene una capacidad máxima de 70 u 80 personas, pero los días jueves y viernes sobrepasa las 150. Frente a la barra están ubicadas las mesas y sillas en donde se sientan los primeros clientes y a las que tienen acceso quienes “gastan al menos una botella.” (Speedy, 06-2018). Esos espacios, de algún modo, tienen un significado importante porque tiene la capacidad de distinguir a los clientes que “llegan con dinero y a los que no [...] Los que están parados a veces se toman dos cervezas, tres y se van” (Luciana, entrevista, 06-2018).

En la mitad del cabaret hay una pista con un falso parqué de color negro y blanco; tiene unos dos metros y medio de largo por uno de ancho y dos tubos de metal que van desde el suelo hacia el techo. Es el lugar en el que las trabajadoras sexuales hacen el show, en el que bailan, se desnudan, se riegan cerveza, “juegan con los clientes, les coquetean, les muestran el culo y les convencen para que les compren la ficha y el trago” (Luciana, entrevista, 05-2018). Junto al pequeño escenario hay un espacio de no más de dos metros por dos metros en el que, casi siempre los sábados, llega una pequeña banda de música (grupo musical) con un repertorio que, luego de algunas veces, se vuelve repetitivo. Sin embargo, su entusiasmo ha puesto a cantar a viva voz a hombres y mujeres.

2. Emplazado en una zona del centro-norte de la ciudad: La Mariscal, en una de las calles transversales a unos doscientos metros hacia el sur de la Avenida Colón. Su entrada, lo mismo que sucede en otros espacios, no tiene más de un metro de ancho, pero el callejón hacia las gradas de acceso tiene un aproximado de cuatro metros. Abre sus puertas desde las 16H00 y cierra a las 2H00. En la entrada hay una pequeña barra en la

que se cancela el ingreso y en la que se dejan todas las cosas: mochilas, chompas o lo que sea que “te vaya a pesar, a estorbar, aunque también es para que no que puedas llevarte alguna botella, o alguna cosa” (Katty, entrevista, 05-2018). El guardia del ingreso te pide la cédula, la coloca frente a una cámara para que alguien, del otro lado, la vea. Quizá, es para que se registre en algún sistema o para que, en caso de algún conflicto, tengan acceso a tus datos<sup>43</sup>.

Abres una puerta de color blanco y ves unas gradas de acceso hacia un piso superior. Solo escuchas música y una gran cantidad de voces que, por la cantidad, no logras descifrar ninguna palabra. Pones el pie en el primer escalón y la puerta se cierra detrás de ti. Subes “uno a uno los escalones y tienes la sensación de ir hacia el mejor de los lugares. Si fuera creyente diría que al cielo” (Bruce, entrevista, 06-2018). Ese ingreso te lleva justo a la mitad del burdel y ahí, justo ahí, está la pista en la que las trabajadoras sexuales bailan y se relacionan mediante ese acto con varios de los clientes.

La barra en donde se compra el licor se ubica a la derecha y los baños a la izquierda. Las mesas y sillas están ubicadas de tal modo que en el centro queda, casi que de manera exacta, la pista de baile. Los cuartos están en un piso más alto. Tienen una extensión aproximada de tres por tres metros, una cama de plaza o plaza y media, una repisa, y un intento mal trabajado de velador o repisa.

Las luces del lugar son bajas y la música es estruendosa al punto que, en muchos casos, es imposible conversar. Parece, que eso es intencional porque no esperan que los clientes conversen, sino que consuman. Cada una de las chicas tiene una forma distinta de vestirse, pero ninguna está completamente desnuda, ni semidesnuda. Sin embargo, se ingenian a través del lenguaje -hablado y corporal- la manera de llegar a los consumidores. Da la impresión que en este burdel “hay otras formas de excitar a los hombres<sup>44</sup>. Contrataron un chico bien puesto para que en algunos shows tenga sexo

---

<sup>43</sup> Respecto a la cámara y la acción de colocar las cédulas de los clientes frente a ella, no hubo mayor información. “Es por seguridad”, expresó uno de los guardias. Es, en cierta medida, una suerte de tabú.

<sup>44</sup> Para Britney, este burdel tiene acciones específicas que se enmarcan en la intención de buscar la excitación del cliente, y con ello de motivar el consumo.

en vivo con la puta. A veces le hacen como si es un cliente, pero es él mismo” (Britney, entrevista, 05-2018).

3. Otro de los burdeles está muy cerca de la Avenida Seis de Diciembre. Su ubicación es fundamental porque a su alrededor se encuentra oficinas y algunos establecimientos educativos. Su fachada es una pared blanca y dos puertas negras; una grande y otra pequeña por las que ingresan clientes a pie y en vehículo. Ni bien se ingresa te espera un sujeto alto, con bigote, bien peinado y con un chaleco que indica el nombre del sitio. Te pide los USD. 3.00 de la entrada y te entrega un ticket que es canjeable por cerveza o por agua. La barra se ubica a la izquierda de la entrada y es bastante amplia. Tiene, así mismo, en el borde exterior algunos taburetes para que las trabajadoras sexuales se sienten ahí. Este lugar cuenta con cuatro ambientes, pero tres de ellos tienen la apariencia de una sala de una casa cualquiera.

El cabaret está adornado con una gran cantidad de sombreros, banderas y demás connotaciones que llevan a pensar que se trata de un lugar pensado o para clientes colombianos o para que en él trabajen exclusivamente chicas del país cafetero: “parece que antes esa era la idea, pero ahora trabajan aquí de todos lados” (Samy, entrevista, 06-2018). Los cuartos están divididos del siguiente modo: “para el punto están arriba, abajo está el show privado porque aquí no hay el show para todos, ahí, abajo, también está la cocina” (Speedy, entrevista, 05-2018). En este lugar el tema de la negociación es mucho más complejo porque no depende de la desnudez de las mujeres, sino de las estrategias que usen para que los clientes consuman licor, o sexo. En cada uno de los espacios las chicas van y vienen, se acercan, conversan, coquetean, te miran, se van.

4. El último de los burdeles está emplazado más al norte de todos los anteriores, cerca de calles principales como la conocida Eloy Alfaro. Éste lugar empieza a recibir a hombres y mujeres desde las 16H00 y por ley cierra sus puertas a las 2H00 de la mañana. A él se accede por una puerta pequeña que te lleva a un patio que a su vez te conduce a una suerte de canchón en el que eres revisado, te piden la cédula, dejas la mochila y a cambio de un exhaustivo escrutinio te dan una llave del casillero en el que quedan tus cosas y un ticket para comprar tu cerveza. A diferencia de los otros espacios, el ingreso a éste tiene un costo de USD. 4.50. No hay gradas, solo una puerta

que separa el lugar de revisión del burdel en sí mismo. Adentro se observa una barra en la que está un hombre, no muy joven, que canjea el boleto de entrada por cervezas y que es el encargado de cobrar por el consumo de licor o por el costo de las chicas.

El tubo metálico en el que bailan las trabajadoras sexuales permite tener más movilidad y un mejor acercamiento con los clientes. Se trata de un baile que dura aproximadamente 20 minutos y que busca motivar el consumo a partir de la excitación y de bailes sensuales y provocativos. En este sitio, por el consumo de una botella de licor, sea cual fuere, los clientes tienen, de manera “gratuita” “quince minutos con la chica, o sea una habitación o un show privado que dura igual 15 minutos” (Evelyn, entrevista, 05-2018). Aquí, la vestimenta es menos incitadora. Pareciera que se busca una suerte de igualdad entre cada una de ellas, sin embargo sí hay quienes pasean de pierna en pierna, de mesa en mesa o de silla en silla con lencería.

Al final, cuando la jornada se acaba, o cuando decides salir, tienes que devolver la llave para retirar tus cosas. Esa llave, por más licor que hayas bebido, es lo único que te permite acceder a tus pertenencias. De perderla, tienes que demostrar que lo que está ahí es tuyo<sup>45</sup>, además, pagar una multa que llega hasta los USD 20.00.

Los espacios detallados, como se evidencia, tiene formas distintas en las que distribuyen los muebles y en las que están diseñados. Se trata de estrategias arquitectónicas para lograr el consumo de los clientes. Por ello, cada uno tiene un sentido, intenta, o provoca algo en los clientes. El burdel, en cierta medida, intenta volverse íntimo, confiable y al mismo tiempo un espacio en el que los clientes sienten la seguridad de encontrarse con lo que buscan: “sexo, esparcimiento, licor, ser escuchados o lo que sea que vengan buscando” (Evelyn, entrevista, 05-2018)<sup>46</sup>. De otro lado están las trabajadoras sexuales que, haciendo uso del personaje con el que están investidas, intentan constantemente llegar a los clientes para hacer que consuman bebidas, pero esencialmente sexo. Además, cada una de las trabajadoras sexuales que acuden

<sup>45</sup> El guardia abre el casillero y la mochila. Revisa todo lo que hay dentro y luego la cierra. Posteriormente procede a preguntarte las cosas que están en su interior. Si no aciertas tus pertenencias se quedan ahí hasta que el verdadero dueño las reclame, o hasta que vuelvas en mejor estado para que puedas comprobar que lo que ahí quedó efectivamente te pertenece.

<sup>46</sup> Es preciso señalar, también, que por la forma en la que ha sido concebido el trabajo sexual y la presencia de guardias de seguridad inscriben al burdel en un lugar en el que también se evidencia cierta conflictividad. Esto, además, responde a las cantidades de alcohol que se expende lo que provoca, sin tener la más mínima intención de justificar los comportamientos y actitudes de los clientes, riñas, grescas y demás acciones que perjudican a las trabajadoras sexuales y al local en su intención de comercializar.

a los burdeles lo hacen por razones distintas; en muchos casos tiene que ver con la posibilidad de mejorar una economía. No obstante, este es un elemento más en las dinámicas en el mundo del burdel, lo que no deja de lado la importancia del performance.

Las trabajadoras sexuales de esos lugares son mujeres de clases medias-bajas. Al menos en los cuatro burdeles de esta investigación no se encontró alguna sexo-servidora que fuese de estratos altos o bajos<sup>47</sup>. Para muchas de ellas la llegada al mundo del trabajo sexual tiene que ver con una posibilidad de acceder a ingresos económicos más altos, una oportunidad para adquirir bienes, pagar estudios en distintas universidades. No puedo descartar también que para varias de ellas se trata de una decisión pensada y consciente:

[...] es un trabajo más, como si hicieras otra cosa [...] mejor trabajas acá porque te da más dinero [...] Porque si tienes que decidir entre vender Yanbal o trabajar en una empresa que te paga más coges la empresa. Acá es lo mismo. Coges lo que te da más ganancias” (Guevara, entrevista, 05-2018).

No obstante, se puede hablar de libertad de elección, pero es necesario señalar que en ninguna circunstancia hay elección, o al menos no un gran abanico de posibilidades para hacerlo. Por ello y dadas las condiciones y las ofertas laborales existentes -escasas, dicho sea de paso- los salarios reducidos y el “gozo” de hacer lo que “uno quiere,” el trabajo sexual se ha convertido en “uno de los modos [viables] para sobrevivir a partir de un cálculo que satisface las exigencias de cómo vivir en este sistema y sostenerse a sí mismo y, en la mayoría de casos, a sus entornos familiares” (Cabrapan 2017, 14).

Otro grupo de sexo-servidoras encontró en el trabajo sexual un medio para subsistir, una forma mediante la cual “sea posible redondear las cifras” (Sammy, entrevista, 04-2018). Ocurre, especialmente, con mujeres que vienen de la costa del Ecuador, o extranjeras que durante un tiempo no han conseguido una fuente de ingreso que les permita subsistir cómodamente. Uno de los relatos, quizá más interesantes, encontrados en el trabajo de campo es el de Samantha o Samy. Ella es Ingeniera Automotriz o lo “que todos conocen como Mecánica Automotriz” (Samy, entrevista, 06-2018). La entrevista cuenta que

---

<sup>47</sup> Me refiero a que en el trabajo de campo no encontré trabajadoras sexuales que fuesen de clases altas o bajas. Hay, en otros sitios de la ciudad y a partir de otras formas de negociación, sexo-servidoras que pertenecen a esos estratos sociales y que ubican su clientela dentro del mismo rango social.

Ganaba mucho dinero porque trabajaba para uno de estos concesionarios de autos. Tenía cuatro tarjetas de crédito y entre todas no lograba cubrir las deudas. Me gustaba gastar, pero el sueldo [de USD. 2500] ya no era suficiente. Pensé por un tiempo qué hacer y decidí hacer lo que mejor sabemos hacer las mujeres: usar la cama y tener sexo. Me uní a una empresa de scorts (Skokka)<sup>48</sup> y empecé. Pero estuve dos semanas en el Guajira. Tengo en esto recién dos meses y pienso quedarme unos tres meses más porque voy a ponerme mi propia empresa de esto. Se gana bien y me gusta mi trabajo. Acá es mejor que trabajar en los chongos<sup>49</sup>. Acá puedes escoger de acuerdo a tus gustos. Le preguntas una cosa, dos cosas, tres cosas y si ves que no, pues no. Si me dicen envíame una foto, o la conversación no es interesante, o solo no me gusta le digo que no y ya.

Me gusta el rock. Mira mis fotos [Me deja ver tres fotografías en donde se ve claramente su gusto por el heavy metal, el metal gótico y el rock and roll]. No soy mamá, ni nada de eso, por eso tengo más tiempo. [...] También puedes trabajar independiente. Solo te tomas unas fotos buenas, donde salgas buena, hasta más de lo que eres [ríe], te creas un facebook solo para eso, te pones un chip nuevo, [se refiere al cambio de línea telefónica que sea usada solo para el trabajo], te compras ropa íntima, nueva, bonita y ya está. Primero tienes que ver que el cliente sea alguien que te guste, luego que pueda pagarte y después decides si vas o no con él. Depende de ti. Cuando estás con él te mueves, le coqueteas, le dices que está guapo, te vistes, te quitas la ropa, te ríes, le das una cerveza y lo llevas a la cama.

A veces vienen solo a tener sexo. Eso es poco, a veces quieren conversar. Muchas veces soy psicóloga de ellos porque a veces vienen hombres que han tenido relaciones malas y no quieren otra relación, o tipos que por algún defecto han sido rechazados por todos, hasta por su familia, que tienen problemas con la mujer. A veces parezco consejera y trabajadora sexual. Debo ponerme un consultorio que diga “sexo y terapia mental” [ríe a mandíbula batiente].

No me han tocado hombres malos, o groseros. No, tal vez de diez, unos dos, pero de vez en cuando. Pero cuando eso pasa toca llamar a alguien que ayude, pero no pasa casi nunca (Samy, entrevista, 06-2018).

El relato me permite dar cuenta que el trabajo sexual, en muchos casos, se ha convertido en una suerte de salida a las dificultades de carácter económico por parte de un buen número de

<sup>48</sup> La página de internet que es usada para la promoción de las trabajadoras sexuales es <https://ec.skokka.com>

<sup>49</sup> Es el nombre con el que se conoce generalmente a burdeles, casas de cita, y Night clubs. Decir chongo, en el argot popular, implica una generalización de todos los espacios; un sitio en el que es posible transar sexo por dinero.

mujeres que optan por esa senda. Además, la narración tiene un sustento importante en tanto evidencia el trabajo sexual como una actividad que requiere del cuerpo, de cierto tipo de lenguaje, de cierta teatralización y de formas de negociación específica. Asimismo, Samy expresa sus percepciones en cuanto al tipo de clientes que le buscan y las razones por las que le buscan.

El extracto denota que la trabajadora sexual, más allá del sexo, tiene otras opciones para ofrecer: el hablar, el escuchar, el convertirse en una suerte de sanadora y aliviadora del sentir de sus clientes le abre la posibilidad para que ellos la busquen de nuevo. Esta forma de actuar pareciera una estrategia para mantener cierta clientela, una estratagema para mantener sus beneficios económicos. Por tanto, no es descabellado pensar que el ingreso al oficio hace que las mujeres vinculadas a él modifiquen sus parámetros habituales de vida, que inviertan en sus cuerpos, en el embellecimiento, que preparen la mente, que usen los gestos, en definitiva, que se coloquen la máscara que hace su personaje verosímil, que ingresen al personaje “trabajadora sexual” al punto de hacerlo creíble.

Algunas de las mujeres vinculadas a la oferta de servicios sexuales creen que si bien hay decisiones que se toman, digamos, en un abanico de opciones, la del trabajo sexual es una más, pero en una lista más pequeña. Esta afirmación se refuerza con el siguiente relato: “Yo no nací para ser puta, como la empleada de casas particulares para ser empleada, como el albañil no nació para ser albañil, como la mujer que está juntando en este momento cartón en la calle tampoco nació para eso” (Beherens 2016, 1)<sup>50</sup>. Por tanto, se trabaja en lo que hay y esa “decisión” está definida por una serie de elementos que generalmente no son tomados en cuenta (economía, educación, migración, etc.).

Por ello, colocar la “palabra elección cuando somos parte de una clase trabajadora que está atravesada por un sistema capitalista que nos oprime, y nos explota a todos los trabajadores y trabajadoras por igual, es olvidarnos que nunca hay libre elección en ningún trabajo” (Beherens 2016, 2). Dos de las entrevistadas dijeron en este punto:

---

<sup>50</sup> Nadia Beherens, escritora para la Revista Furias, hace una entrevista a Georgina Orellano, Secretaria Regional Nacional de AMMAR (Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina). La entrevista tiene como fin la importancia de la lucha por los espacios y por el reconocimiento del trabajo sexual como un trabajo más, como un trabajo sin muchas diferencias si se lo compara con otro en el que se use el cuerpo como herramienta fundamental para la obtención de réditos económicos.

A veces elegimos [el trabajo sexual] porque nos gusta. Aquí, en el Guajira, por ejemplo, hay dos chicas que están aquí porque les gusta. Ya pues, si les gusta, les gusta. Pero hay otras que les termina gustando pero porque hay más plata, porque se gana más [...] Vienen de otros lados; no van a venir a ganar lo mismo que de donde vienen, para eso se quedan allá. Ya pues, ganan más y les gusta el ambiente y la plata y se quedan. Pero es porque se gana poco en otros lugares (Speedy, entrevista, 05-2018).

Yo vine porque vine de la Costa.<sup>51</sup> Yo vine y trabajé en otras cosas y no me alcanzaba para muchas cosas. Estaba endeudada, le debía a todo el mundo y ya me cabreé y dije qué chuchas, voy a hacerme puta [...] Si me va mal, ya pues, me va mal y me salgo, eso me dije. Y me fue bien y sigo aquí. Ahora tengo amigos y las chicas nos llevamos [...] No es que tenemos muchos chances, sino que ya pues, a veces nos toca, pero ahora me gusta (Luciana, entrevista, 05-2018).

Estas afirmaciones, más que alejar al trabajo sexual de la noción de trabajo lo que hace es ligarla con fuerza; la moral y la sexualidad juegan un papel trascendental para impedir que sea efectuado en las mismas condiciones laborales, de salud, sociales que otro trabajo.<sup>52</sup> De otro lado, Luciana, como muchas otras sexo-servidoras provenientes de provincias y ciudades distintas a Quito evidencian una realidad que no solo se expresa en el mundo del burdel, sino en gran parte de la capital. Me refiero a la migración interna.<sup>53</sup> Por temas afines a la superación económica o educativa, por la creencia generalizada que la capital otorga mejores posibilidades laborales, etc., muchos grupos humanos se movilizan y movilizan todos sus recursos a Quito.

Las trabajadoras sexuales que son parte de los cuatro burdeles de esta tesis, si bien en principio buscaron otras opciones, finalmente hallaron en el trabajo sexual la mejor posibilidad para la mejora de sus condiciones materiales de vida. En este punto es sustancial

---

<sup>51</sup> Luciana, como se hace llamar en los burdeles, es oriunda de la ciudad de Portoviejo, provincia de Manabí. Lleva en la capital alrededor de seis años. Como señala, ha pasado por muchos trabajos, pero los sueldos bajos le terminaron por “convencer” de optar por el trabajo sexual.

<sup>52</sup> Beherens (2016), afirma también, que es importante notar que el trabajo “no dignifica, no hace digno a nadie, la dignidad viene con una y no está en la vagina. Decir que hay dominación porque están en juego los genitales es desconocer a toda la clase trabajadora” (Beherens 2016, 3).

<sup>53</sup> Hago mención a este fenómeno pese a que no será profundizado aquí, o en ningún otro capítulo de esta investigación, en tanto es fundamental para dar cuenta de las mujeres que ofrecen servicios sexuales a cambio de dinero. En páginas anteriores se habló de la vulnerabilidad de las sexo-servidoras. Si a esto se le agrega el componente migratorio se observa que esta es mucho más fuerte. Ellas, además de cargar con el estigma de lo que implica ser trabajadora sexual, tienen que preocuparse por solventar gastos de arriendo, alimentación, la falta de un familiar cercano, etc.

preguntarse por qué la carga moral recae sobre ese oficio y no sobre otros: “Hay que preguntarse por qué interpelamos únicamente a esas mujeres, o por qué no nos interpelamos a nosotras mismas a ver si todas decidimos” (Beherens 2016, 3). Por ello “si ponemos énfasis en que hay explotación en el trabajo sexual y que por eso hay que abolirlo, habría que abolir todos los trabajos, las fábricas y hasta las universidades donde las trabajadoras están siendo explotadas” (Beherens 2016, 3).

Volviendo a la idea central: el trabajo sexual se ha convertido para muchas mujeres en una posibilidad, una opción, entre otras, que les permite acceder a ganancias económicas que en otros lugares probablemente no las obtengan. Tanto Speedy como Luciana evidencian esa realidad. Sus extractos son esenciales para entender que las opciones laborales y los salarios que las mujeres -no necesariamente trabajadoras sexuales- tienen son bastante reducidos. No obstante, el intercambio de sexo por dinero se cristaliza como la puerta para cumplir con metas personales vinculadas a lo económica de cada una de ellas. En cierto modo, las entrevistadas permiten, con sus relatos, que se observe al trabajo sexual como una forma de capitalizar objetivos de vida.

Además, es preciso señalar que el trabajo sexual, en tanto que campo,<sup>54</sup> está cargado de una serie de disputas que se visibilizan en el interior como en el exterior del burdel. El cuerpo no se queda dentro del burdel, se traslada, se moviliza y actúa, de distintas formas, en distintos espacios. Para una de las chicas entrevistadas se trata de unas acciones que pueden ser ejecutadas en varios ámbitos de la vida, en varias opciones laborales. Esto, porque

[...] es como cuando tienes un trabajo, como cualquier otro. Con el tiempo te acostumbras. Al otro día te vuelves a despertar, pero ya no con la rabia del primer día, o de la primera semana. Sabes a lo que vas y te haces al dolor porque no quieres perder el trabajo. Si trabajas en una tienda, en un local de comidas, o en el centro comercial igual te vas a encontrar con hombres irrespetuosos, morbosos, que se quieren “pasar de la raya” pero por no perder el trabajo te acostumbras. Te ríes, le tratas bien, te tragas todo lo malo, le coqueteas y le convences que te pague por el pantalón, los lentes, la corbata, la comida o el sexo [...] Eso hacemos. Así

---

<sup>54</sup> Puede ser entendido como “un microcosmos dentro del espacio social; un espacio en el que las luchas se dan por la apropiación del capital específico del campo; un ámbito en el que el capital está desigualmente distribuido al interior [...] es un sistema o un espacio estructurado de posiciones, es un espacio de luchas entre los distintos agentes que ocupan las distintas posiciones; pero, aunque luchan unos contra otros, el interés fundamental de los agentes será que el campo permanezca y, por último, un campo en el que cada agente estará caracterizado por su sistema de *habitus*, trayectoria y posición social (Lahire 2005, 31-32 En Zaldumbide 2012, 47-48).

negociamos, así ganamos. Si sabemos qué hacer, siempre ganamos (Speedy, entrevista, 04-2018).

Este extracto da pautas para visibilizar no solo la forma en la que las mujeres tienen y se acostumbran a las condiciones laborales sin importar lo que eso implique. “Pero para no perder el trabajo te acostumbras” más que visibilizar el funcionamiento del trabajo sexual deja claras las desigualdades de género que se han inscrito en la vida de las mujeres. En el trabajo sexual esta realidad no difiere mucho. No obstante, Speedy también hace alusión a la forma en la que es posible “acostumbrarse” al trabajo sexual como pasara en cualquier otra labor. No pretendo desconocer las desigualdades sociales que desfavorecen a las mujeres, tampoco los privilegios que por el hecho de ser hombres tenemos. Sin embargo, la entrevista también reviste la idea que implica que en todos los ámbitos laborales los sujetos tienen que imbuirse en un personaje determinado, pero ese personaje tiene que ser creíble, deberá tener ciertas características que le permitan a la audiencia convencerse de ella o de él.

Pese a que en un principio en esta investigación no vaticiné el lenguaje como parte de una estructura fundamental en el ejercicio del trabajo sexual, lo señalado por Speedy me da pautas para pensar que el lenguaje hablado tiene mucho que ver con una estrategia discursiva, una forma intencional -a veces consciente- de significar el oficio (y cualquier otro oficio) y de generar ganancias de carácter económico.

Extrapolar esto al mundo del burdel significaría la existencia de una experiencia, de una experticia que está vinculada no solo con el tiempo que se es trabajadora sexual -u otra cosa- sino con las intenciones que hay detrás de cada labor realizada. De ahí que la vestimenta, la forma de hablar, la postura corporal y la preparación mental son importantes. Cada espacio, en ese sentido, guarda un sistema importante de organización que lo diferencia de otros.

Por ejemplo los burdeles, si se los ve desde afuera, son sitios que guardan un misterio y generan curiosidad para los transeúntes que pululan los exteriores. Es un teatro costoso, un escenario en el que ellas y ellos son parte de la obra. Se trata de una representación en la que las trabajadoras sexuales hacen uso de todos sus recursos físicos para hacer que la audiencia, los clientes, se unan al show. Ellos no son meros espectadores, son parte de la teatralización y también teatralizan. “Nosotras fingimos sonrisas y orgasmos, pero ellos también pero con el

dinero. Nos quieren hacer creer que tienen mucho y nosotros les hacemos gastar” (Speedy, entrevista, 05-2018). Hombres y mujeres, por tanto, se cubren de un personaje que es distinto al que está afuera del burdel. Por ello, el burdel, en tanto sea concebido como teatro, evidencia elementos que dan cuenta del lugar como una gran puesta en escena, casi en el mismo horario, en varios burdeles de la ciudad; una gran obra escenificada en varios teatros de la ciudad, para varios públicos y en horarios similares.

Me explico: la paulatina familiarización con el campo me otorgó herramientas para dar cuenta que los burdeles, o mejor dicho, muchos de ellos tienden a abrir sus puertas en horarios similares. The Show, Habana y Apple inician sus actividades a partir de las cuatro de la tarde con la llegada de las chicas, pero la apertura al público es a partir de las 17H00. No todas las trabajadoras sexuales llegan a esa hora, varias prefieren arribar a los burdeles a partir de las 19H00 o 20H00 que es cuando los sitios empiezan a llenarse de clientes. Entonces, si se entiende el burdel como una suerte de teatro que inicia sus funciones en un horario específico, esa acción ocurre en el mismo horario en varios sitios de la ciudad. Además mencioné brevemente que los públicos son distintos, esto es porque cada espacio acoge a grupos de clientes que en cierta medida responden a la ubicación geográfica, a sus intereses, pero también a sus posibilidades económicas.

Retomando: los que están afuera solo pueden imaginar el mundo interior. Sin embargo, los asistentes disfrutan de gran parte la obra, pero no de toda ella. No tienen acceso a lo que sucede en los cuartos que ellas usan para cambiarse, para despojarse de un personaje y adoptar otro, para quitarse el pantalón con el que llegan y colocarse el que usarán ese día en el trabajo sexual, para maquillarse. Por ello, pese a tener acceso al burdel siempre está presente la intriga “no saben qué personaje saldrá de las habitaciones, con qué sorpresas les vamos a salir” (Katherine, entrevista, 05-2018). No obstante, todo va de la mano en el burdel: mesas, sillas, barras, pista de baile, animador, ingresos, música, luces, etc., todo tiene un sentido, una razón de ser.

Señalé también que en uno de los burdeles, los días sábados, llega una banda con un repertorio musical que a la larga se hace repetitivo. Cuando empieza lo que las trabajadoras sexuales conocen como “el concierto en vivo” hombres y mujeres cantan a viva voz, se desgarran las gargantas, algunos se abrazan con sus amigos, ellas también lo hacen. Todos

actúan como si en su interior algo se movilizara de manera acelerada. En términos afectivos es posible anotar que la presencia de los músicos se convierte en un movilizador de emociones, en una suerte de dispositivo que activa emociones y sentimientos antes ocultos. Para una de las trabajadoras sexuales

[...] eso se hace pensando en que consuman. Como son vallenatos no consumen mucho a las chicas, pero consumen trago y como ya se emborrachan van por las chicas [...] El dueño, o creo que el administrador sabe cómo hacer estas cosas para que consuman [...] También a veces pasa que se ponen tristes con la música y nos llaman, les consolamos y ya les convencemos despacito de subir al cuarto (Katherine, entrevista, 07-2018).

Como se observa en el relato, hay un trabajo sugestivo en la colocación de eventos, por llamarlos de algún modo, que movilizan el cuerpo y las emociones de los asistentes. La música, además de la vestimenta y las distintas estrategias de negociación de las trabajadoras sexuales, es un componente que obliga y/o motiva el consumo de sexo y alcohol. El escenario en el que se presenta es visible para todos los clientes; ellas y ellos se juntan en un solo grupo a cantar, a reírse, a abrazarse y repetir los coros de cada una de las canciones que el grupo haya preparado para ese día. Pero, el concierto no es para ellas

[...] es para nosotros. Sí, las chicas y nosotros somos consumidos por ese ambiente que va de la nostalgia al jolgorio, pero ellas controlan el momento [...] se te acercan, te abrazan, cantan a tu lado porque saben que esa es una forma en la que te llegan. No vas a querer despegarte. Es una maniobra medio camuflada que tienen para que consumas lo que te venden en la barra y consumas el sexo que ella te promete (Bruce, entrevista, 05-2018).

Por tanto, la ubicación de las mesas, sillas, bar, pista de baile, los distintos shows, etc., muestra lo que se puede hacer y en dónde; indica la presencia de lugares sagrados y otros que no lo son, al mismo tiempo tienen una intencionalidad: se provee a las trabajadoras sexuales de elementos de los que pueden hacer uso para negociar sexo por dinero. Adentro, afirmaba otro de los informantes

[...] es similar a una gran caja de fósforos a punto de encenderse. El techo está a unos dos metros del suelo. Hay luces en los costados tras cuatro pares de columnas. Asientos de

cuerina, mesitas de madera, tubos metálicos a lo largo de un pasillo por el que desfilan meseros de frac y corbatín (Fonseca, entrevista 09-2014).<sup>55</sup>

Por tanto, se trata de un lugar que exige que el cuerpo modifique sus comportamientos habituales, que los personajes se muevan, muten y se transformen. No obstante, el trabajo sexual como una actividad comercial que requiere del uso del cuerpo se ha desarrollado en varios ámbitos. Actualmente hay burdeles que tienen una gran cantidad de servicios, los espacios se han modificado para todos los gustos. Las vestimentas y “promociones” se acoplan a los días de la semana, o a las diversas festividades del año y ellas “ya no se promocionan” solo al interior de los cabarets o en la calles. Son varias las razones: “servicio, seguridad -para nosotras y ustedes-, rapidez, posibilidad de escoger en una amplia lista de chicas, sigilo, etc.”

Esta afirmación tiene que ver con una importante proliferación de ofertas sexuales a través de las redes sociales como facebook, tinder o whatsapp: han servido como medios para ubicar trabajadoras sexuales que ejercen dichas actividades en departamentos privados. Facebook y whatsapp, en los últimos dos o tres años, funcionan como instrumentos mediante los cuales se envían fotos con chicas que ofrecen servicios sexuales, costos y una serie ofertas vinculadas a la transacción sexo-dinero. Estas herramientas, así mismo, permiten al cliente, de acuerdo a sus “gustos particulares”, escoger a la mujer que sea de su agrado; se envían fotos de las trabajadoras sexuales, precios, vestimenta que podrían usar, etc. Para respaldar el tema de promociones en los distintos días, a continuación, muestro las que existen en los distintos burdeles:

---

<sup>55</sup> El entrevistado en 2014 fue parte de un proyecto vinculado con trabajo sexual. La descripción que hace es de uno de los burdeles que son parte de este estudio. Ante la pregunta si considera que hay cambios respondió: “claro, pero sigue pareciendo una caja de fósforos. Hay luces en todos lados. Ahora las mesas y sillas son mejores, tal vez más nuevas, pero es lo mismo” (Fonseca, entrevista, 06-2018).

**Tabla 1: Promociones diarias en distintos burdeles de Quito**

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
<b>The Show</b>	Si no te dieron regalo del Día del Padre, acá te lo damos.	Solo para caballeros: despedidas de solteros	De ejecutivos: descuentos con tu tarjeta preferida.	Lucha en coctel de frutas	Noche Tejana: Sensualidad y placer al más alto nivel	Noche de acordeones / concierto de vallenatos
<b>Guajira</b>	Festejando el Día del Padre	Ven con tus amigos: trato incomparable	Día del Amor y la Amistad	Show especial y rifa de chicas	Noche Playboy: sexo en vivo.	Noche caliente: lencerías
<b>Habana</b>		Homenaje a la salsa colombiana	Solo colombianas			Carnaval de camisetas mojadas
<b>Apple</b>	Lunes de conejitas	Mr. Soul Train. En vivo.	Ven con tu grupo de amigos. Por cada botella una chica gratis.	De locuras: el cumpleaños un show gratis	Secretarias y colegialas	

Fuente: Abel Ramírez, 2018

También, como sustento de la imagen, agrego algunas fotografías de las promociones que ofrecen cada uno de los burdeles en distintas ocasiones:

**Tabla 2: Publicidad impresa y promociones de varios burdeles de Quito**

	
<p><b>Guajira:</b> Lunes de lencería</p>	<p><b>Guajira:</b> tarjeta cambiable por licor</p>

 <p>5.º ANIVERSARIO DEL CLUB MÁS ENÓTICO. PRESENTAMOS <i>Apple</i> LA MEJOR FIESTA RETRO 70'S 80'S Y 90'S OSWALDO VALENCIA SOUL TRAIN</p>	 <p>ES UN PLACER ATENDER SUS DESEOS... <i>Apple</i> PRIVATE CLUB ACEPTAMOS VISA MasterCard VISA Electronica</p>
<p><b>Apple:</b> publicidad para una fiesta retro</p>	<p><b>Apple:</b> publicidad para Halloween</p>
 <p>Quito Club <i>Habana</i> Presenta HOMENAJE A LA SALSA COLOMBIANA CON REY MARTINEZ VIERNES 2 SEP. 2016 NOS ENCARGAMOS DE QUE SU VISITA SEA INOLVIDABLE Y SUS FARMACIAS INOLVIDABLES... VISA MasterCard</p>	 <p>CELEBRAMOS TÚ FIESTA DE DIVORCIO Club <i>Habana</i> VISA MasterCard</p>
<p><b>Habana:</b> homenaje a la salsa colombiana</p>	<p><b>Habana:</b> fiestas por divorcios</p>
 <p>UN NUEVO EVENTO <i>The Show</i> Lucha en CHOCOLATE UNA NOCHE LLENA DE LOCURA Más de 50 Chicas a tu Disposición... INF: 0990 864 040 "La mejor diversión, junto a las mujeres más hermosas Nacionales e Internacionales"...</p>	 <p>Discreción y Exclusividad Viva Quito CLUB 220 Elección de la Quiteña Bonita Inf.: 0984 322 901 / 0986 858 128 Lunes a Sábados de 10 AM. a 12 PM.</p>
<p><b>The Show:</b> invitación a una lucha de</p>	<p><b>The Show:</b> por fiestas de Quito, entre las</p>

chocolate. En una suerte de piscina improvisada, y luego en todo el espacio, hombres y mujeres se untan chocolate.	trabajadoras sexuales que estaban el lugar se escogió a la “Quiteña Bonita”. No importaba si la chica no era de la ciudad.
--	--

Esas estrategias, matrices publicitarias y prácticas diarias y cotidianas -de los burdeles y de las trabajadoras sexuales- se enmarcan en un intento por acaparar la mayor cantidad de clientes en un espacio donde no solo hay demanda, sino una oferta, en términos numéricos, considerable. Como muestran las imágenes, cada lugar encuentra en las distintas fechas y/o días una oportunidad para llamar la atención de los clientes.

La publicidad puede ir desde imágenes con chicas hasta promociones para grupos de amigos, entradas gratis por la compra de una botella de licor, vestimenta específica para un día de la semana, música en vivo, sexo gratis para el cumpleaños, festejos del día del padre, despedidas de solteros, etc. Tanto la imagen que muestra los días y los eventos ofrecidos por cada uno de los burdeles, así como las imágenes publicitarias dan cuenta de algo: el mundo del burdel se engarza perfectamente con la exploración de estrategias que terminen en el consumo de sexo o licor (ambos infaltables en todos los burdeles de esta investigación).

No obstante, el trabajo de campo arrojó que la proliferación del trabajo sexual, al menos para ellas, se convierte paulatinamente en una decisión y por tanto tienden a transformarlo, a cambiar sus dinámicas. Durante los meses de enero y julio me encontré con varias sexo-servidoras que tomaban la decisión de salir del burdel y “trabajar como emprendedoras de un negocio propio. Solo por whatsapp y con los clientes que elijas [...] lo mejor de eso es que tú pones el precio y no los dueños y los administradores del chongo” (Liseth, entrevista, 05-2018). En consecuencia, el trabajo sexual que se da en los departamentos si bien requiere de ciertas prácticas vinculadas con el cuerpo varía un poco en relación a las que se dan en los burdeles.

Además, en los departamentos privados estos “movimientos y transformaciones del cuerpo también existen” (Guevara<sup>56</sup>, entrevista, 04-2018) pero son hechos solo para una persona.

<sup>56</sup> Trabaja bajo el alias de Lili. En años anteriores estuvo en el burdel conocido como Arkechutz, actualmente Las Vegas. Desde hace aproximadamente un año se desenvuelve bajo el mismo seudónimo en el Habana -526-Night Club.

“Ella no necesita exponer su cuerpo para todos, no necesita vender porque tiene una agenda y el cliente que está ahí ya compró, ya pagó” (Britney,<sup>57</sup> entrevista, 05-2018).

De alguna manera, las prácticas que se dan desde el cuerpo de las trabajadoras sexuales pasan “de ser públicos a ser privados, más íntimos. En el departamento privado ella hace lo que quiere, en el burdel ella hace lo que él quiere. En el departamento ella tiene más poder y gana más” (Britney, entrevista, 05-2018).<sup>58</sup> Para Britney, esto sucede porque en el interior de los burdeles el cliente es quien decide con quién ir, cuándo ir, y cómo ir (estado de ebriedad, por ejemplo).

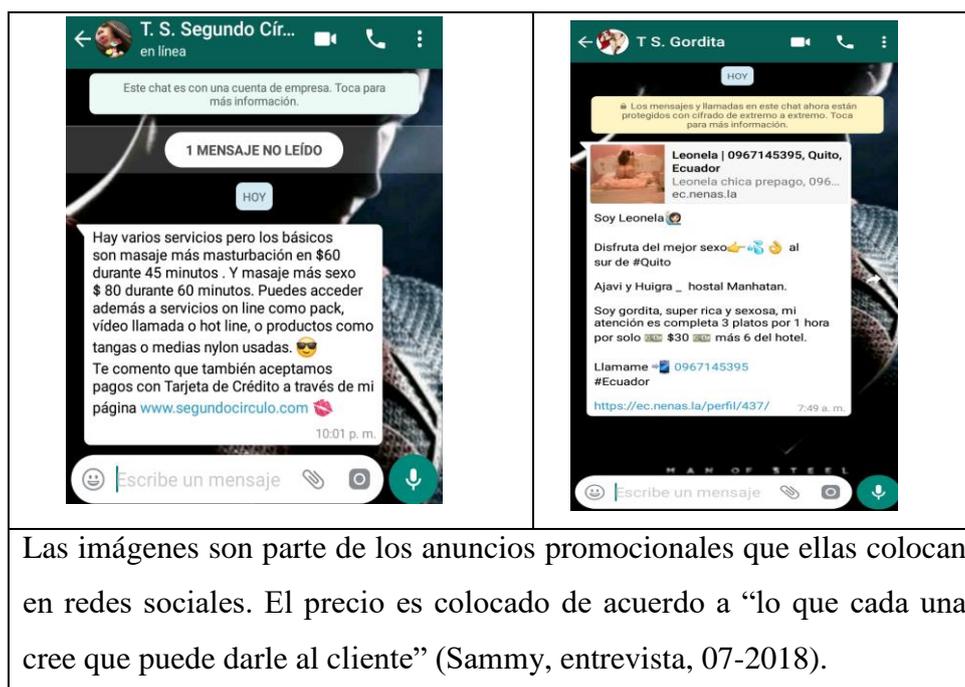
Pero en el departamento ellas ponen el precio, deciden con quién ir, a qué hora. Tienen cierto control sobre la negociación. Sí, es él quien a la final termina por desembolsar el valor total por el tiempo que dure el encuentro, pero es ella la que maneja los hilos de la situación. Es importante anotar también que pese a la separación que tienen con el burdel y con las relaciones de dependencia que tienen con administradores y propietarios, con los clientes hay un vínculo que se mantiene. En muchos casos, hay clientes que por una cantidad determinada de afectos siguen a la sexo-servidora hasta donde estén ofreciendo servicios sexuales.

En los espacios privados, si se quiere, hay un mayor “control de la situación, mejores ganancias y hasta más seguridad” (Britney, entrevista, 05-2018). Enseguida coloco dos imágenes que relatan la forma en la que ellas se promocionan a través de redes sociales. Hasta el momento, por un ser medio de comunicación masivo y con acceso a una gran cantidad de población, el whatsapp lleva la delantera en cuanto a la publicidad virtual usada para el intercambio de sexo por dinero.

---

<sup>57</sup> Se desempeña como trabajadora sexual en el Blush 122. A pesar de ser el sitio que más frecuenta, se la encuentra también en el Guajira y en el Apple.

<sup>58</sup> En una de las entrevistas hechas a Britney mencionó: “por ejemplo, yo a veces me uno a unas nenas con las que trabajo en privado, pero aquí ya me conocen y yo gano más cuando vengo a trabajar aquí. Esta es mi oficina” (Britney, entrevista, 06-2018). Queda claro que las ganancias responden a las estrategias que se usen para localizar clientes y hacer que estos consuman. Son muy pocas, como Britney, que encuentran en el burdel un nicho mejor que el trabajo sexual en lo privado.

**Tabla 3: Imágenes promocionales de venta de sexo por dinero vía online**

A este tenor, pareciera que tanto al interior del burdel, en la calle, y en los departamentos privados en donde se ejerce el trabajo sexual hay matrices de control y poder. Sin embargo, esas matrices no son iguales ni se dan en las mismas condiciones en esos espacios. Pero estas relaciones de poder se pierden, se vuelven un poco opacas porque sobresale la intención de la negociación, el beneficio económico y el consumo por parte del cliente. En este escrito no pretendo ahondar en las relaciones inequitativas de poder y sus especificidades que dependen de una diversidad de contextos. Sin embargo, mencionarlo es vital en tanto da cuenta de una estructura masculinizada, desigual y violenta. Además, queda claro que las relaciones sociales -sean cuales fueren- encarnan relaciones de poder.

En definitiva, el entorno exige un modo de comportamiento “para poder sobrevivir.” El burdel, entonces, no es más que un teatro, un coliseo que demanda que los presentes -ellos y ellas- tengan funciones específicas, que representen un papel: “que conversen, que mientan, que hagan drama, que se pongan tristes, que se rían, que beban alcohol o solo sean las psicólogas que escuchan al cliente” (Martínez, entrevista, 05-2018) porque solo así van a ganar dinero. “Si es como dice, un teatro, actuamos y ellos creen en esa actuación, se comen todo el cuento” (Martínez, entrevista, 05-2018).

## 2. “No somos las mismas, no podemos ser las mismas...”

### 2.1 Cuerpos, espacio y territorio en el trabajo sexual

La inserción en el campo, sin duda alguna, me permitió observar las dinámicas y las distintas formas de negociación, de expresión oral y de preparación de los cuerpos para el trabajo sexual. No obstante, esto implica la existencia de cuerpos que están en constante movimiento en un oficio que está enteramente sexualizado, confinado y estigmatizado. El trabajo sexual se da con unas condiciones y en unos espacios particulares y específicos que demandan comportamientos y conductas que se expresan a través y con el cuerpo. Pero, el burdel, como lugar de trabajo de las mujeres que ofrecen servicios sexuales es un lugar que exige un/os comportamiento/s distinto/s al del hogar.

Dicho de otro modo: las formas en las que se negocia el cuerpo y el dinero al interior de los burdeles abren la posibilidad para pensar que la interacción y el intercambio son una pauta para visibilizar una manera, quizá distinta, de agencia y empoderamiento por parte de las mujeres trabajadoras sexuales. Las condiciones de comprador-consumidor por parte de los clientes son similares en varios aspectos a lo que ocurre afuera de las dinámicas de los burdeles, sin embargo ellas están en la capacidad de moverse (con el cuerpo y las expresiones orales) al punto que escamotean la interacción social.

Hay, si se quiere, una separación -de lugares y prácticas- en el trabajo sexual que se expresa de formas más exasperadas que en otros ámbitos laborales. Hay una discontinuidad sujeto-territorio que acaece en el cuerpo de las mujeres trabajadoras sexuales pero que sirve para evidenciar el traslado de prácticas, rituales, normas, conductas y miedos. Al mismo tiempo, deja ver el cuerpo como un escenario político, de luchas, de resistencias e intereses que se efectivizan al momento de iniciar el performance a partir del uso del lenguaje, movimientos y vestimentas necesarias. En ese sentido salió a la luz que el cuerpo de las trabajadoras sexuales no actúa del mismo modo en todos los espacios.

Para la antropología, el cuerpo y su relación con el entorno (Le Breton 2002; Verano Gamboa 2009; García Selgas 1994) son esenciales, y en muchos casos es el punto de partida para abordar varias investigaciones. Pero para las trabajadoras sexuales esto no es tan claro. Para ellas, su cuerpo, en cualquier burdel actuará del mismo modo, sin embargo se notó que no es así. Los distintos diálogos mantenidos dieron luces para comprender la forma en la que el

lugar atraviesa los cuerpos y exige un comportamiento determinado. Detallo a continuación rutinas y comportamientos de varias trabajadoras sexuales con el fin de aclarar lo señalado:

[...] Más o menos es así: me levanto a las cinco y media (5H30) para hacer el desayuno y arreglar las cosas de mi hijo para que se vaya a la escuela. Eso, como hasta las seis y media (6H30). De ahí hago las cosas de la casa: barro, lavo los platos, hago alguna cosa más y ya. Siempre estoy con la misma ropa que me levanté, pero ya sé qué me voy a poner para irme al chongo [...] algún pantalón, una blusa y unos zapatos cómodos. Con eso me voy y en una maleta meto la ropa que me toca llevarme al chongo [...] me arreglo, pero no mucho porque allá ya me toca arreglarme bien y pintarme y peinarme ya como voy a quedar todo el día [...]

Si voy al Guajira salgo de mi casa a las nueve o a las nueve y media (9H00 - 9H30) para llegar a las diez y media máximo (10H30), pero si me voy al Habana o al Show ya me espero a que llegue mi hijo (Mi hijo), le veo que haga los deberes, le dejo donde mi hermana y me voy como a las cuatro de la tarde (16H00) [...] Y claro que es otra cosa cómo haces tu vida allá (en el burdel) que en la casa. Allá no puedes acostarte a dormir, no puedes decir estoy cansada, no puedes ir a cocinar algo, no está tu hijo para que le atiendas [...] es otra cosa porque allá es tu trabajo [...] en tu casa no me vas a vestir ni vas a hablar de las mismas cosas o de la misma manera que hablas con tu familia, con tu mamá, con tu hijo, con tu hermana. Es otra cosa (Lucy-Lucy, entrevista, 05-2018).

No, eso no. Yo no tengo hijos, tampoco quiero. Es mucho trabajo. Vivo sola en un departamento por La Rodrigo de Chávez ¿Sí conoces? Es al sur, en la Villaflores. Mi familia no sabe en qué trabajo, ni qué hago. Saben que salgo temprano a trabajar y vuelvo en las noches. Les digo que soy de esas chicas que promocionan productos y ya. Creen que soy como modelo y como eso pagan bien, entonces ya no me dicen nada porque a veces tengo bastante dinero y voy comprando mis cosas bien rápido [...] No me gusta trabajar mucho en la noche, prefiero en el día por eso voy a los chongos que abren a las 10 (am) y a las 8 (pm) ya cierran. Con lo que saco estoy bien [...] No, nunca es igual cuando te vas de la casa a trabajar en el chongo.

No voy a decir que eres otra persona, porque sí eres, pero ya no eres igual. En la casa te vistes, como yo hago para irte al trabajo y en una cartera lleva algunas cosas que me sirven allá como la tanga, una blusa con más escote y el maquillaje [...] Pero no hago lo mismo allá que acá, allá tengo que convencerles a los hombres que me paguen, que me lleven al punto. En mi casa solo soy una persona más, como las otras personas que están en sus casas, pero en el chongo hay que hacer otras cosas (Britney, entrevista, 05-2018).

Como los extractos de entrevista señalan, los cuerpos actúan de una manera distinta dependiendo del espacio en el que estén. Para Britney y para Lucy-Lucy las cosas funcionan de manera distinta. La primera es soltera y pese a ello considera que no es posible que existan comportamientos similares en el burdel y en el hogar. Lo mismo ocurre con la segunda; la maternidad, en cierta medida, le obliga a tener comportamientos afines a esa condición. La casa y el burdel, en ese sentido, funcionan como espacios que definen -por la forma en la que socialmente son pensados y contruidos en el imaginario colectivo- qué hacer, cuándo hacer y cómo hacer. En cierta medida coaccionan unas conductas que por diversas razones no pueden/deben evadirse. Asimismo, es esencial anotar que ese cambio del que hablan las trabajadoras sexuales no se da en relación con distancias muy grandes. Según sus palabras, para el momento en el que se realizó el trabajo de campo habitaban en los barrios La Villa Flora, La Mena 2, Calderón, Carcelén, Ponciano Alto, La Comuna y Las Casas.<sup>59</sup>

En principio, los relatos parecieran enraizarse en algo obvio, en unas condiciones que son posibles de visibilizar en cualquier otro trabajo y/o campo. En Goffman (1987), esta acción de cambiar y proyectar una imagen en espacios tiene que ver con la búsqueda constante de beneficios; estamos constantemente localizando una suerte de espacio en el que nos acomodemos socialmente. Se convierte en una suerte de búsqueda de un lugar al que queremos pertenecer, o en su defecto, buscamos repetir acciones que nos mantengan y nos identifiquen como parte de un grupo social específico.

En cierta medida, no solo buscamos aceptación social o un lugar en el mundo, sino que construimos una serie de herramientas vinculadas al cuerpo para proyectar algo que queremos vender, destacar, mostrar o expresar: las redes sociales son un claro ejemplo de ello. Pero mostramos solo una parte de lo que somos, una sección, quizá la más favorable, la que es digna y merecedora de ser expuesta y escondemos otra u otras partes/facetas que probablemente nadie conoce.

---

<sup>59</sup> Pese a la distancia, ellas han preferido esos sitios de vivienda y trabajo por motivos como: alejamiento del lugar de trabajo del de vivienda y costos de arriendo en el hogar. El tiempo más abultado que una trabajadora sexual -de este estudio-, usa para ir de “la casa al chongo y del chongo a la casa,” es de una hora con quince minutos haciendo que lo que cambie sea específicamente lo corporal, y en cierta medida lo espacial. El espacio toma importancia porque es en estos en donde se desarrolla el trabajo sexual, en donde esas prácticas, rituales, performances y actuaciones se efectivizan.

Tener un trabajo que socialmente sea aceptado y aprobado no tiene los mismos alcances que el trabajo sexual. Tampoco tiene las mismas connotaciones sociales, culturales, políticas o económicas y no se da en las mismas condiciones que el vinculado con la venta de sexo por dinero. Es muy probable que cuando “salga de casa pueda vestirme para ir al banco a trabajar, o para irme de doméstica, pero no para ir al chongo [...] Eso no está bien visto” (Britney, entrevista, 05-2018). Pareciera, en esa medida, que es improbable que una mujer que trabaja en el burdel pueda exponer ante lo público y ante su ámbito más inmediato lo que realiza. Dicho de otro modo: lo social, como teatralidad implica la negociación constante de espacios y la transformación del cuerpo. Sin embargo, la diferencia que existe de otras labores con la del trabajo sexual se inscribe en cómo es concebido y la poca o nula tolerancia que existe hacia esta actividad.

Algo más a destacar es que el cuerpo se traslada, y traslada con él una serie de intenciones, prácticas, conductas y estrategias que no son las mismas en referencia con las del hogar, o con las de un trabajo distinto. Evidencia de ello son los siguientes relatos:

[...] Claro, nosotras lo que hacemos es viajar. No pensamos en nuestro cuerpo como eso de lo político o de lo cultural, solo tenemos que movernos para poder trabajar. Por ejemplo, yo voy desde aquí hasta el Apple<sup>60</sup> todos los días; creo que me demoro una hora. A veces más, a veces menos (Luciana, entrevista, 05-2018).

Para trabajar, para ser una trabajadora sexual nosotras sí nos cambiamos. No sé si eso es una transformación, pero sí nos cambiamos porque no podemos estar con la misma ropa, no podemos estar con el mismo maquillaje [...] No somos las mismas, no podemos ser las mismas si queremos ganar (Evelyn, entrevista, 04-2018).

[...] No, acá no soy la misma que en mi casa. Acá hago otras cosas. Acá tengo que coquetear, que trabajar, que actuar como trabajadora sexual y para ser trabajadora sexual tienes que coquetear un poco, moverte y hablar para que los hombres te compren los que les estás vendiendo [...] Por eso mismo es que te cambias, te pones otra ropa. Estás provocando que se acerquen. En la casa tienes que portarte de una forma, y acá de otra forma [...] No son la misma cosa (Luciana, entrevista, 04-2018).

---

<sup>60</sup> Ubicado en la Avenida República y Eloy Alfaro, a pocos pasos del Instituto Ecuatoriano de Propiedad Intelectual (IEPI).

Siguiendo la línea del cuerpo en movimiento, los extractos muestran una inevitable transformación que no necesariamente implica la repetición de comportamientos en dos lugares distintos. En última instancia, los cuerpos de las trabajadoras sexuales son una construcción social que funciona como receptores de normas y conductas, pero también como instrumentos políticos que se trasladan de un lugar a otro, que se transforman, que teatralizan y negocian constantemente. No obstante, este traslado no se da, geográficamente hablando, de una ciudad a otra, o de un país a otro<sup>61</sup> sino ocurre desde un lugar/hogar hacia el ámbito laboral/burdel. En otras palabras: el cuerpo de las trabajadoras sexuales pasa a representar una conducta y una forma de comportamiento que el lugar y el cliente exigen<sup>62</sup>, lo que evidencia que hay una relación inherente entre las relaciones de género y la producción del espacio.

Para María Silva (2008), esto tiene relación directa con lo performático. Esto, afirma, es necesariamente algo construido, y en ese sentido, el espacio se convierte en vital porque se engarza con las vivencias cotidianas. Es decir que vivencias, prácticas y espacios van de la mano. Me gustaría en este punto volver a los relatos de Luciana y Evelyn. En la entrevista realizada para dar cuenta del cuerpo en constante movimiento y de prácticas que requieren cierta rigurosidad tanto para el hogar como el burdel, dijeron: “lo que hacemos es viajar,” y “no somos las mismas.” Ambas enunciaciones tienen potencial si se quiere visibilizar el movimiento del cuerpo en relación con los espacios y el funcionamiento de la construcción de una identidad específica.

Si bien no busco en este escrito encontrar diferencias sustanciales entre el trabajo sexual o ser banquera/o, ejecutiva/o, vendedor/a de autos, profesor/a, o estudiante es importante mencionar que en el caso del trabajo sexual las dificultades son mayores sobre todo por temas de vulnerabilidad y estigmatización del oficio. En este punto, es importante resaltar que el tema de la construcción de identidad y su relación con los espacios se engarzan con la erotización, con la sexualización del yo Goffmaniano, y eso es exactamente lo que no sucede con el mundo de la ejecutiva/o, de la banquera/o, etc.

---

<sup>61</sup> No descarto que puedan y/o quieran migrar o trasladarse hacia otros lugares. Sin embargo, para este trabajo me refiero la condición específica de moverse desde el hogar hacia su lugar de trabajo: el burdel.

<sup>62</sup> En páginas anteriores me referí a esta exigencia de los espacios como una suerte de coacción en el cuerpo de las trabajadoras sexuales. Se trata de normas que están pre-establecidas y que funcionan como reglas básicas de las que no es posible salirse. Reglas que están impuestas socialmente para ser llevadas a cabo en espacios específicos.

Además, ser trabajadora sexual no tiene la misma connotación en la sociedad que ser docente, por ejemplo, o reciclador/a. Cada trabajo requiere de un uso específico del cuerpo, y éste termina por adaptarse a las necesidades espaciales y simbólicas que cada oficio requiere. En términos de vestimenta, colocarse un uniforme homogenizado para cajeras de un banco, enfermeras, docentes, vendedoras/es de autos es simbólicamente distinto que vestirse para el trabajo sexual. Incluso, “es posible andar por la calle con tu uniforme ahí de lo que sea, puedes ir a almorzar en donde sea, pero como trabajadora sexual no. Todos te miran mal, te miran diferente” (Katty, entrevista, 06-2018).

Esto se da porque tras la trabajadora sexual hay un imaginario colectivo que implica degradación de la sexualidad, estigmatización y una carga significativa de inmoralidad. Ser puta, como mencionó una de las entrevistadas que más adelante indicaré porque me permitirá profundizar en esto, tiene fuertes connotaciones vinculadas con todo aquello que ensucia, que contamina; se trata de un oficio desvinculado de toda acción bien vista.

Para los fines de esta investigación me conectaré con el supuesto que indica que todos los trabajos, por distintos o parecidos que sean -o puedan parecer- requieren de un uso específico del cuerpo, de un performance, de una preparación corporal y expresiones orales también específicas. Dejo enseguida un extracto de entrevista con uno de los informantes (hombres), que ofrece un esclarecimiento a lo sugerido:

[...] Si vas a esos salones de ajedrez solo puedes hacer eso, no puedes hacer otra cosa. No puedes patear las fichas como si fueran un balón. Lo mismo si juegas fútbol tienes que cumplir con ciertas normas. Te pasa en todo, cada trabajo en el que vas tiene un funcionamiento que está definido y aceptado socialmente. Hay unas reglas que tienen que cumplirse” [...] El Chapa<sup>63</sup> tiene que vestirse con el uniforme que tiene y comportarse como le enseñaron a comportarse [...] Puedo extenderme más, si quieres, pero... ¿Me explico? Cada trabajo tiene una forma de ser, un deber ser y no puedes, por más que quieras, salirte de eso (Merly, entrevista, 06-2018).

Así, y partiendo del hecho que indica que los distintos feminismos han profundizado en las geografías vinculadas con lo arquitectónico, lo urbano y lo ambiental (Blanco 2007; Oslender 2002; Guitar 2012) el performance de las trabajadoras sexuales ubica a las sexo-servidoras en

---

<sup>63</sup> Es una expresión despectiva que se usa para referirse a los miembros de la Policía Nacional en Ecuador.

una estrecha relación con el espacio. Dichos esfuerzos han permitido que se logre pensar la performatividad como un elemento en movimiento, como una condición, si se quiere, naturalizada en los distintos grupos humanos.

Es desde este punto posible pensar, al menos en términos metodológicos, que las experiencias que se dan en el ámbito de lo cotidiano tienen una importancia significativa en el espacio. El espacio es, y se vuelve fundamental porque no solo el género, sino las identidades se realizan y se edifican en él. Al respecto dirán las trabajadoras sexuales entrevistadas: ellas son “putas, trabajadoras sexuales o como quiera llamarle ahí. En la casa somos mamás, hijas [...] o lo que nos toque ser” (Evelyn, entrevista, 04-2018); “no puedes ser madre en el chongo y puta en la casa [...] cada cosa va en donde tiene que ir (Lucy-Lucy, entrevista, 05-2018). Esto, si bien expresa el traslado de unos cuerpos y la necesaria preparación de unos personajes que responden a las circunstancias, también es una muestra que en las sociedades modernas la actuación en varios roles es una constante.

Para acotar, es necesario indicar que los espacios por sí solos no imponen esas conductas, prácticas y actuaciones. Explico: i) estas ocurren porque el espacio está significado -y es constantemente resignificado- por unos imaginarios colectivos; ii) son los grupos humanos y los sujetos los que a través de sus prácticas también crean escenarios. No se trata de una relación de ida y vuelta, sino que son dos soportes que sustentan las formas en las que los cuerpos tienen y deben actuar. Son, en última instancia, acciones que vinculan cuerpo y mente; acciones con una carga simbólica importante que permite que la actuación/teatralización tenga el efecto esperado: el consumo de las ofertas existentes en el burdel.

Un intercambio sexo-económico basado en actuaciones específicas como la seducción y el lenguaje oral (ámbitos en los que me extenderé más adelante). La carga simbólica a la que me refiero tiene como correlato una serie de imaginarios, de creencias y de formas de entender y afrontar el mundo del burdel: esto es posible en tanto lo simbólico genera sentido de pertenencia a un entorno y a un grupo humano específico, además expresa la forma en la que es vivido aquel entorno. En cierto sentido se trata del cuerpo expresando intenciones, dolores, proyectos o afectos. En él se expresan una gran cantidad de conflictos y disputas relacionadas

con la subjetividad y en última instancia con la cultura; en él se receptan y a partir de ahí se visibilizan una gran cantidad de luchas, beneficios, deterioros y resistencias.

Para identificar de mejor manera la forma en la que ellas perciben sus cuerpos, las transformaciones de este, los sentidos, significados y afectos fue necesario recurrir a ejercicios basados en las metodologías de cuerpo-territorio (Guitart 2012; Cabezas 2013; Gómez 2012; García Ramón 2008; Zaragocin 2017). Este ejercicio se hizo pensando en la posibilidad de ubicar una diferencia entre lo que implica pensar-se en el hogar y pensar-se en el trabajo sexual.

El ejercicio fue elaborado, por un acuerdo entre ellas y el investigador, en uno de los cuartos del Guajira a las 10 de la mañana, un poco antes que iniciaran sus jornadas diarias. A Cada una de ellas se le explicó la metodología y el propósito de lo que haríamos, pero finalmente solo seis de las trabajadoras sexuales que colaboraron en esta tesis llegaron en el día y hora pactadas. Se trata de un trabajo íntimo/individual y al mismo tiempo colectivo que expresa la forma en la que se ven a sí mismas y en la que perciben a las demás trabajadoras sexuales.

Al principio del ejercicio sonreían y murmuraban entre ellas, el ambiente estaba cargado de un halo parecido a la vergüenza, al retraimiento. No sentamos en el suelo del cuarto, en un círculo, y les pedí que cada una fuese dibujando algo relacionado con su cuerpo. Unas hicieron unas rayas que parecían no tener sentido, otras trazaron dos círculos que en lo posterior se convirtieron en los ojos. Solo una de ellas tenía la hoja en blanco. Parecía contrariada, parecía no encontrar ni la motivación, ni la manera en la que empezar el dibujo. Poco a poco las figuras empezaron a tomar forma. Las risas y el retraimiento se convirtieron en concentración por expresar lo que se había solicitado y, al mismo tiempo en una suerte de compañerismo y camaradería que se evidenciaba en la ayuda que se prestaban unas a otras para culminar los diseños.

Las gráficas, en cierto sentido, arrojaron las sensaciones que las trabajadoras sexuales tienen respecto de sus espacios laborales y/o domésticos. Además, se evidenció que, como lo mencionaron, están/mos impregnados de prácticas que están y que son fundamentales en los lugares en los que nos/se desenvolvemos/desenvuelven. Se fortaleció el presupuesto que señala que están/mos atravesados por los espacios. Dibujaron sus casas, sus hogares/viviendas

en el corazón, en la cabeza y en el estómago. Cuando se trataba de ubicar los burdeles estos aparecían en las manos, las vaginas, los pies y en los senos. Solo en uno de los casos se mostró la boca como parte del burdel; una unión entre lo laboral y el lenguaje.

En este punto me detengo un momento: al principio de este trabajo se pretendía entender los sentidos detrás de las prácticas ritualizadas por parte de las sexo-servidoras. Sin embargo, como sucede con el trabajo de campo, este arrojó un importante hecho: el lenguaje si bien es fundamental en los procesos de interacción, en el trabajo sexual tiene una importancia mayor puesto no solo tiene que ver con lo que dicen, sino con cómo lo dicen. Pareciera que existe un diálogo pre-establecido, una práctica constante y la asistencia de todas para que dentro del burdel la forma de expresarse sea la correcta. Me refiero a una forma específica de decir las cosas con el fin de generar ganancias. Esta es una arista en la que me extenderé más adelante. Ahí, mostraré, a partir de sus relatos, que no basta con decir/nominar/hablar, sino que dentro del trabajo sexual se fabrica una experticia vinculada con la oralidad:

**Tabla 4: Resultados del ejercicio “cuerpo-territorio”**

	
<p><b>Evelyn:</b> el hogar está ubicado en el corazón y el trabajo (expresado con la Ch, de chongo), en lo senos y la vagina. “Me gusta regresar a mi casa y en mi trabajo uso los senos y la vagina” (06-2018).</p>	<p><b>Samy:</b> la casa está en el corazón y el trabajo en la vagina, “porque la casa es lo que uno quiere y se trabaja con el sexo” (06-2018).</p>

	
<p><b>Speedy:</b> su hogar está en su cabeza, mientras que su trabajo en los senos. “Es que siempre pienso en mi casa [...] porque siempre me piden los clientes tocarme y besarme ahí, en los senos (06-2018).</p>	<p><b>Britney:</b> La casa va en las manos “porque ahí se trabaja con las manos. La boca es el trabajo porque me toca hablar mucho” (06-2018).</p>
	
<p><b>Katty:</b> “la casa va en la cabeza porque siempre piensas en lo que hay en tu casa. Tu familia está ahí [...] en los pies va el chongo porque allá voy en bus y caminando. Me toca hacer las dos cosas para llegar” (06-2018).</p>	<p><b>Luciana:</b> “en la cabeza porque siempre pienso en mi casa, y en el corazón porque mi casa es lo que más me gusta [...] Donde está la T (de trabajo) es el chongo porque usamos eso para trabajar [...] y la lengua pinté porque ahí hablamos mucho (06-2018).</p>

Como se observa en las imágenes no hay vinculación alguna del burdel con el corazón y/o la cabeza, lo que implica un distanciamiento de ambos espacios y un reconocimiento que indica que no son iguales. En términos de identidad, ellas construyen las suyas a partir del reconocimiento en el cuerpo en lugares específicos: hay una, lo mismo que un comportamiento en la casa y otra en el burdel. Esta representación de los espacios responde a

cómo ellas lo perciben, la importancia que tiene en sus vidas y la forma en la que ellas lo representan y son representadas por él, cómo lo conciben, lo entienden y lo viven. De ese modo, los dibujos también explican la importancia de entrar en u otro personaje, y cómo solo con el cuerpo es posible vinculares a la actriz trabajadora sexual, o las mujeres ajenas a ese oficio.

Al final, en un intento por concentrar lo dibujado con sus expresiones y sentires llegamos a las siguientes conclusiones: I) el cuerpo se transforma, cambia de acuerdo a las circunstancias; II) los lugares dicen qué hacer y cómo hacer las cosas; III) se puede estar en dos lugares a la vez, pero los comportamientos no son los mismos. “Puedo pensar en mi casa, pero no puedo aquí hacer lo mismo que hago en mi casa” (Katty, ejercicio grupal, 06-2018), y IV) hacemos lo que hacemos porque así hay que actuar en el chongo, pero si no hacemos así las cosas ya no sería un chongo” (Speedy, ejercicio grupal, 06-2018).

La cita tiene relación con la idea que involucra pensar los espacios como sitios que imponen comportamientos y a los sujetos como generadores de escenarios. En principio, las conclusiones aparecen como genéricas, como si fuesen aplicables a cualquier otro oficio o lugar. Sin embargo, como señalé en páginas anteriores, el trabajo sexual no tiene la misma carga simbólica, cultural, política y social que otra actividad. Por ello, es importante contextualizar el lugar y las circunstancias en las que el ejercicio fue planteado.

### **3. “Tienes que enfocarte en tu cuerpo, en pintarte, en comprarte ropa...”**

Detrás del personaje de la trabajadora sexual hay una inversión significativa en vestimenta, maquillaje, fragancias y para varias de ellas un cuidado del cuerpo que se vincula directamente con la asistencia a gimnasios especializados para ello. Es vital destacar la vestimenta y el cuerpo como elementos que sostienen el personaje vinculado al trabajo sexual. Todo lo usado se convierte en una suerte disfraz, en el antifaz que les otorga la posibilidad de representar-se y así lograr una transacción sexo-económica.

Para Allan (2009), estas representaciones son importante porque están cargadas de significados y otorgan sentido a los sujetos de un grupo social determinado. Afirma que son esas representaciones las que “permiten conocer y actuar en el entorno social, material o imaginario; es decir, [...] no solo son formas de adquirir y reproducir conocimiento, sino que

dotan de sentido a la realidad social” (Allan 2009, 7). Es de ese modo que las representaciones en el trabajo sexual, lo mismo que la vestimenta y el cuerpo se traducen en la consecución de objetivos que pueden ser laborales, políticos y económicos. En este punto es donde toman fuerza los discursos alrededor de sexo y la sexualidad, fundamentales a la hora de hacer una lectura acerca del papel de las mujeres en el trabajo sexual de la urbe quiteña.

Ya he mencionado en páginas anteriores el valor que tienen los espacios en la conducta de los sujetos. Se dijo que exigen comportamientos a través de unas reglas que están impuestas social y culturalmente, al mismo tiempo que han sido tácitamente aceptadas y respetadas. Cabrapan Duarte (2017), sugiere que el trabajo sexual que se da al interior de los burdeles tiene una forma específica de actuación y participación por parte de las sexo-servidoras y sus clientes.

Es el espacio, expresa, el que demanda ciertas maneras de vestir, de hablar o de negociar. Por tanto, las representaciones llevadas a cabo por las trabajadoras sexuales están atravesadas por los lugares en los que el performance va a ejecutarse. No obstante, esta transmutación de lo corporal no solo tiene que ver con el tipo de vestimenta o con el maquillaje, sino que se engarza con condiciones morales, políticas, económicas y sociales. Se trata de un cambio en el más amplio sentido de la palabra, una mudanza que se inscribe en lo simbólico y genera el despojo completo, o al menos mayoritario, de gustos, afectos o proyectos de vida. Una de las conversaciones con una de las trabajadoras sexuales lo esclarece. Ella está convencida que:

[...] no se trata solo de la ropa. Sí, tenemos que buscar en dónde comprar y qué comprar. Tenemos que buscar el maquillaje, pero bastante porque usamos todos los días y eso se acaba y tampoco puede repetirse [...] se trata de saber que te vas a convertir en una puta. Eso lo cambia todo porque te tienes que esconder, tienes que enfrentarte a eso y tienes que saber que desde la primera vez que te vistes como puta ya eres puta tal vez para siempre [...] Todos los que te vieron la primera vez se van a llevar esa imagen para siempre, nunca van a pensar otra cosa (Katherine, entrevista, 06-2018).

El relato muestra que para ellas está claro que trabajar como sexo-servidora involucra una transformación corporal que se vincula con gastos/inversiones que tienen que hacerse para la adquisición del vestuario, los cosméticos y todo lo relacionado con perfumería. La solidificación del personaje es transcendental: “se acaba y tampoco puede repetirse” evidencia

preocupación por consolidar a la trabajadora sexual en tanto actriz que ejecuta acciones específicas al interior del burdel. Igualmente, el relato de Katherine me lleva a repasar algo que ya fue expresado anteriormente: ser trabajadora sexual -“ser puta”, en sus palabras- tiene connotaciones sociales fuertes que van ligadas con cuestiones morales, antiéticas y perniciosas. Sin embargo, para muchas de ellas ser trabajadora sexual, pese a que no es expresado explícitamente, tiene connotaciones políticas porque les permite tener acceso a un ingreso económico que generalmente no tendrían, y también tienen la posibilidad de disponer libremente de su sexualidad.

Esto último podría inscribirse o entenderse como un acto de rebeldía, un posicionamiento que en cierta medida hace tambalear el imaginario que se tiene acerca del papel que tienen las mujeres en la sociedad. Se rompe, así mismo, con la mujer a disposición de los hombres a partir de la feminidad basada en la maternidad y en la permanencia del hogar: el traslado al ámbito público de la sexualidad agrieta, en cierta manera, y pone en duda la organización androcéntrica, machista y masculinizada de la sociedad.

Retomando: el papel de la trabajadora sexual requiere de una mutación corporal que se expresa en la vestimenta, maquillaje e insumos vinculados con aromas para el cuerpo. Además, es imprescindible que represente, que actúe como una sexo-servidora. Es vital que cada acto se ajuste a la realidad del burdel. Martínez, en una entrevista mencionó varios factores que son parte de representar-se. Sigamos su relato:

Te voy a contar lo que hago yo y lo que hacemos algunas de las chicas que me han contado también cómo es que hacen todo. Hoy es domingo y mañana es lunes y ya sabemos que va a empezar la semana y para nosotras la semana es más dura que para otros. En la noche alisto todas las cosas de mis hijos porque hay que dejarles en la escuela y hay que hablar con mi hermana para que les retire porque yo llego en la noche. Les mando a dormir. Después veo mi ropa, con la que voy a salir de la casa y la que voy a ponerme allá. A veces, cuando tengo pereza, solo meto el maquillaje y la ropa en una maleta y me voy con la licra del gimnasio. Pero otras [veces] sí me arreglo un poquito, pero igual allá voy a tener que ponerme otra ropa y otro maquillaje porque no es lo mismo estar afuera que adentro.

Voy a veces con un pantalón apretado, una blusa pequeña, que se me vea por todos lados y que llame la atención de los hombres. Llevas un perfume que sea llamativo, te pones zapatos

como si vas de fiesta y te pones bien. Cuando estás bien se fijan en ti. A veces no hace falta que tengas un “cuerpazo,” sino que sepas usar la ropa, el maquillaje y lo que tienes [...] Claro, eso también..., tienes que saber hablarles, decirles cualquier cosa, tocarles y esas cosas. A veces vienen acá tristes, despechados y solo quieren embriagarse y cuando les tratas bien a veces ya no hacen eso [...] solo están felices y quieren llevarte al cuarto como que te agradecen.

[...] cuando te levantas para ir a pedir la ficha al man de la barra, al Negro, tienes que hacerlo bien. Parece que fuera nomás de pararse y caminar [...] Tienes que moverte, tocarle la cara, las manos, como que te despides pero ya vuelves, que se quede con ganas. Eso les hace que se pongan como locos [...] Ustedes los hombres son así. Y eso no más es lo que haces porque así nos toca (Martínez, entrevista, 07-2018).

Antes de iniciar con un análisis profundo del relato es importante anotar que lo señalado por Guevara muestra la forma en la que los hombres vemos y cosificamos el cuerpo de las mujeres. Más allá de las actuaciones que buscan motivar el consumo, la expresión “ustedes los hombres son así” da cuenta de la vulnerabilidad en la que constantemente están las trabajadoras sexuales. Además, lo que sucede en el burdel expresa, en cierta medida, las relaciones sociales y las consecuentes relaciones de poder entre hombres y mujeres afuera de esos lugares. Es, si se quiere, un microcosmos que evidencia la estructuración social que ubica a los hombres en lugares con más privilegios en relación con las mujeres.

Volvamos al relato: lo que nos dice es que hay una pericia que si bien es constante, no siempre es la misma pero es fundamental para que ocurran los intercambios sexo-económicos. Hay, durante todo el trayecto una preparación que arranca el día anterior con los preparativos de la ropa, del maquillaje y con el ingreso, a través de la psiquis, al mundo del burdel. Sus modos de actuar ya en el burdel están definidos por la gestación preliminar del personaje. Se observa, además, la relevancia que tiene pensar en el gusto de los clientes, y en las diversas formas que se pueden o podrían incentivar que este consuma. Hay un juego constante entre la seducción y el consumo que es guiado por las trabajadoras sexuales.

Guevara, afirma que esta es una práctica que no solo es ejecutada por ella (“lo que hacemos algunas de las chicas”), sino que es una acción adherida a lo colectivo. Esto es esencial si se piensa en el trabajo sexual como un ejercicio con prácticas ritualizadas que suceden al interior

de un grupo humano específico haciendo que este genere sentido de pertenencia, y que se desempeñe de acuerdo a lo socialmente establecido.

En definitiva, sus cuerpos se adaptan al espacio y al ejercicio de trabajo sexual. Se transforman, cambian, son camaleónicos en la medida que una identidad se oculta debajo de un personaje nuevo que responde a unas circunstancias nuevas. Igualmente, Guevara deja claro que la trabajadora sexual es un personaje/actriz que no tiene relación solo con lo que sucede en el burdel. Aparece desde el día anterior en que se escoge la vestimenta, se preparan los cosméticos, se cavila en cómo tiene que actuar para llegar al cliente. Acercarse, hablar, tocar al cliente, flirtear son parte del juego seducción-negociación.

Estar en el campo por aproximadamente siete meses me otorgó herramientas para hacer mejores descripciones y lecturas de las formas en las que ellas negocian su cuerpo. El acercamiento al burdel implicaba, en ocasiones, combinar mi lugar de investigador con mi posición como cliente. Muchas veces consumía/consumimos alcohol por más de tres o cuatro horas en un día. Eso, por la importancia que tiene ser parte del burdel durante todos los días para observar las distintas dinámicas, se repetía hasta cuatro veces en la misma semana. Hago esta observación sobre la ambivalencia que existía entre ser investigador y cliente, porque si bien mi intención era la obtención de datos que permitan descifrar la forma en la que las trabajadoras sexuales invertían su tiempo y/o dinero en la consecución de un personaje, no siempre ocurrió de ese modo. Su tiempo de trabajo es su tiempo de trabajo. Mi inserción al campo implicaba también usurparles el tiempo destinado a negociar con otro cliente. Por ese motivo opté, en muchas ocasiones, a pedir botellas de alcohol y a concertar con ellas las entrevistas y diálogos dentro de los mismos burdeles.

Para ellas, transformar el cuerpo es una cuestión que sobrepasa los límites del burdel. Entendían que las paredes del burdel fuerzan a actuar de un modo específico, pero las paredes del hogar con seguridad tienen otras reglas. A partir de sus testimonios se pudo capturar el supuesto que indica que el performance, la actuación de la que habla Goffman (2001) está presente en todos los ámbitos de sus vidas. Al respecto dijo Samy: “no se puede ser niñera y al mismo tiempo puta” (Samy, entrevista, 03-2018). Y como el cuerpo se transforma, y tiene que de algún modo adaptarse a los espacios, este no es el mismo “si se está en casa, en una

tienda, a la hora de la comida o trabajando como empleada [...] en el día a veces eres más de una persona. Así es la vida (Martínez, entrevista, 06-2018).

De algún modo los entornos atraviesan todos los cuerpos, y es ahí donde estos actúan de una manera determinada. Por ello, hablar de “comercio sexual, o de trabajo sexual habilita una diversidad de actividades o intercambios sexo-económicos: sexo comercial, alterne o copeo, baile erótico [...], entre otras posibilidades” (Cabrapan Duarte 2017, 1). Según la pensadora, esto hace referencia a la forma en la que el lenguaje es usado y en tal motivo permite la efectivización, o no, del intercambio sexo-económico. Esto último me lleva a pensar que hablar de trabajo sexual como una actividad alejada de los modos de negociación del cuerpo, las transacciones económicas, el performance y la ritualidad es inadmisibile e insostenible.

El interés de esta tesis se sustenta en la búsqueda de modos de negociación de las trabajadoras sexuales en el Guajira, Habana, The Show y Apple. No obstante, el campo siempre abre puertas que como investigador uno espera y/o explora. El campo, por sí solo se extiende en todos los ámbitos y hacia un sinnúmero de direcciones. Mi objetivo, antes de iniciar la inserción al campo, estaba claro. Pero, poco a poco fui hallando una variedad de formas en las que el trabajo sexual se ejerce, en varios lugares y una proliferación de estrategias que en lugar de alejarme de los fines aquí planteados sirven como puntales para fortalecerlos.

Explico: la negociación del cuerpo se da a partir de una preparación psíquica y física que surge desde mucho antes que las trabajadoras sexuales entren al burdel. Pero esta preparación del cuerpo y negociación por la arremetida tecnológica, por temas de seguridad, por diversificación de estrategias ha pasado al mundo virtual. Son muchas las sexo-servidoras que han optado por esta opción, otras mezclan el burdel con lo virtual pero siempre buscando réditos económicos a través de un intercambio específico y acordado con los clientes.

Esta expansión y diversificación del trabajo sexual ha dado como resultado que muchas mujeres prefieran los espacios privados como sus departamentos para ejercer el trabajo sexual. Esto, como señalé en líneas anteriores, es parte de los datos que salieron a la luz durante la investigación. Sin embargo, esta tesis no centra sus esfuerzos en las formas de expansión del trabajo sexual, pero el trabajo de campo y las consecuentes entrevistas aplicadas arrojan ciertas luces al respecto. Una de ellas afirmaba que “al venir a Ecuador, no

solo a Quito, llegamos sin muchas opciones [...] No hay trabajo para todos, pagan muy poco y tenemos que sobrevivir de algún modo” (Santa Lucía<sup>64</sup>, entrevista, 03-2018). También dijo que desde su llegada ha dedicado sus esfuerzos “a hacer dinero con el trabajo sexual” (Santa Lucía, entrevista, 03-2018), en los burdeles, pero “se complica cuando ven extranjeras. Tenemos más riesgos, menos cuidados. No tenemos el seguro del Estado entonces decidimos buscar otras formas de llegar a los clientes” (Santa Lucía, entrevista, 03-2018).

A partir de este relato hay varias cosas que tienen que ser tomadas en cuenta: I) la negociación a partir del cuerpo en el trabajo sexual va más allá de las paredes del burdel; II) la ola migratoria interna y la proveniente de otros países como Venezuela y Colombia coloca a las mujeres en un estado de vulnerabilidad económica y social que termina por empujarlas al burdel como una salida a su condición económica; III) ser mujer y migrante pareciera dificultar aún más la consecución de dinero que les permita mejorar sus condiciones materiales de vida; IV) las mujeres, como se ha venido indicando en páginas anteriores, están en un estado menos favorecido que nosotros/los hombres por el simple hecho de serlo. Pero, cruzar esa realidad con contextos económicos, culturales, sociales, de clase y/o etnia evidenciará de mejor manera esa vulnerabilidad; V) las condiciones en las que el trabajo sexual es visto, leído y tratado ha hecho que se convierta en una actividad estigmatizada y desacreditada. Menciono esto porque si no hay políticas públicas que otorguen a las sexo-servidoras las condiciones laborales, de salud y económicas entendidas como garantías para el buen desempeño del oficio la llegada de mujeres al burdel seguirá siendo un estigma para ellas.

Esta propagación del trabajo sexual, entonces, no solo tiene que ver con estrategias de negociación, sino con las crisis humanitarias en los países vecinos, con las tasas de desempleo, con los salarios bajos y con el lugar que ocupan y han ocupado las mujeres en la sociedad. De otro lado, la expansión del trabajo sexual tiene como correlato el uso de departamentos privados: “hay quienes prefieren trabajar solas, pero hay otras que nos

---

<sup>64</sup> En los burdeles intentaba mantener una relación directa con cada una de las informantes para esta investigación. Sin embargo, por las condiciones y dinámicas del sitio esto no siempre era así. Esta entrevista fue hecha a una trabajadora sexual del Guajira que decidió que no se ubique su nombre de trabajadora sexual. Prefería mantener su identidad totalmente resguardada. Dijo: “pon el nombre de la calle en la que vivo y ya” (Santa Lucía, entrevista, 03-2018). Ella estaba regularmente en los burdeles Guajira y Habana, participaba de los encuentros que teníamos, pero prefería mantenerse al margen de las distintas conversaciones y pidió que las “demás cosas que dije no pongas, no quiero problemas [...] Solo pon lo que yo te dije, nada más” (Santa Lucía, entrevista, 03-2018).

reunimos entre tres, cuatro, o cinco chicas y alquilamos un departamento solo para esto” (Britney, entrevista, 04-2018). Esto podría significar una transformación radical en las maneras en las que el cuerpo se transforma, pero no ocurre tal cosa porque “el trabajo, es el trabajo,” dijo una de las trabajadoras sexuales que colaboró con esta investigación.

Dicho de otro modo: “el hecho de que hayamos decidido hacer de nuestros departamentos nuestro lugar de trabajo no quiere decir que estemos en ropa de cama, en pijamas” (Lucy-Lucy, entrevista, 04-2018).<sup>65</sup> Entonces, volviendo al aprieto en el que me ubicó el campo al arrojarle datos vinculados con el performance en departamentos privados cuando el enfoque estaba en los burdeles, no descarto la posibilidad de pensar los cuerpos para el trabajo sexual - en cualquier espacialidad- como adheridos al performance, a la transformación, a unas prácticas son imprescindibles.

Observar las dinámicas del trabajo sexual al interior del burdel me dio pautas para entenderlo como una actividad con una variedad de ámbitos, signos y símbolos merecedores de estudios mucho más amplios. Al tratar de evidenciar las formas de negociación del cuerpo de las trabajadoras sexuales encontré que estas prácticas son rituales en la medida que son condicionantes de ese grupo humano, generan identidad, pertenencia y está cargado de afectos, intereses y comportamientos que son parte esencial en el desarrollo del trabajo sexual.

Al respecto, Arteaga Cuartas (2014) menciona que ser trabajadora sexual tiene que ver con “la existencia de un cuerpo camaleónico [...] porque te dibujas y te pintas como ellos quieren verte. Así, el baño de la trabajadora sexual lleva consigo una serie de acciones destinadas al embellecimiento del cuerpo” (Arteaga Cuartas 2014, 7). La cita fue cotejada con varias de las percepciones de las trabajadoras sexuales. Enseguida las enuncio:

[...] hace falta una forma de vestirse distinta de cuando estás en tu casa, o cuando sales de paseo. Tienes que gustarle al cliente [...] para eso tienes que ponerte un vestido corto, pintarte provocativa, ponerte los tacones, el perfume, cruzar las piernas [...] lo que sea para hacer que él te pague a ti, y no a otra” (Lucy-Lucy, entrevista, 04-2018).

---

<sup>65</sup> Su lugar de trabajo es su vivienda emplazada en las calles Amazonas y Japón. En el trabajo sexual es conocida como Lucy-Lucy. Se autorizó solo el uso del seudónimo y no del nombre real. Además de trabajar en su departamento lo hace también en los burdeles.

Así es como los rituales del cuerpo en el trabajo sexual aparecen como indispensables para ejercer dicha actividad. Se trata de un performance, de una teatralización exigida (Goffman 2001) por el oficio y por el lugar en el que es ejecutado. Hay que dejar claro también que el proceso para vestirse de un nuevo personaje no es tan sencillo como aparenta:

[...] creo que nuestros roperos -nuestros closets- tienen más ropa que cualquiera. Cuando compramos sabemos que compramos para vestirnos para el chongo y cuando ya vamos a ver qué llevar al otro día tenemos que ver que no sea la misma, que al menos no te hayas puesto la misma semana esa ropa, o que no te hayas maquillado igual. Nosotras, como mujeres, sabemos cómo mezclar la ropa y combinamos una blusa del lunes con un pantalón del viernes [...] Ya allá todo depende de lo que esté pasando.

Verás, yo hoy fui -sí me viste- con el vestido negro, entonces mañana no puedo ir con lo mismo. Ya no puedo ponerme vestido y si me pongo tiene que ser diferente en todo, que me vea como la misma persona, pero al mismo tiempo diferente ¿Sí me entiendes? [...] Eso va a hacer que tengas más o menos clientes.

[...] Ya en el chongo es otra cosa. Llegas, saludas con todo el mundo, pero rapidito para que afuera no te vean las personas con qué ropa vas y no te reconozcan cuando sales porque vas con una ropa que no es la del trabajo [...] Ya saludas a todos y te vas a los cuartos a cambiarte. A veces te demoras, a veces no. Todo depende de qué tienes pensado para ese día y qué hay ese día en el chongo.

Igual no puedes como demorarte mucho porque desde temprano se necesitan los cuartos [...] A veces ya vamos un poco maquilladas y eso ayuda [...] A veces te demoras como media hora, pero no creo que una hora porque es mucho tiempo. Si te vas a una fiesta aparte ahí te demoras hasta dos horas para queda hecha una mami (Evelyn, entrevista, 07-2018).

Lo importante del trabajo etnográfico era que se volvía -intencionalmente o no- sobre las mismas preguntas y cuestiones que ya se habían desarrollado. Muchas veces, por afinar, ajustar, corregir o cotejar información se hacía la misma pregunta en más de una ocasión. No se hacían preguntas cerradas, sino de trayectorias de sus cotidianidades. Sobre la vestimenta, cómo era el antes del burdel y la llegada al lugar, sobre los modos de expresarse con los clientes, o respecto al maquillaje se volvió en más de una vez.

Todo ello fortalecía la idea, como se lee en el relato de Evelyn, de una transformación del cuerpo a partir de prácticas pactadas, unas reglas que no pueden y/o deben sortearse. Para Evelyn todo ello tiene que ver con las intenciones, con lo que se espera. En otra ocasión la misma informante dijo:

[...] no importa si trabajas en un chongo del sur, del centro, o del norte. Igual tienes que enfocarte en tu cuerpo, en pintarte, en comprarte ropa, en usar tacos, peinarte y si tienes para gastar, hasta en bañarte con esos jabones de flores que te dejan con oliendo rico (Evelyn, entrevista, 05-2018).

Cuerpo y mente entran en juego una vez más. Las fechas de las entrevistas hechas a la misma trabajadora sexual son distintas, hay una diferencia de dos meses entre una y otra. Se esperaría que las respuestas varíen, sin embargo son siempre las mismas: el cuerpo tiene que prepararse. La trabajadora sexual es un personaje que emerge condicionada por una serie de requerimientos del burdel y de los clientes. Pero la preparación no es solo corporal, ni tampoco es sencilla o llevada a cabo sin mucha complejidad.

Otro asunto que sale a luz es la relación que ella hace de trabajar al norte, al centro, o al sur. Burdeles hay muchos y se ubican a lo largo y ancho de la ciudad. Hay unos costosos, otros que no lo son tanto y otros que tienen bajos precios y que están pensados para públicos de clases medias y bajas. Pero, lo que no cambia en ninguno de ellos, según Evelyn, es la preocupación que hay y que tienen que tener las trabajadoras sexuales por el cuerpo. En esta relación del trabajo sexual, otra de las sexo-servidoras que colaboró en este estudio mencionó lo siguiente:

Imagínate lo que sería que vengas a trabajar con la misma ropa y con la misma actitud. Aquí todo cuenta: la mirada, la caminada, la sonrisa, el maquillaje, la actitud [...] Si te vas a ver a una señora que trabaja en una tienda, en un banco, o ves un taxista te das cuenta que son eso. No son papás, o mamás. Son vendedores y tienen que venderte bien. Ellos se bañan, se cambian, se miran al espejo y hasta han de decir: estoy listo. Todo eso es necesario, hace falta (Katty, entrevista, 04-208).

Algunos párrafos atrás sugerí que el performance no se ubicaba solamente al momento del trabajo sexual. Katty me otorga algunas pistas para fortalecer aquel supuesto. Para ella es vital

revestirse del personaje con el que se pretende lograr algo. Hay una intencionalidad en las relaciones sociales, hay algo que se quiere lograr, dice Goffman (2001) y para Katty eso es claro. Meterte en el personaje implica lograr los objetivos que el individuo/trabajadora sexual se haya propuesto. En lo que ella menciona se abre también un espacio para lo oculto: hay algo que se esconde y algo que se muestra, como si para ser estudiante, taxista, vendedor/a o madre/padre de familia nos colocáramos una máscara.

Siguiendo los dos últimos relatos, queda claro que la preparación no es solo corporal, se trata de una elaboración que sobrepasa lo físico y se inscribe en lo anímico y en lo mental. En ese sentido, el disfraz, la inserción en un determinado personaje no hace creíble el personaje, o al menos no es su totalidad puesto que requiere de ciertas pautas, comportamientos y prácticas. Se evidencia también, a partir de las citas, que el cuerpo de las trabajadoras sexuales requiere de una inversión importante en términos temporales, pero al mismo tiempo de una inversión que económica que tiene la finalidad de engalanarlo.

Además, no se puede descartar lo importante que es el lenguaje en esta negociación del cuerpo de las trabajadoras sexuales. Para lograr que la transacción sexo-económica se lleve a cabo con buenos resultados es importante pensar que existe seducción a partir del cuerpo, vestimenta y un lenguaje específico. En el siguiente acápite explicaré, a partir de experiencias contadas por las mismas trabajadoras sexuales cómo se negocia el cuerpo con los clientes. Entran en escena también los clientes/informantes que fueron parte de esta investigación. Ellos me acompañaron durante los meses que duró el trabajo de campo y fueron esenciales para dar cuenta de la forma en la que ellos y ellas negocian, actúan y performatizan sus cuerpos.

## Capítulo 4

### Lenguaje e interacción: mecanismos y estrategias usadas por las trabajadoras sexuales

El ingreso al campo, efectivamente, me permitió encontrar prácticas que para las trabajadoras sexuales eran y son esenciales al momento de ejercer el oficio. Sin embargo, uno de los temas que tomó fuerza fue el del lenguaje -hablado- como parte de las estrategias que usan para que los clientes consuman. Las expresiones orales se constituyen en una fuente de la cual ellas se nutren para que la interacción sea desarrollada con mejores resultados. La palabra, como mencioné en páginas anteriores, tiene una importancia significativa y se corresponde con los objetivos del personaje trabajadora sexual. Pese a que en principio no previne el tropezarme con un tipo específico de oralidad, considero importante mencionarla porque hace parte de todo el juego vinculado con la seducción, con el consumo y con el performance.

Ellas y sus clientes tienen una retórica que parece ensayada y puesta en práctica en el burdel. No obstante, no se puede descartar el hecho que en casi todos los ámbitos de la vida el lenguaje es determinante ya que, además de nominar, tiene la capacidad de ubicar y ordenar. Por ello, llevar el análisis de las expresiones orales a la vida del burdel, y a la cotidianidad de las trabajadoras sexuales, implica un desafío y aporte en tanto permite encontrar en las expresiones de ellas y sus clientes las formas en las que comercializan el cuerpo y los servicios ofertados al interior de dicho espacio. En cierto modo, la oralidad también funciona como transmisor y ejecutor de intenciones e intereses que se traducen en acciones concretas. Por tanto, este capítulo se enfocará especialmente en evidenciar el funcionamiento de las palabras, cómo y cuándo son usadas, qué efectos tienen en los clientes y en las trabajadoras sexuales.

#### 1. “Hay que saber conversar. Tienes que acercarte, decirle algo bonito...”

##### 1.1 Seducción y lenguaje en el trabajo sexual

Las primeras veces que ingresé a los burdeles evidencí que había unos códigos, unas formas de expresarse específicas, también que todo estaba en relación al espacio: la música, la barra, las trabajadoras sexuales, los clientes, la pista de baile, etc., todo tenía una razón, todo tenía un fin: lograr que el cliente consuma. Los primeros acercamientos los hice solo, como un cliente más. Me urgía saber costos de entrada, horarios de atención, costos del licor, costos de la transacción sexo-económica. Necesitaba empaparme del funcionamiento real de los

burdeles, de cómo eran las dinámicas al interior para a partir de ahí elaborar unas estrategias que duren lo que duraría el trabajo de campo. Las primeras semanas asistí sobre todo los días lunes, martes y miércoles porque son los días en los que menos clientes hay.

Los inicios eran en horarios cercanos a las aperturas de cada uno de los espacios para tener un acercamiento a las horas que las trabajadoras sexuales llegaban al burdel. Esto fue cambiando poco a poco. Luego iba a la hora del almuerzo, en lo posterior en horarios de cierre. Esta suerte de maniobra devino en conocer cuáles eran los horarios en los que hay más personas, qué música se coloca, el precio de los licores, el costo de las entradas, las formas posibles para llamar a una trabajadora sexual a que se acerque a tu mesa, etc. Sin embargo, el trabajo de campo tiene sus dificultades, y más cuando se trata de un oficio como el trabajo sexual: “siempre están a la expectativa. Como es un trabajo que está estigmatizado por todos los rincones siempre creen que vas a hacer algo, que les vas a exponer” (Fonseca, entrevista, 06-2018).

Insisto en esto porque en el primer mes, al salir del The Show fui acorralado por dos sujetos excesivamente grandes. Me hicieron preguntas sobre mis intenciones, el lugar de trabajo, la Universidad en la que estudio. Para evitar cualquier mal entendido me vi en la obligación de mostrarles mi cédula y el carnet que me vincula a Flacso. Me llevaron donde estaba el administrador y tuve que volver a explicar el fin de mi acercamiento al burdel. Finalmente, lo permitió bajo la condición que cada vez que llegue al lugar tenía que consumir un mínimo; media botella de cualquier licor. Accedí, pero esta suerte de restricción fue cambiando al punto que me familiaricé con guardias, meseros, mesaras y tuve libre acceso a los cuartos y a los sitios en donde se realizaban los shows privados.

Para los últimos meses “porque era conocido” ya no me cobraban la entrada al lugar y casi siempre me recibían con una o dos cervezas. Hago esta aclaración no por estigmatizar el lugar, sino para dejar claro que, como dijo Fonseca, el trabajo sexual está tan estigmatizado y tan mal visto que ellas siempre están y se sienten vulnerables. El relato más bien evidencia la necesidad de ubicar políticas públicas que aseguren temas de salud y condiciones laborales óptimas para realizar trabajo sexual.

Volviendo al título de este acápite: seducción y lenguaje en el trabajo sexual son esenciales, son pilares sobre los que se asienta el ejercicio del oficio. Al final todo se resume a eso: cuerpo y expresiones orales al momento de hacer efectiva la negociación. Esta no se produce por sí sola, hay prácticas y acciones que entran en juego; todo accionar es una teatralización, una ejecución de operaciones mecánicas específicas para obtener un resultado predeterminado. Son actuaciones que intentan generar una impresión en “la audiencia” y con ello obtener réditos económicos, políticos, afectivos o sexuales. Para fortalecer este supuesto es preciso anotar que

[...] el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, en las situaciones de trabajo corriente, en qué forma guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué cosas puede y no puede hacer mientras actúa ante ellos (Goffman 2001, 11).

En el burdel es vital esto. Sin la presentación de los sujetos/trabajadoras sexuales como actrices frente a una audiencia que demanda formas de caminar, de decir y de moverse ellas no podrían controlar la imagen que esperan que los clientes tengan sobre sí mismas. Mutar, cambiar de piel/personaje es esencial, no solo a corto, sino a largo plazo. Para ellas el trabajo sexual aparece como una salida a las condiciones económicas, una puerta que les permite mejorar considerablemente sus condiciones de vida. Pero el burdel, más allá de ser entendido como espacio construido y significado socialmente, es también un espacio que les obliga a cumplir con ciertos requisitos.

Trabajar en el Apple, Guajira, The Show o Habana implica el pago de USD. 3.00 por el uso de la habitación. Es decir que de los USD. 20.00 que ellas cobran por el “uso del cuarto, son 17 para ellas. En otros sitios se cobra hasta 5, entre otros no se cobra, pero aquí cobramos eso porque eso es por el alquiler del cuarto” (Arthur, entrevista, 03-2018). Para Arthur, el mesero del Guajira, este cobro es obligatorio y sirve para pagar a la persona que se encarga de limpiar todos los días los cuartos y pagar los costos de agua y luz. Además, supo mencionar que

[...] aquí les va bien porque la que menos hace son 10, 15 palos al día y eso es un montón de plata si sumas a la semana y para el mes [...] lo del cuarto es como una inversión que hacen, de ahí no hacen nada más. No se cobra nada. Tienen todo aquí (Arthur, entrevista, 03-2018).

Según los datos de Arthur, las trabajadoras sexuales ganan entre USD. 170.00 y USD. 250.00 al día lo que implica un salario semanal que en muchos casos excede los USD.1000. Sin embargo, las entrevistas con ellas no evidencian ese ingreso. Las mujeres que participaron en la construcción de esta tesis coincidieron en que no todos los días se gana lo mismo, que hay días “en los que una viene solo a conversar con los clientes, a ver alguna novela en la tele, o a conversar con las otras chicas” (Luciana, entrevista, 06-2018).

Es por ello que se hacen eventos todos los días de la semana y los que se hacen entre semana tienen alguna promoción que incluye “una botella de algo con una chica, o un show gratis, o les dan algo si es con el cumpleaños” (Luciana, entrevista, 06-2018). Para las trabajadoras sexuales el salario semanal representa un valor que va desde los USD.500 hasta los USD.1000 pero no siempre es así y una mensualidad que puede ir desde los USD. 1500 hasta los USD.4000 “si se trabaja bien, si uno tiene más clientes que sean fijos, que solo quieran ir con una” (Speedy, entrevista, 04-2018). Según lo mencionado por Arthur y las sexo-servidoras no hay un sistema que puede vincularse con explotación laboral

[...] porque una trabaja lo que quiere. [...] si quieres vienes dos horas, vienes cinco horas o vienes todo el día [...] Ya depende de cuánto quieras ganar [...] Es como tener un negocio porque si le metes más cosas, más ganas [...] nuestro negocio somos nosotras mismas, nuestros cuerpos, la imagen que le damos al cliente (Luciana, entrevista, 05-2018).

Cada conversación y/o entrevista que terminaba en algún diálogo alrededor del cuerpo. Lo anotado sirve para fortificar la idea del trabajo sexual como una actividad que implica la mejora de las condiciones económicas de las sexo-servidoras. Para ello, retornando al tema del cuerpo, ahí se ubica su inversión más grande e importante. Sin los cambios, sin las prácticas que requieren del despojo de un personaje para tomar otro no sería posible acceder a intercambios sexo-económicos efectivos.

El trabajo de campo dio como resultado, además de las entrevistas a las trabajadoras del sexo, el apareamiento de clientes que acompañaron gran parte del recorrido por los burdeles que son tema de esta tesis. Uno de ellos es oriundo de Manta, tiene 34 años, casado y con dos hijos; el otro tiene 3, es de Guaranda, con novia desde hace 3 años. El acercamiento a ellos se dio a partir de una conversación que sostenía que una de las trabajadoras sexuales del Habana en la puerta de entrada.

Ambos se pegaron a nosotros con la intención de estar cerca de ella; la miraban de pies a cabeza, como si encontrasen lo que fueron a buscar en el sitio. Ella, amablemente saludó a cada uno con un beso en la mejilla. Y como si tratase de encuentro casual entre amigos me presentó a los clientes. “Está estudiando y haciendo un estudio sobre nosotras,” (Liseth, entrevista, 05-2018) fue lo que dijo. Ellos mostraron interés, claro, no por el estudio en sí mismo, sino porque a partir de una construcción específica de masculinidad esperaban estar cerca de las trabajadoras sexuales. Sin duda alguna su mirada, su actuar respondía más bien a un acto de cosificación del cuerpo de las mujeres. El debate entre si debía incluirlos en este trabajo duró un par de semanas. Eran clientes asiduos a tres de los burdeles de esta tesis, sabían perfectamente el funcionamiento de las dinámicas al interior de ellos, conocían a algunas de las sexo-servidoras lo que finalmente me facilitaría el ingreso y el acceso a ellas.

Les llamé y les dije que me gustaría entrevistarles para el estudio acerca del trabajo sexual. Accedieron sin titubear. La condición era que iríamos y saldríamos de esos sitios siempre juntos y que al final de la jornada conversaríamos acerca de las percepciones que cada uno haya tenido ese día. Igualmente, por cuestiones éticas vinculadas al tema del consentimiento, algo muy recurrente y primordial en el ejercicio etnográfico, les pregunté si me autorizaban a colocar sus nombres a lo que respondieron tajantemente que no. En un principio opté por ubicarlos como “informantes masculinos 1 y 2 lo que me colocó en una complicación aún más grande: parecía que les estuviese encubriendo, como si aceptar sus condiciones me colocaban en una suerte de cómplice.

Meses después volví a hablar con ellos, nos reunimos y llegamos al acuerdo de colocar nombres ficticios para cada uno: Tony y Steve. Cabe precisar que en lo posterior armé un grupo de varios hombres con los que, por temas de seguridad, iríamos a los burdeles juntos. Uno de ellos (Barry) llegó a la investigación por recomendación de una de las trabajadoras sexuales del Guajira. “Él es amigo de casi todas las chicas, viene siempre,” (Samy, entrevista, 04-2018), afirmó.

Una vez localizado supe que el acercamiento hacia ellas era afectivo y constante, que sus visitas al burdel iban de dos a tres por semana aunque no siempre para “subir al cuarto.” El aporte de los clientes es vital para fortalecer el tema del uso del cuerpo en la negociación del trabajo sexual, negociación que, como ya se dijo, no es inocente, involuntaria o improvisada,

sino trabajada, pensada y con una intención específica. Acerca de la negociación y la seducción existente en el trabajo sexual se dijo:

[...] a veces vas, te quedas sentado, miras alrededor y pareciera que todas las putas te ven como si fueras el centro de atención. Pero eso pasa. Ellas ya hicieron su parte. Eres tú el que va a clavar la mirada en una, como si fuese tuya, como si te perteneciera, como si la felicidad estuviera en la mitad de sus piernas, en la textura de sus senos o en lo afectuoso que pueda ser su abrazo [...] Pero todo es parte de la negociación. Ella te muestra lo que quieres ver. Va a tantear el terreno; te muestra una pierna, te muestra la otra, se toca la pantorrilla, camina hacia ti, sonrío, se aleja, vuelve. Tarde o temprano ya habrás de tocarle la mano, mostrarle el billete de veinte [dólares], o moverás la mano para que se te acerque, como cuando lo haces en un bar o en un sitio de comida a una mesera. Todo eso que ella hizo para acercarse es parte de la seducción. Lo hacen muy bien, saben cómo hacerlo, cuándo hacerlo y cambia de persona a persona [...] No se acerca a mí de la misma forma en la que se acerca a ti. Eso te apuesto (Barry, entrevista, 05-2018).

Lo que Barry asegura, entonces, es que hay una pericia, una experticia de las trabajadoras sexuales al momento de iniciar la seducción que motiva y/o motivará el consumo. Es como si ella supiera hasta dónde llegar, si supiera exactamente cómo funciona la psiquis y de los hombres. A partir de una forma de expresarse corporal y oralmente ella logra el objetivo, ella atrae la atención de los clientes y luego empieza a buscarlos para seguir con lo siguiente: el sexo a cambio de dinero. Sin duda alguna, la expresión “tantear el terreno” que es usada por Barry tiene mucho potencial en tanto se refiere a las estrategias que ellas usan para acercarse a uno u otro cliente. “Lo hacen muy bien” y “cambia de persona a persona” es también evidencia de esas tácticas elaboradas para lograr el objetivo principal: consecución de dinero a través de herramientas vinculadas a la seducción.

Este acercamiento a Barry se dio en el cuarto mes. Ya tenía un contacto avanzado con varias trabajadoras sexuales del Guajira. Para hacer efectiva la apuesta de la que habló en el párrafo anterior tardamos alrededor de dos semanas. Lo ideal fue hacer que ocurra en el mismo sitio, con la misma trabajadora sexual, sin que ella supiese el tema de esta investigación.

Favorablemente no había tenido un acercamiento previo con la sexo-servidora, se trata de una mujer que se había vinculado al oficio hace menos de tres meses, pero según las informantes de esta investigación “ella ya trabajaba en Colombia de lo mismo porque sabe cómo hacer las

cosas. Sabe moverse y acercarse. Y sabe todo. No hay que enseñarle nada” (Guevara, entrevista, 05-2018). La intención de llevar a cabo este acercamiento a la forma en la que ella negociaba el cuerpo con cada uno de nosotros tenía como finalidad notar las diferencias, si es que hubieren, entre la forma en que la trabajadora sexual negociaba conmigo y con él.

Sucedió del siguiente modo:

### **Junio, 22, 2018**

Nos citamos en las calles Pradera y Mariana de Jesús para “tomar unas bielas antes de ir al chongo.” Empezamos a las 14:00 en una tienda que, en su interior tiene tres mesas para que los bebedores consuetudinarios asistan sin temor a ser vistos. Gastamos los primeros USD 20.00 en ese sitio. Caminamos, a paso lento, al burdel. Ya en la puerta pagamos la entrada, entregamos la cédula e intercambiamos nuestros tickets por una cerveza: dos Club Verde. Nos sentamos en una de las salas ubicadas a la derecha del ingreso, uno a frente del otro. Algunas de las chicas nos reconocieron, se quedaron, conversamos, compramos otras cervezas y empezamos a buscar a trabajadoras sexuales que no conociéramos, o que al menos no conociéramos mucho.

Él llamó a una colombiana alta, mulata, de cabello lacio y oscuro. Tenía una blusa a rayas y pantalón jean de color azul o celeste. Conversaron un buen rato, se rieron, parecía que en lugar de negociar se hacían amigos. Luego de unos minutos ella se puso de pie y fue por un par de cervezas más: una para él y una para ella. No había pasado mucho tiempo de eso cuando él sacó un billete de USD. 20.00 y se lo entregó a ella. Ella, ya segura de lo que había logrado, le dio un beso en la mejilla y sonriendo fue a la barra a cambiar el dinero por la ficha para subir al cuarto. Al bajar solo dijo: estuvo bestial esa man.

Me tocaba a mí. Me senté en otra de las salas, en una que está junto a la cocina y esperé a que ella bajara por alguna razón: eso no ocurrió. Fui a llamarla y le pregunté cuánto valía el cuarto: USD. 20.00 papi, me dijo. A qué tengo derecho, volví a preguntar a lo que ella contestó: a todo lo que quieras hacerme, pero nada de besos en la boca. Ok, repliqué, pero no voy a subir ahora, quiero tomar un poco. A diferencia de lo que había pasado con el informante, conmigo no se reía mucho, nos conversamos de tantas cosas, más bien su insistencia era, digamos, desmedida para que subiese al cuarto.

Cuando vio que la insistencia no rendía frutos empezó con una suerte de conquista ¿No te gusta? ¿Te gustan mis tetas? Vamos a que me las succiones, era una expresión que estaba en el repertorio que parecía aprendido de memoria. Tomó mi mano para que tocara sus nalgas.

Empezaba a sonreír, como intentando otras cosas con tal de que le entregue los USD.20.00 Finalmente le dije que ese día solo quería beber y que si quisiera podía quedarse. Tomó dos bocados de mi lata de cerveza, se levantó y se fue a sentarse junto a la barra.

Lo anotado en el cuaderno de campo me otorga los elementos necesarios para señalar como cierta la afirmación de Barry: los modos de negociación, por parecidos que se vean, son siempre distintos y cambian de cliente a cliente. Se espera lograr en cada uno un efecto que culmine en el consumo de sexo, en última instancia es por lo que ellas van a ganar más dinero.<sup>66</sup> Se observa, además, como el lenguaje corporal y hablado son importantes a la hora de negociar y que cuando eso falla toman la decisión de buscar otro cliente.

Cuando empezó a intentar seducirme con el tacto me di cuenta que el personaje de trabajadora sexual estaba ahí, hacía lo posible para que me creyese esa escenificación. Sin lugar a dudas, ellas tienen que negociar el cuerpo y generar interacción para el intercambio de sexo por dinero a partir de una serie de prácticas que son llevadas a cabo casi que de memoria; es como si tuviesen un libreto que les sirve de guía.

Yo sabía exactamente lo que buscaba en esa negociación. El que ella no sepa a lo que iba me permitió entender que las formas de acercarse a los hombres/clientes varían y están ceñidas a unas prácticas que son inherentes al burdel. Además, hay que dejar claro que al momento que ella se acerca entran en juego cuestiones éticas vinculadas con mi posicionamiento como cliente/investigador en una relación de poder en donde, de algún modo, yo operaba de acuerdo a mis intereses. Sin embargo, esta acción más que ser de carácter voyerista me abrió las puertas para entender ahí existe una agencia distinta en el papel de las mujeres.

Pareciera, en cierta medida, que por ser cliente y tener dinero tengo posibilidades de convertirme, desde la forma en la que se construyen las masculinidades, en dominador; no ocurre de ese modo. Ella es quien maneja los hilos de la negociación, ella decide qué hacer, cuándo hacer y cómo llevar a cabo toda la teatralización. Yo, como parte de una audiencia que tiene participación solo tengo/tuve acceso a ver lo que ella me deja ver. Es como si

---

<sup>66</sup> Ellas también ganan una comisión por la venta de licor. En el Habana esto se evidencia mejor. Ellas son al mismo tiempo meseras. Te ubican en un lugar, te preguntan qué deseas, te llevan hasta la barra y ahí te piden el dinero (o la tarjeta si deseas pagar por ese medio), y el sujeto que está en la barra anota en un cuaderno su nombre junto con el licor y la cantidad de éste que logró que el cliente consuma.

abriera un poco el telón para que yo pasase, pero nunca pude ver lo hay detrás de él. En el burdel en cierta medida se subvierten las relaciones de género y son ellas las que tienen el control de la situación.

Estos comportamientos, digamos cambiantes, son constantes y se repiten una y otra vez. Al respecto, una crónica acerca de recorridos de un hombre por burdeles de Quito, cuenta, si se quiere, de manera burlesca y carnavalesca la forma en la que las mujeres compiten porque esa negociación sea efectiva. Cada una de ellas baila, ríe, hace “el show,” camina, etc., con un fin único: lograr la mayor cantidad de clientes. Se meten, en palabras de Goffman (2001), en el personaje de trabajadora sexual, se creen el papel y lo desarrollan casi de manera perfecta. El texto mencionado reza lo siguiente:

[...] Una barra donde se han afincado mujeres que presencian divertidas el *striptease* de Gema, una colombiana que se contonea al ritmo de un tecno-merengue que apenas se distingue entre los gritos de sus paisanas. Las ecuatorianas las miran con recelo, son como gurmés en competencia dentro de un mercado de dos nacionalidades: unas ofrecen bandeja paísa, otras encocado de pescado.

Gema ya está desnuda, sonrío, da unos pasos y le arrebató una cerveza al espectador que tiene la boca abierta. Regresa al tubo plateado, gira la botella sobre su pecho, derrama el líquido espumoso y se acuclilla mientras Andrea, una rubia escandalosa, le grita: “¡qué loca hijuepuuta!” Las carcajadas hacen imperceptible el sonido del hilito de alcohol que cae al piso de falso parqué. Gema termina su *show*, esboza una mirada de agradecimiento y desaparece entre una muchedumbre que se aparta al sentir su desnudez como quien intuye una presencia sin tener que verla (Fonseca 2013).

El texto funciona en calidad de crónica. Para el autor del escrito su idea es narrar historias de burdeles desde una mirada que se aleje de lo académico y lo estadístico.

Intento, a partir de la literatura, mostrar que el burdel no es esa cosa a la que hay que tenerle miedo, o de la que hay que esconderse. Es un mundo, quieras o no, que se ha convertido en una forma de vida para muchas mujeres y tratarlas como hasta ahora lo ha hecho el Municipio que intenta siempre recluirlas es caer una y otra vez en lo mismo. Escribir de este modo es escribir como si estuvieses en un carnaval, en un evento distinto, en un concierto o lo que sea  
[...] Me paro y describo lo que veo. Y no me estoy escondiendo de nadie porque el

administrador y las chicas saben que hago esto. Lo hago desde hace tiempo” (Fonseca, entrevista, 07-2018).

Antes de avanzar en el análisis dejo sentado que entiendo a las trabajadoras sexuales como sujetos con agencia tanto dentro como fuera del burdel. Sin embargo, intento cuidar de no caer en esencialismos, o formas de victimización de las trabajadoras sexuales. Las concibo como sujetos con agencia en tanto han decidido optar por el trabajo sexual como una herramienta que, al igual que otro trabajo, les permite mejorar sus condiciones de vida. Tampoco olvido o desconozco los niveles de vulnerabilidad por el que constantemente atraviesan. Fortalecer y ubicar el trabajo sexual como una salida a las condiciones económicas de esas mujeres importante para desvincular todo tipo de imaginarios estigmatizantes que se han vinculado con dicha actividad. Igualmente, no me es posible refutar el lugar de enunciación desde el que Fonseca escribe y desde el que yo levanto esta información.

Nosotros, los hombres, hemos sido diseñados culturalmente para creer/nos el cuento que indica que la mujer siempre ha de estar subordinada. Esa es una práctica discursiva que se instala en nuestros cuerpos y que se expresa en nuestras cotidianidades. No obstante, deconstruir la forma en la que se construyen esas masculinidades es también vital para la generación de una sociedad más igualitaria, equitativa y sin violencia en donde las mujeres son las que viven el peor escenario. Parte importante de esa deconstrucción tiene que ver con la descosificación de las mujeres. Para nosotros, por centurias, las mujeres han sido ubicadas en el hogar, en la maternidad y en los cuidados.

Que se haga una lectura del trabajo sexual como un acto político de rebeldía, como una apuesta política basada en la insurrección y en el rompimiento de los cánones es fundamental para que se modifiquen las formas en las que concebimos a las mujeres. También, es importante que como hombres cuestionemos constantemente nuestros privilegios otorgados por una suerte de complicidad que se sustenta en el patriarcado. Por último, y no por ello menos importante, considero que es fundamental no aceptar-nos como sujetos acabados, no adoptar esquemas pre-establecidos. La mejor salida sería en este caso descubrirnos con la posibilidad de deconstruir todo aquello que nos fue cultural y socialmente entregado.

Volviendo al relato de Fonseca: el fragmento extraído de *Un «Hijo de Puta» buscando putas* muestra claramente dos momentos que en el burdel, al momento de negociar, son fundamentales: el show y el uso de la barra. El show, porque es a partir de él que muchas de las trabajadoras sexuales le dan rienda suelta a su imaginación, se desbocan bailando, se relacionan con los hombres que mantienen la “boca abierta” y una sonrisa extensa, mientras ellas se desnudan paulatinamente, y con ello logran cautivar a más de uno. La barra, porque en burdeles como el Guajira, El Show y el Habana sirve como espacio desde el cual ellas miran quién llega, quién sale, quién busca sexo, quién compañía. Es la barra, si se quiere, la trinchera desde la cual se mantienen cautas hasta encontrar que uno de los asistentes pague su trago, el cuarto, o si tiene suerte, la salida.<sup>67</sup> Además, “si todo marcha bien, si sabe que contigo gana, ella vuelve contigo a la misma mesa, porque cual colonizador, sabe que ganó. Si ella sabe que sus posibilidades son bajas vuelve a atrincherarse en la barra” (Steve, entrevista, 05-2018).

Se observa, con las notas de campo y el fragmento de la crónica que las negociaciones son, sino infinitas, sí son varias. Además, al usar ellas la barra como espacio desde el que observan lo que sucede me remite a la existencia de cierta experticia generada a partir de la permanencia constante en el campo. Experticia que al parecer solo se obtiene en el oficio. El Guajira tiene una barra que ubica a las mujeres del lugar frente a la entrada; ellas ven exactamente quién llega, cómo llega, etc. Ese pareciera el lugar desde el que observan, quizá largamente, al cliente y a partir de una suerte de análisis de lo que busca se acercan a él con el fin de empezar y cerrar la negociación. Britney, al respecto, afirmó:

[...] no siempre es la barra. A veces es el tubo, alguna pared que te deje ver todo. Hay hombres que vienen tristes, otros que vienen muy alegres, los que parecen perdidos, los que vienen solo a ver. Todo eso sabemos porque ya sabemos cómo es eso [...] Mira ese, el de la corbata. Ese no tiene para gastar. Se va a tomar un poco y se va. Yo sé porque si va a tomar se sientan, parece que esta fuera su casa. Ahí es donde nosotras caemos. (Britney, entrevista, 07-2018).

---

<sup>67</sup> La salida: es una expresión que se usa al interior de los burdeles cuando un cliente paga por una chica para llevarla afuera del burdel. Es una negociación que implica el pago de un valor al local y otro a la trabajadora sexual por el tiempo que se haya acordado. La salida no es obligatoria, hay mujeres que se niegan a hacerlo por seguridad, o porque les va mejor trabajando en el mismo burdel.

Para Arteaga Cuartas (2014), la transformación y el movimiento del cuerpo son fundamentales en el trabajo sexual puesto que, para ellas, es el medio por el cual consiguen obtener mayor o menor cantidad de dinero. Al respecto menciona que

“[...] se inicia una sesión más sutil. La transformación del cuerpo [...] Poco se maquilla, cambia para sobrevivir en el mundo de abajo. Se suelta el pelo y lo alisa hasta quedar como una lámina. Las sombras en gamas de azules y fucsias tiñen sus párpados. El rímel prolonga sus pestañas y sus labios se hacen más gruesos cuando se cubren de carmín. Ni escarcha ni perfume, eso es para problemas con las esposas de los clientes.

[...] Ese momento está unido a la preparación de su vestuario, que tanto en sus prendas íntimas como en sus accesorios externos será exclusivo para su cuerpo bajo. La ropa nunca es la misma que usa en el mundo de arriba. En el mundo de abajo siempre viste una falda diminuta que esconde lo inocultable. Las blusas color fucsia y negro se estiran un poco más abajo de la cintura y entonces, a veces, no es necesaria la falda. Las tangas son el encanto: con encajes, lentejuelas o estampados son seductoras.

Del ombligo para arriba hay un top ajustado que aumenta en tres tallas el busto, el escote es primordial. Lo que no se muestra, no se vende. Completan el atuendo los tacones de 12, 15 o 17 centímetros con plataforma y un bolso grande en el que guarda pañitos húmedos, tampones, preservativos, tangas, maquillaje, el teléfono, un bolso más pequeño para la plata, una chaqueta, gafas, las fotos de los seres queridos, la ropa del show y unas zapatillas para descansar los pies (Arteaga Cuartas 2014).

Sin duda alguna, Arteaga Cuartas encuentra que en el trabajo sexual se requieren de una variedad de elementos para que sea llevado a cabo de forma positiva. Si volvemos a los relatos de las sexo-servidoras vemos que entre lo que ellas mencionan y el aporte de Arteaga Cuartas hay una gran cantidad de similitudes que vinculan el cuerpo y su embellecimiento, su transformación, los cosméticos, la perfumería y la vestimenta. Para la pensadora se trata de un performance que requiere de un cuidado y una preparación metódica, muy bien pensada. No hay parte del cuerpo que no entre en el juego de la seducción-negociación. Todo es parte de un mismo conjunto de herramientas que serán usadas, unas estrategias premeditadas que surten efecto solamente en el burdel. Samy, en la misma línea, afirmaba lo siguiente:

**Junio, 12, 2018**

Cuando llegamos, venimos con otra ropa. Yo hoy vine con un deportivo y una maleta, una mochila. Pero adentro tengo mis cosas y me cambio. Uh, cambiamos bastante porque estamos haciendo que nos vean bonitas. A veces nos ponemos el rojo, otras veces el morado, o lo que sea. Lo mismo con la ropa y los hilos y las tangas. Todo depende. Hay chicas, porque yo he visto, que incluso acá le rezan a la virgen antes de salir, tienen una ropa de la buena suerte y cosas así. Pero la idea es que te vean como tú quieres que te vean. Hoy voy a estar de seria, mira cuando salga de aquí. Me voy a poner el vestido y unos lentes y voy a hacerme la seria. Eso les pone locos a los hombres.

Su relato da cuenta de algo muy esencial en el mundo del burdel: la transformación tiene la finalidad de lograr una percepción específica en el cliente. “La idea es que te vean como tú quieres que te vean” expresa, más que una idea suelta, el trabajo que implica transformar el cuerpo y despojarse de un personaje para ingresar al de la trabajadora sexual. Incluso la gestualidad: “hoy voy a estar seria” es parte ensayada de un personaje/actriz que busca llegar a los clientes; son estrategias de negociación intencionales, y por tanto premeditadas. El siguiente relato de Lucy-Lucy nos da mejores luces al respecto:

**Julio, 18, 2018**

Yo siempre digo que cuando estamos de putas no nos reconocen ni nuestros familiares. Somos otras personas, otras mujeres. Cuando yo llego dejo las cosas, me como algo adentro, me visto despacito. Me cambio el interior y me pongo el hilo porque me gusta mostrarles eso para que se exciten. Me veo que nada me falte, me pongo siempre algo apretado, y siempre, siempre me perfumo con estas cosas de olores; hay de todos los olores.

En los primeros capítulos anuncié que la intención, para describir los modos de negociación de las trabajadoras sexuales, era entender el burdel como una suerte de teatro en donde ellas eran actrices que encarnan un personaje que busca negociar su cuerpo para la obtención de dinero. Si persigo aquel supuesto entiendo que es preciso llegar al burdel y, en cierta medida, ocultarse para que en los minutos siguientes surja la trabajadora sexual en calidad de actriz que, necesariamente, tuvo que preparar su cuerpo y mente a partir de unas prácticas ritualizadas.

En ese sentido, la cita de Arteaga Cuartas y los relatos de Samy y Lucy-Lucy muestran que la seducción y la negociación tienen una serie de elementos que se vuelven vitales a la hora de

ejercer el trabajo sexual. Por ello, si se entiende al burdel como una suerte de teatro, este exige comportamientos, lenguajes -corporales y hablados-, vestimentas, etc., adecuadas para la ejecución de la obra. Así, cuando la trabajadora sexual entra al burdel inicia un proceso cuidadoso y delicado al momento de vestirse.

A veces, dependiendo de lo que se quiera mostrar o de las intenciones del burdel y de ella, se peinan de modo distinto o se maquillan con una cantidad moderada de colores. Mezclan tonos que combinan con el color de piel, con los accesorios (aretes, pulseras y collares), con los zapatos. La lencería nunca está fuera de todo, nunca excede lo necesario; se muestra y se esconde lo justo: como si hubiese una delgada línea entre la sensualidad y la seriedad excesiva. Los zapatos van acorde a la vestimenta, al color de algo que se llevan consigo.

Luego de cinco de meses de estar en el campo ya había logrado tener un buen acercamiento a las informantes. Habíamos hablado en algunas ocasiones de la posibilidad de documentar en el cuaderno de campo el momento en el que se vestían para trabajar. Llegamos a ese acuerdo luego de varias conversaciones entendiendo que ese es un momento íntimo y al mismo tiempo importante en tanto está cargado de simbolismos y prácticas individuales como rezos, plegarias o besos a fotografías de algún familiar. Quién consintió a esto fue Britney. A continuación, tal y como lo escribí en el cuaderno de campo, relato como sucedió ese momento de transformación de su cuerpo:

### **Mayo, 17, 2018**

Eran las 16 horas con quince minutos. Yo había llegado unos minutos antes que ella. Habíamos pactado esa cita con antelación pero con la condición “que solo sea una vez porque esto es personal” (Britney, cuaderno de campo, 05-2018). Llegó hasta el sofá en el que me había recostado. Vamos, dijo, y fuimos a la habitación que había escogido para cambiarse. Como soltando más que un peso físico, como si algo le pesara en el alma soltó una maleta morada<sup>68</sup> -en la que traía su ropa- sobre una cama pequeña y sin sábanas. Se sentó sobre uno de los bordes de esa cama, estiró la pierna izquierda y casi sin hacer mucho esfuerzo desató los cordones del zapato del pie. Hizo lo mismo con el otro pie. Usaba unos calcetines oscuros, pequeños. Arrojó esas prendas en un rincón de la habitación.

---

<sup>68</sup> Su expresión y actitud denotaba algo de cansancio y fatiga. La maleta en la que llevaba sus vestimentas parecía tener más peso del habitual. La dejó caer como si no quisiera volver a levantarla.

Se paró para estirarse. Parecía que era algo que disfrutaba y que lo hacía para sacar el estrés, la pereza o el ánimo necesario para asumir el personaje. Así, de pie, desabrochó el botón del pantalón celeste que usaba. Tomando la prenda a la altura de los muslos empezó, con algo de fuerza a hacer intentos por bajarlo. Llegó casi hasta las rodillas. Se sentó de nuevo y lo bajó por completo hasta quedar solamente con una prenda que en la parte de adelante decía “STOP” con letra un poco encorvada. Cierra los ojos, dijo, y luego río mientras se quitaba una blusa color blanco. El sostén quedó expuesto. Tenía un color algo anaranjado o amarillento. Es salmón, indicó. Se dio la vuelta y con rapidez se cambió todo por una lencería de color negro, más provocativa, más pequeña.

Se puso un vestido que empezaba a la altura de los hombros, sin tirantes. Una prenda muy ajustada y que hacía más visible su cuerpo. Se lo estiró desde la parte más baja. Buscó dentro de la maleta algo hasta que apareció una suerte de cartera de mano. Abrió el cierre de eso y aparecieron, como por arte de magia, una gran cantidad de lápices y brochas que serían usadas para el maquillaje. “No se usa todo esto, pero las mujeres siempre cargamos algo más, por las dudas,” mencionó. Llegó el turno de usar todos esos implementos que cambiaban el color de sus ojos, mejillas y labios. Con pericia, sin mucha prisa, pero también sin parsimonia se veía como su rostro se iba transformando en otra cosa. Tomaba un color más cálido, más brillante. Movía sus labios, hacía gestos, batía su rostro para que los lápices y brochas quepan mejor con sus rasgos. Eso tomó cerca de 25 minutos.

Acabada la tarea tomó su cabello con un lazo pequeño, circular y elástico. Se apretó de tal manera que no quedó rezago alguno de lo suelto que traía antes el cabello. Movié los labios una vez más viéndose en un espejo diminuto. Sin decir nada iba guardando cada una de sus cosas que ya para entonces estaban desparramadas por toda la cama. Guardó todo, se puso la maleta en la mano, abrió la puerta y salimos. Afuera, camino a dejar sus pertenencias en otro lugar dijo: “eso es lo que hacemos. Algunas con más tiempo y otras lo hacen más rápido.” (Britney, cuaderno de campo, 05-2018).

Lo apuntado en el cuaderno de campo acerca del momento de la transformación del cuerpo es vital, íntimo y esencial para ejercer el trabajo sexual. “Se piensa en todo” fue una de las cosas que mencionó. No obstante, no debe olvidarse que “el escenario teatral presenta hechos ficticios; [...] en el escenario el actor se presenta, bajo la máscara de un personaje, ante los personajes proyectados por otros actores” (Goffman 2001, 11). En palabras de Caballero (1998) esto se resume entendiendo que las relaciones sociales, o gran parte de ellas, no son

otra cosa que “un retrato de una cultura<sup>69</sup> en la que la apariencia lo es todo” (Caballero 1998, 123). Goffman explica en esta línea que

La expresividad del individuo (y por tanto su capacidad para producir impresiones) parece implicar dos tipos radicalmente distintos de actividad significativa: la expresión que *da* y la expresión que *emana* de él. El primero incluye los símbolos verbales -o sustitutos de estos- que confiesa usar y usa con el único propósito de transmitir la información que él y los otros atribuyen a esos símbolos [...] El segundo comprende un amplio rango de acciones que los otros pueden tratar como sintomática del actor, considerando probable que hayan sido realizadas por razones ajenas a la información transmitida en esta forma (Goffman 2001, 14).

Si volvemos a la cita de Arteaga Cuartas (2014), es posible ver que la seducción acaecida en los burdeles es una teatralización, un performance. Se trata de la transformación del cuerpo en busca de un fin específico: dinero a cambio de sexo. Todo es parte de una obra muy bien montada. Ellas actúan

[...] incluso antes que nosotros lleguemos. Ellas ya están en el personaje, solo están esperando a que entremos para que la teatralización<sup>70</sup> arranque. Te seducen. Pareciera que aquí el hombre es el que tiene el control por ser quien tiene el dinero, y en principio te crees eso, pero cuando vas al cuarto, cuando pagas una cantidad específica de dinero por una botella, cuando pagas el valor del cuarto, cuando sigues gastando en la cerveza o el whisky que ella quiere, cuando en la habitación te conviertes en un sujeto sumiso que no hace nada de lo que dijo que haría [...] pasan un montón de cosas que te dan pistas que ahí manda ella. Ella seduce a quien quiere, hace gastar a quien quiere [...] Actúa y actúa, sin cansancio, como en esas ferias continuas de los pueblos en donde las luces no paran” (Tony, entrevista, 04-2018)<sup>71</sup>.

<sup>69</sup> Para Caballero (1998) la cultura es el entramado que rige a los sujetos. Se trata, afirma, de una urdimbre capaz de crear creencias, conocimientos, formas de pensar, tecnologías, costumbres y moralidades (Caballero 1998).

<sup>70</sup> La transcripción de la entrevista reza así: “Ellas ya están en el personaje, solo están esperando a que entremos para que el teatro empiece”. Por cuestiones de forma cambié a “teatralización arranque.” Cada extracto una vez ubicado acá fue enviado a las y los informantes para saber si estaban de acuerdo, si querían quitar o aumentar algo. Eso, por cuestiones éticas y que quede constancia que la información aquí dejada es también compartida con quienes colaboraron a que esta investigación llegue a su fin.

<sup>71</sup> Al principio las y los informantes no sabían muy bien a qué hacía referencia esta investigación. Sin embargo, luego de varios meses de hablar de lo mismo adoptaron expresiones como teatro, seducción, cuerpo, burdel, escenario y espacio. Entiendo que tal vez no tengan la misma carga académica para entender teóricamente cada una de esas nociones, pero es vital anotar que la vinculación con el trabajo les permitió entender de mejor manera cuál era el objetivo de esta investigación.

El cuerpo de las trabajadoras sexuales está en constante movimiento; es parte de una negociación continua que inicia cuando ellas, al salir al escenario, se olvidan -o al menos hacen el intento- de olvidarse del personaje de ama de casa, estudiante o madre. En definitiva, “la calle o el burdel son escenarios. En ambos sitios tienes que hacer algo para atraer clientes [...] te ríes, conversas, te acercas, te vistes y desvistes.” (Britney, entrevista, 05-2018). Es decir, no importa el espacio en el que el trabajo sexual se ubique, sea cual sea éste exige un comportamiento específico -del cuerpo-. Pero, no se llega a ese punto, al escenario, así, sin más. El cuerpo y la mente requieren de una preparación. En palabras de una de las trabajadoras sexuales entrevistadas

[...] una no se levanta así no más y dice me voy al trabajo [...] a la oficina o a lo que sea [...] Tienes que pensar que vas a estar con hombres que no te gustan, con algunos que están tomados, groseros [...] Claro que sí. Tienes que meterte en la cabeza que eso es un trabajo. Te vistes bañas, te pintas, te vistes y guardas tu ropa pensando en eso” (Speedy, entrevista, 06-2018).

Para las trabajadoras sexuales de los burdeles que abarcan este estudio, el sentido ritual viene dado a partir de la importancia que tiene cada acción (bañarse, pintarse, vestirse, etc.) para convertirse en una persona que ofrece sexo por dinero. Los rituales, dice Van Gennep (2008), tienen un espacio de liminalidad que implica, necesariamente, que la persona se ubique en una suerte de limbo hasta colocarse en otro espacio, en otro lugar en la sociedad. Esto existe en el trabajo sexual y se visibiliza en la preparación del cuerpo y la mente, en ducharse, cambiarse, maquillarse y alistar el cuerpo para iniciar una labor específica. Dos de las trabajadoras sexuales entrevistadas dijeron:

Cuando estamos cambiándonos no somos ni mamás, ni putas; ni amas de casa, ni putas. No somos nada, somos mujeres, personas pero estamos en la mitad de ser algo y no ser nada [...] es como si al mismo tiempo fueras algo y no fueras nada. Es raro” (Luciana, entrevista, 06-2018).

Es que si miras bien, justo cuando nos estamos preparando no somos nada. Ni lo uno, ni lo otro. Cuando venimos acá tampoco somos nada. Estamos dejando una vida para venir a otra. A veces ya no sabemos cuál es verdad y cuál es mentira porque pasamos, a veces, más tiempo aquí que en la casa (Liseth, entrevista, 06-2018).

En la misma línea, Strauss afirmaba que los rituales son una representación, una actuación dentro de un grupo social determinado. Además, y quizá es el elemento más importante, tiene como objetivo integrar a los miembros de un conglomerado a un orden específico: los rituales de la vida cotidiana por el que pasan las trabajadoras sexuales de los burdeles -Guajira, Apple, The Show y Habana- les permiten integrarse al grupo, “ser una puta más [...] sentir que también soy trabajadora sexual” (Guevara, entrevista, 05-2018). De ese modo se visibiliza que el cuerpo tiene un espacio geográfico, pero que al mismo tiempo se transforma, cambia, actúa y muta para que el intercambio sexo-económico sea efectivo. En última instancia, toda práctica

[...] se encuentra ritualizada en un sentido genérico. Toda relación del hombre con la naturaleza, con otros congéneres y con las creaciones simbólicas implica una cierta ritualización [...] Constituye, ante todo, una práctica, un mecanismo simbólico de la vida social [...] La acción ritual suele estar muy elaborada: articula gestos, y en ocasiones palabras o cantos, realizados por personas calificadas, en lugares y tiempos predeterminados y consagrados a tal fin, utilizando objetos y parafernalias a veces muy sofisticadas. Se trata de una actuación pre-programada, estereotipada, codificada. No se actúa al azar ni cabe la improvisación; al contrario, cristaliza una jugada privilegiada, que tiene garantizado el éxito (Gómez García 2002, 2).

Dentro de estas prácticas ritualizadas la conversación es también fundamental. Es, necesariamente, una forma de interacción social y es, sin lugar a dudas, una de las formas más básicas y fundamentales al momento de establecer parámetros de comunicación de carácter verbal. Es a través de la conversación que es posible el establecimiento de identidades, relaciones, alianzas, disputas, etc. Por tanto, en la conversación “los hablantes no demuestran solamente su competencia comunicativa, sino también los procedimientos empleados para la construcción de orden social” (Schiffrin 1990, 323). Por ser capital -la conversación- en la interacción social no tiene límites -previamente- establecidos.

## **2. “Todo acá lo resuelves hablando...”**

En su mayoría, los seres humanos somos capaces de iniciar, mantener y concluir una conversación a fin de lograr ciertos objetivos. La conversación permite la generación de una suerte de contrato; abre las puertas para “argumentar [...] negociar [...] interactuar y mantener una relación cooperativa” (Meneses 2002, 436). Así, “la conversación es un tipo de

comunicación cooperativa y una negociación estratégica en donde los interlocutores transan sus propósitos.” (Meneses 2002, 436). De ese modo, el lenguaje hablado se convierte en un complejo sistema a ser desentrañado, un sistema cargado de símbolos que al mismo tiempo debe ser tomado como código. En definitiva, “la conversación no puede ser considerada solo como una unidad lingüística: es inherentemente contextual y es un tipo de interacción social” (Meneses 2002, 427).

Además, es vital anotar que el lenguaje y la comunicación siempre se dan en algún tipo de contexto, estos pueden ser

[...] *contextos cognitivos* formados, además de las percepciones inmediatas de la situación o de lo que se ha dicho antes, por las creencias y conocimientos de mundo que se ubican en la memoria; *contextos culturales* que corresponden a los significados compartidos y visiones de mundo; y *contextos sociales*, a través de los cuales se establecen órdenes institucionales e inter-accionales (Meneses 2002, 437).

Es así como se hace posible diferenciar una conversación en el mundo exterior al burdel, con una que sucede al interior. Se trata de espacios diferenciados por intenciones marcadas, sobre todo, por el tema de la negociación a partir de lo financiero, negociación que será posible con el uso del cuerpo. No es lo mismo mantener diálogos en contextos, por ejemplo, académicos o deportivos que dentro de las mancebías. Cuando hombres y mujeres ingresan por la puerta del sitio, el cuerpo y la mente toman posturas distintas, tienen intenciones distintas a las que puedan mostrar si estuvieran afuera, en una reunión de amigos, en un encuentro futbolero o en un espacio escolar. Por ello, se hace meritorio reiterar la importancia de los contextos en los momentos que ocurren las conversaciones.

El burdel alberga en su interior a hombres y mujeres con intenciones específicas, ofrece un escenario y un contexto determinado y permite la creación de lazos efímeros de afectividad, y genera momentos en los que es posible establecer mecanismos de comunicación que se dan a través del habla: la conversación. Es a partir de ésta que se negocia, se permite, se prohíbe, se avanza, se retrocede, se hacen alcances económicos y sexuales. Las negociaciones sexo-económicas existentes en el burdel son fugaces, transitorias; duran lo que dura la permanencia del cliente en la habitación, lo que dura la estancia del hombre en el lenocinio, o lo que duran

los servicios de la trabajadora sexual en caso de aceptar “una salida.” Explica una de las entrevistadas:

Dependiendo de la trabajadora sexual y del sitio se llega a negociar el precio, el tiempo y las cosas que quieres que te hagan arriba [...] Tampoco te regalas, pero si tiene 18 [dólares] le coges y le das cinco minutos menos [...] Él quiere clavarme y yo quiero el dinero. No pierdo porque esos cinco minutos que no le doy sirven para venir por otro (Katty, entrevista, 07-2018).

Todo acá lo resuelves hablando. Necesitas poder conversar. No te puedes quedar callada porque no haces nada. Cuando le invitas a subir, cuando te tomas un trago, cuando te quedas sentada con él tienes que hablar de algo [...] Solo es un rato, hasta que le convences. Luego, si haces migas, vuelves donde él [...] Si quieres le dices lo mismo a todos, no pasa nada porque nadie se cuenta nada entre los hombres. En el precio yo casi no negocio porque prefiero ir con alguien que me pague todo, pero sé que hay chicas aquí y en otro sitio que trabajo que a veces se bajan el precio [...] Es porque están borrachos o porque ya son clientes que vienen siempre. (Evelyn, entrevista, 06-2018).

Katty y Evelyn se refieren al lenguaje como un elemento sustancial en el trabajo sexual. Para ellas, es vital en tanto posibilita un mejor acercamiento a los clientes. Si bien al interior se crean relaciones afectivas e intersubjetivas, en el burdel eso es franqueable al punto que conciben al cliente como alguien cercano. Hay clientes, según sus mismos relatos, que son asiduos, que conversan con ellas, que van al menos dos o tres veces por semana. Con ellos, pareciera, hay un mejor acercamiento. Hay una relación que está en el ámbito de lo laboral (cliente-trabajadora sexual), pero que se extiende hasta las emociones. Esta posibilidad no puede, ni debería ser descartada en tanto ellas son sujetos que agencia, como ya se dijo, pero al mismo tienen una dimensión humana-afectiva que no se separa de cualquier personaje en el que estén investidas.

En todo caso, esta conversación-código tiene elementos que hay que tenerlos en cuenta, elementos que van más allá del lenguaje y que se complementan con el cuerpo, con el performance y con los intereses de ellos y ellas. Son formas que toma la seducción en el trabajo sexual, maneras en la que ellas usan el cuerpo para cumplir, digamos, con su objetivo. Ante esto, expresan las trabajadoras sexuales que

[...] hay que saber conversar. Tienes que acercarte, decirle algo bonito como ¿Por qué tan solo?, hola guapo, mi vida ¡ya llegué! Cualquiera cosa funciona. Si logras entrarle ya depende de ti [...] tienes que hacer que consuma, que te lleve al cuarto [...] Mejor, tienes que llevarle al cuarto pero hacerle creer que él te lleva, que te convence (Speedy, entrevista, 04-2018).

Es por ese motivo que

[...] todo el tiempo conversas, no te callas, le adulas y negocias [...] Negocias con el cuerpo porque le tocas las piernas o el huevo, porque le muestras una teta, le dejas que te toque, le muestras el hilo, te paras, le das un beso -si te gusta-, le das el precio, te quedas callada y haces la que te vas [...] A veces te agarran y es porque ya están convencidos, solo tienes que insistir un poquito más y seguir en la conversa (Entrevista, Lisseth, -05-2018).

Las citas enseñan que no solo la conversación es importante en el burdel. Si bien es vital para el manejo de un sistema de negociación que intercambia sexo por dinero, el cuerpo es importante. Ese cuerpo que se mueve, que actúa. Ella actúa. Cuando dice “tienes que convencerle” nos encontramos de nuevo frente a una actriz que intenta persuadir a un cliente, a una audiencia específica “porque afuera ya eres otra persona” (Luciana, entrevista, 05-2018) y los sujetos se colocan de nuevo esa máscara que les convierte en personas “correctas, de hogar, de familia, con hijos o creyentes” (Britney, entrevista, 04-2018).

En el burdel hay dos cosas importantes: cuerpo y lenguaje -hablado- y son utilizados para lograr un intercambio de sexo-económico. Esta negociación-seducción, necesariamente, es llevada a cabo y se hace posible a partir de la existencia de acciones (corporales y habladas) concebidas como rituales porque se repiten, porque te permiten generar una suerte de pertenencia a un grupo humano determinado (trabajadoras sexuales o clientes), y porque contiene lugares (simbólicos o físicos) que son sagrados. En decir, que “las personas buscamos en la relación entre lo dicho y el contexto la pertinencia mayor [...] a partir de un enunciado y en relación con un contexto determinado” (Portolés 1998, 19-20 en Meneses 2002, 439).

Además, la conversación tiene aspectos rituales puesto que los participantes crean símbolos y se convencen de la importancia de ellos lo que permite reproducir y mantener una realidad específica. Así, el lenguaje, más allá de los intereses, tiene significados que son interpretados

por los oyentes y que terminan por convertirse en acciones (tener sexo, por ejemplo). Esto ocurre

[...] no solo por la forma en la que están dispuestas ciertas unidades de habla sino más bien por la organización de los objetivos e intenciones de los hablantes, los cuales son emprendidos y realizados por los oyentes y por la manera en que el lenguaje es usado en servicio de tales objetivos. El lenguaje es usado para llevar a cabo acciones sociales, las que se realizan en contextos interaccionales definidos cultural, social y económicamente (Meneses 2002, 441).

En conclusión, la dinámica del burdel está envuelta en el uso del lenguaje (a través de la conversación) y el cuerpo (movimientos y actuaciones específicas) donde juntos permiten el apareamiento de un personaje: la trabajadora sexual. En este punto, vale destacar que la actuación (*performance*) tiene como objetivo convencer a los otros; hay un interés que es expuesto y un objetivo que busca ser cumplido. En ese sentido, la representación-seducción implica la necesidad de la creación de una oferta frente a una demanda donde además el lenguaje toma un rol protagónico; “hay que vender el producto” (Samy, entrevista, 04-2018) y para vender hacen falta una variedad de prácticas corporales, un lenguaje específico, una teatralización, un escenario que motive a ello, unas actrices, unos actores y un objetivo.

## Conclusiones

Cuerpos, modos de negociación y rituales cotidianos así como es el título de este trabajo, es también el pilar sobre el que se asientan sus objetivos. He dividido la investigación en cuatro capítulos: el primero tiene un enfoque más teórico. En él se proyecta una aproximación a las nociones básicas que atravesarían este escrito. Además, se dejó claro que si bien este trabajo tenía como fin evidenciar las prácticas ritualizadas de las trabajadoras sexuales, no se desconoce la vulnerabilidad que atraviesan. Este punto me lleva al segundo capítulo en tanto tuvo la finalidad de contextualizar la forma en la que el trabajo sexual es visto y tratado en Quito. Esta aproximación a las narrativas y a los imaginarios se hizo a partir de lecturas de ciertas normativas públicas y de textos vinculados más al mundo académico. Posteriormente presenté los capítulos etnográficos. En ellos, a través de experiencias narradas por trabajadoras sexuales y clientes, se condensan las distintas formas en las que ellas negocian sus cuerpos, las prácticas llevadas a cabo para el embellecimiento del cuerpo y la/s relación/es que tienen con sus clientes.

El tercer capítulo estuvo enfocado, esencialmente en la importancia de los cuerpos de las trabajadoras sexuales, en dar cuenta de la importancia de acciones como caminar, maquillarse, bañarse, perfumarse incluso de moverse de un lugar otro. Esto, en el entendido que los cuerpos de las mujeres entrevistadas performatizan, actúan y teatralizan para lograr la mayor cantidad de intercambios sexo-económicos. El último apartado de esta tesis se sostiene en las expresiones orales que ellas usan. Aquí, se presenta la forma en la que lenguaje y cuerpo son fundamentales para que los clientes -en este caso la audiencia- se convenzan del personaje que ellas diariamente presentan. Se señala que no es un lenguaje común, ordinario o aplicable a otros espacios o contextos. Al contrario, es un lenguaje que forma parte del mundo del burdel y que es constantemente remozado y resignificado.

El escrito evidencia los vínculos que existen entre el performance, la ritualidad y la interacción en el trabajo sexual. Todos esos elementos, dentro del trabajo sexual, definen el oficio como una actividad que se inscribe en lo económico. El ingreso al campo más que cerrar por completo las interrogantes ha abierto otras que no estaban planteadas dentro los objetivos principales ¿Cuál es el papel del cliente? ¿Entender el trabajo sexual como un trabajo tiene la potencialidad de reducir las condiciones de vulnerabilidad de las sexo-

servidoras? ¿Qué papel debería desempeñar el cabildo de la ciudad para normar el trabajo sexual? Esta investigación no busca/ba responder esas preguntas, sin embargo es importante mencionarlas como posibilidad para aperturar debates e investigaciones futuras en esas líneas. Además, es posible que a partir de nuevos estudios referentes al trabajo sexual sea posible encontrar soluciones en correspondencia con temas de salud y laborales.

El recorrido hecho por esta investigación dejó entrever que el trabajo sexual ha pasado por una serie de instancias que lo han convertido en un tema de importancia en varios campos. Por ejemplo, hay quienes aseguran que si se hace el intento de acercarse al fenómeno a través de la noción de trabajo sexual, de alguna manera se dejan de lado tópicos como violencia, criminalización, trata, economías subterráneas, y demás dificultades que se visibilizan cuando se habla de prostitución. Para las mujeres que están inmersas en el trabajo sexual la intención es reivindicar la actividad en tanto que no se trata solo de violencia, puesto que hay muchos casos en los que inclinarse por esa labor tiene que ver con una decisión consciente. No obstante, el hecho de que el trabajo sexual se haya discutido en tantos ámbitos como las teorías de género, la política pública, el derecho, los derechos humanos, la sociología, la antropología o la psicología ha permitido que las mujeres ligadas a esa tarea se conviertan en sujetos políticos.

Esta condición, paulatinamente, ha dado lugar al surgimiento de luchas por la reivindicación de los derechos ciudadanos, políticos, laborales y económicos de ellas. Así, lo que buscan es llegar al imaginario colectivo y a la construcción de políticas públicas que permitan entender que el trabajo sexual es un trabajo como cualquier otro en el que las mujeres deciden ingresar libre y conscientemente. No obstante, no desconozco que la “libre elección” no existe efectivamente. Se trata más bien de una serie de decisiones que son tomadas dentro de un abanico de posibilidades y opciones que se engarzan con las condiciones sociales y temporales de los sujetos y/o grupos sociales.

El trabajo de campo permitió visibilizar que pese a que las dinámicas de los cuatro burdeles que conformaron esta investigación son en relación a la negociación del cuerpo, también se observaron unas relaciones de poder ligadas a la construcción de los géneros. Es decir que el trabajo sexual, en cuanto al tema de masculinidades, permite la construcción y edificación de las mismas a partir de la creencia naturalizada que las mujeres son y deben ser catalogadas

como cuerpos destinados a complacer sexualmente a los hombres. Ser mujer, por tanto, implica la permanencia constante en el hogar y el cuidado de una sexualidad destinada solamente para la reproducción humana. En ese sentido, las distintas narrativas que están en la sociedad se inscriben en el cuerpo, se hacen carne con él y se expresan en acciones cotidianas.

Este escrito, además, a partir de un extenso ejercicio etnográfico y la aplicación de diferentes metodologías tiene el tonelaje necesario para dar cuenta del trabajo sexual como una actividad que está estructurada a partir de una organización social machista, masculinizada y violenta, pero también para permitir hacer otras lecturas de él: el uso del cuerpo, los modos de negociación, sentidos, identidad, pertenencia y prácticas ritualizadas. Pareciera que si se abren otras formas de analizar el papel de las trabajadoras sexuales y del trabajo sexual como un oficio con dinámicas propias, con códigos específicos y con simbolismos que constantemente se resignifican es posible poner a discutir la forma en la que por centurias es visto. Incluso, se podría facilitar hacer una lectura del lenguaje que usan los clientes para referirse a ellas, y a partir de ahí hacer una extrapolación hacia las distintas formas en las que nos relacionamos con las mujeres en la sociedad.

Empecé esta investigación con la intención de encontrar el sentido de las prácticas ritualizadas de las sexo-servidoras para ejercer el trabajo sexual. A partir de ahí queda claro que dichas prácticas como vestirse, comprarse ropa, adquirir maquillaje, pensar en la vestimenta para el día siguiente, rezar antes de ejercer el oficio, besar un objeto, etc., son rituales en tanto constituyen la forma en la que ellas se despojan de un personaje para entrar en otro, un personaje que se resignifica constantemente y que se engarza con su identidad y que les otorga sentido de pertenencia. Son prácticas ritualizadas porque son ejecutadas con un fin específico, y le dan sentido no solo al personaje/actriz, sino al mismo trabajo sexual.

Desde esos supuestos es posible ver que el cuerpo de las trabajadoras sexuales se traslada, se mueve de un lugar a otro y en esa movilización se identifican las distintas transformaciones de las sexo-servidoras. El burdel, en definitiva, por su condición e imaginarios colectivos, demanda que las actrices/trabajadoras sexuales se comporten, que actúen de un modo determinado llevándonos a pensar que necesariamente los espacios nos atraviesan social, cultural, política y económicamente.

Entiendo, a lo largo de esta investigación, que el burdel, lo mismo que sucede con otros espacios, demanda comportamientos y tiene normas específicas de las que es inadmisibles salirse. El burdel, por tanto, actúa en sus cuerpos demandando actuaciones y formas de desempeñarse que vayan de la mano con lo que significa ser trabajadora sexual: los clientes, se quiera o no, llegan a cualquiera de los cuatro burdeles que fueron parte de esta investigación, con una idea del papel, del actuar y del proceder que una sexo-servidora tiene/debe tener. En ese sentido, los clientes también tienen un rol, cumplen con una función específica y estrictamente se reduce a ser una suerte de audiencia que tiene cierto grado de participación en toda la teatralización llevada a cabo por cada una de las trabajadoras sexuales.

Se ha visto que no se trata de prácticas no pensadas, más bien son concebidas como acciones que se enmarcan en lo consciente. Ellas preparan el cuerpo y la mente: se maquillan, alistan una vestimenta, invierten dinero en su cuerpo, despliegan una diversidad de expresiones orales que son importantes al momento de la negociación y seducción a los clientes.

Sin embargo, es importante anotar que para las trabajadoras sexuales del Guajira, Apple, The Show y Habana estas acciones/teatralizaciones son importantes solamente dentro del burdel. Están convencidas que no es posible actuar del mismo modo en dos lugares distintos: no es lo mismo ser ama de casa, oficinista, madre, o trabajadora sexual. Para ellas, el cuerpo es vital, pero también una cierta preparación de la psiquis; en cierta medida se despojan de un personaje, se deshacen de una variedad de características que las vinculan con su cotidianidad para convertirse en trabajadoras sexuales.

Esas acciones que son repetidas, entonces, tienen un sentido, tienen una razón de ser y expresan no solo el interés por una transacción sexo-económica, sino que evidencian que solo es posible vestirse del personaje/trabajadora sexual a partir de prácticas ritualizadas que convencen al cliente, que abren la puerta para que aquel consuma todo lo que el burdel ofrece. Es necesario mencionar también que dichas actuaciones/teatralizaciones/prácticas ritualizadas no son del todo rígidas. Si bien hay unas demandas impuestas por el espacio/burdel, hay también la posibilidad de escamotear y de improvisar: elementos vitales para que los mismos modos de negociación se resignifiquen.

Finalmente, deajo sentado que el trabajo de campo y la investigación bibliográfica fueron la pauta y el sostén para evidenciar que para el “buen desempeño” del trabajo sexual hay que reunir y/o movilizar una serie de recursos que van desde el escenario en que se mueven hasta la manera en la que se re-presentan ante su audiencia/los clientes. En última instancia, se trata de una preparación vinculada a lo que Bourdieu concibe como capital corporal, que en el burdel toma la forma de capital sexual (Galak 2010). Al aplicar esta lógica a las mujeres que ejercen el trabajo sexual implica manifestar que hay ciertas formas de mostrarse, de gestualizar-se, de caminar, de hablar, de seducir y de preparar el escenario para un fin: la obtención de réditos económicos a través de una transacción sexo-económica que se da entre la trabajadora sexual y el cliente.

## Lista de referencia

- Adler-Lomnitz, Larissa. 2007. *Simbolismo y ritual en la política mexicana*. Valdivia, Colegio de Antropólogos de Chile.
- Álvarez, S., y Sandoval, M. (2013). *El trabajo sexual en el Centro Histórico de Quito*, Ecuador, Instituto de la Ciudad-DMQ.
- Andrade y Gioconda Herrera eds. *Masculinidades en Ecuador*. FLACSO: Quito.
- Andrade, Jorge. 2007. Entre la santidad y la prostitución: la mujer en la novela ecuatoriana en el cruce de los siglos XIX y XX. En: *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, N.- 28, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales: Quito.
- Arteaga Cuartas, Margarita. 2014. Las de arriba y las de abajo. *El Espectador. Cultura*. Colombia: El Espectador. En <http://blogs.elespectador.com/cultura/lloronas-de-abril/las-de-arriba-y-las-de-abajo>
- Congreso Nacional del Ecuador. 2000. Ley para la prevención y asistencia integral del VIH/SIDA. Congreso Nacional del Ecuador. Ley N. 11, Registro Oficial 58, 14 de abril de 2000.
- Congreso Nacional del Ecuador. 2006. Ley para la prevención y asistencia integral del VIH/SIDA. Congreso Nacional del Ecuador. Ley N. 11, Registro Oficial 58, 14 de abril de 2000.
- Avalle, Gerardo y Brandán, Gabriela (2011). *El cuerpo entre la lucha y el trabajo: el caso de las Trabajadoras Sexuales de la Ciudad de Córdoba, Argentina*. En: *Revista Pequeño*, N.- 1 P.p. 93-107, Universidad del Bío Bío: Argentina.
- Balderas, Jorge, *Mujeres antros y estigmas de la noche juarense*, ICHICULT 2002.
- Beherens, Nadia. “El trabajo sexual es el único tema que nos divide”. *Revista Furias*. Buenos Aires.
- Blanco, Jorge. 2007. Espacio y territorio: elementos teórico conceptuales implicados en el análisis geográfico. En *Geografía. Nuevos temas, nuevas preguntas. Un temario para su enseñanza*. Editorial Biblos. Pg. 37- 64.
- Bonan, Claudia y Guzmán, Virginia. 2014. Aportes de la teoría de género a la comprensión de las dinámicas sociales y los temas específicos de asociatividad y participación, identidad y poder. Centro de Estudios de la Mujer: Brasil.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La Dominación masculina*. Anagrama: España.

- Brown, Wendy. 1995. "Finding the Man in the State". En *Sates of Injury: power and freedom in late modernity*. Princeton: Princeton University Press.
- Butler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Paidós, Buenos Aires.
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, Buenos Aires.
- Caballero, Juan José. 1998. La interacción social en Goffman. En: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas, REIS*. N.- 83. P.p. 121-149. Universidad Complutense de Madrid: Madrid.
- Cabezas, Almudena. 2013. *Cuerpos que importan en las geometrías del poder*. Actas del XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. Congreso Internacional "América Latina: La Autonomía de Una Región."
- Canales, Manuel. 1995. *Sociologías de la vida cotidiana*. Allende Editores: Chile
- Carrión, Fernando. 2005. El centro histórico como objeto y proyecto de deseo. En: *Revista EURE*. Vol. XXXI. N. 93 P.p. 89-100. Santiago de Chile.
- Chávez Naranjo, María José. 2014. La salud y los derechos humanos de las trabajadoras sexuales. En *Aportes Andinos. Revista de Derechos Humanos. PADH-UASB*. P.p. 47-59.
- Checa Ron, Sophia. 2012. *Pecadoras e infectadas: la prostituta en la primera mitad del siglo XX*. Universidad Andina Simón Bolívar: Quito.
- Checa Ron, Sophia. 2016. *Prostitución femenina en Quito: actores, perspectiva moral y enfoque médico (primera mitad del siglo XX)*. En: *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, N.- 43, Universidad Andina Simón Bolívar: Quito.
- Chejter, Silvia. 2011. *Lugar común: la prostitución*. Universidad de Buenos Aires, Argentina
- Chejter, Silvia. 2016. *La prostitución: debates políticos y éticos*. Nueva Sociedad, Venezuela. En: *Revista Nueva Sociedad*, N.265, p.p. 58-76.
- Cifuentes, Colón. 2008. La planificación de las áreas patrimoniales de Quito. *Planning the Patrimonial Areas of Quito*. Centro-h. *Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos*, N.1. P.p.101-114.
- Cifuentes, María Ángela. 2016. *Planificación urbana, modernización vial y cambios en la vida cotidiana de Quito: el caso del barrio San Blas, 1976-1973*. En: *Procesos*.

- Revista Ecuatoriana de Historia*, N.- 44, Universidad Andina Simón Bolívar: Quito.
- Clark, Kim. 2001. El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y estado, 1920-1950. En: *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, N.- 16, Corporación Editora Nacional: Quito.
- Clavero, Bartolomé. 2010. La máscara de Boecio: antropologías del sujeto entre persona e individuo, teología y derecho. En *Quaderni Fiorentini XXXIX*. Milano: Giuffré Editore.
- Coba, Lisset. 2001. Haga Negocio Conmigo: un ritual de masculinidad. En Xavier Andrade y Gioconda Herrera eds. *Masculinidades en Ecuador*. Quito: FLACSO. P.p. 101-114.
- Cohen, Abner. 2011 [1979]. Antropología política. El análisis del simbolismo en los rituales de poder. En *Antropología política. Textos teóricos y etnográficos*.
- Daich, D. (2012). *¿Abolicionismo o reglamentarismo?* Aportes de la antropología feminista para el debate local sobre la prostitución, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- De Saussure, Ferdinand. 1945. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Dewalt, Kathleen y Dewalt, Billie. 2002. *Participant observation: a guide for a fieldworkers*. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Díaz-Cervantes, R. (2014) La perspectiva de género en la comprensión de masculinidad y la sobrevivencia indígena en México. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo II*: 359-378.
- Durkheim, Emile. 1895 [1997]. *Las reglas del método sociológico*. Fondo de Cultura Económica: México.
- Esteban, Mari Luz. 2004. *Antropología del Cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Federici, Silvia. 2010. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Figuroa, Juan Guillermo. 2016. Algunas Reflexiones para dialogar sobre el patriarcado desde el estudio y el trabajo con varones y masculinidades. *Sexualidad, Salud y Sociedad*. Vol. 22, pp. 221-248

- Finol, José Enrique. 2006. Rito, espacio y poder en la vida cotidiana. Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Antropológicas: Venezuela
- Foucault, Michel. 2010. El cuerpo utópico. Las heterotopías. Buenos Aires, Buena Visión.
- Foucault, Michel. 2002. Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. 1 ed. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Galak, Eduardo. 2010. Habitus y cuerpo en Pierre Bourdieu ¿Historia, naturaleza, política arqueología, genealogía? Argentina: Universidad de la Plata.
- García Ramón, María Dolores. 2008. ¿Espacios sexuados o masculinidades y feminidades espaciales?: Hacia una geografía del género. *SEMATA. Ciencias Sociales e humanidades*, 20, 25-51
- García Selgas, Fernando. 1994. El cuerpo como base del sentido de la acción social. En REIS. Revista Española de Investigaciones Sociales. N. 68. P.p. 41-84.
- Gennep, Arnold Van. 2008. *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza. Cap. 2 “El paso material”: 30-44. Cap. 3 “Los individuos y los grupos” No. 45-66.
- Goetschel, Ana María. 2007. *De memorias: imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FONSAL: Quito.
- Goetschel, Ana María. 1999. Mujeres e imaginarios. Quito en los inicios de la modernidad. Quito: ABYA-YALA.
- Goffman, Erving. 2001. La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Goffman, Erving. 1971. Ritual de interacción. Editorial Tiempo Contemporáneo. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/129510261/Erving-Goffman-ritual-de-la-interaccion>
- Gómez García, Pedro. 2002. El ritual como forma de adoctrinamiento. En *Gazeta de Antropología*. N 18, Art. 01. Universidad de Granada: España. [http://www.ugr.es/~pwlac/G18\\_01Pedro\\_Gomez\\_Garcia.pdf](http://www.ugr.es/~pwlac/G18_01Pedro_Gomez_Garcia.pdf)
- Guber Rosana. 2004. El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Capítulo 10 y 11, p.p.203-249. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Gubert, Román. 2002. Máscaras de ficción. Barcelona: Anagrama.
- Guitart, Anna. 2012. Cuerpos, Emociones y Lugar: Aproximaciones Teóricas y Metodológicas desde la Geografía. *Geographicalia* (62), 115-131.

- Heller, Agnes. 1972. Historia y vida cotidiana. México: Ed. Grijalbo.
- Herkovitz, Damián. 2005. Rituales políticos y centros carismáticos: un estudio sobre las escenificaciones del poder. Argentina, Revista de Antropología, no. 6, pp. 1-16.
- Joseph, Isaac. 1999 [1998]. *Erving Goffman y la microsociología*. GEDISA: Barcelona.
- Kingman, Eduardo 2007. Cultura popular, proyectos civilizatorios y disciplinamiento. Quito, 1860-1930. En: *Ciudadanía y exclusión: Ecuador y España frente al espejo*. Madrid: Libros de la catarata.
- Kingman, Eduardo. 2006. La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Quito: FLACSO / Universidad Rovira i Virgili.
- Lahitte, Leticia. 2012. Cuerpo, relaciones de género y tensiones sociales presentes en mujeres de situación de prostitución callejera en un barrio de la ciudad de Buenos Aires. Tesis de Maestría. FLACSO. Sede Académica Argentina. Centro de Estudios de Estado y Sociedad. Buenos Aires: FLACSO.
- Lanas Medina, Elisa. 2015. Reformas en lo laboral y la seguridad social. En Revista de Derecho. N.24. Quito: UASB.
- Laverde, Carlos. 2012. Prostitución y trabajo. Condiciones sociales y laborales de mujeres trabajadoras sexuales en la ciudad de Bogotá. Instituto Latinoamericano de Altos Estudios ILAE-Colombia: Bogotá.
- Le Breton, David. 2002. Antropología del cuerpo y modernidad. Ediciones Nueva Visión: Buenos Aires.
- Levi-Strauss, Claude. 1995. La Eficacia Simbólica. En *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 211-228
- Macías, Rolando (2014). Las prácticas corporales para la construcción del actor, la identidad genérica y la(s) masculinidad(es). Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco: México. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/325/32530724009.pdf>
- MacKinnon, Catherine. 1993. Hacia una teoría feminista del Estado. Madrid: Cátedra
- Manoki, Katya. 2006. Prácticas estéticas e identidades sociales. Siglo XXI: México.
- Mercado, Florencia y Guerrero, Rosario. 2005. Martine Segalen, ritos y rituales contemporáneos. Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades N. 62. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa: México.
- Giove Nakazawa, Rosa. 2015. Rituales de la vida: cotidianos y sagrados. En Foros Internacionales de Espiritualidad Indígena. Sección 1. P.p. 39-45. Perú

- Núñez Noriega, Guillermo. 2016. Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? *Culturales (IV)* 1: 9-31.
- Oslender, Ulrich. 2002. Espacio, Lugar y Movimientos Sociales: Hacia Una “Espacialidad de Resistencia”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Vol.VI, Núm. 115.
- Otálara, Leonardo. 2012. Mitos y ritos modernos. La fabricación de creencias en los medios de comunicación. México: Alteridades. Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S01880172012000200007](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S01880172012000200007)
- Pérez, Julián y Gardey, Ana. 2010. Definición de rito. Recuperado de <http://definicion.de/rito/>
- Rubin Gayle. 1986. El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. En *Revista Nueva Antropología*. Noviembre, año/vol. VIII, Núm. 030. Universidad Nacional Autónoma de México: Distrito Federal, México. P.p. 95-145.
- Sabsay, Leticia. 2011. *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Sandoval Laverde, Mariana y Claudio Gallardo León. 2002. Línea de Base: Dimensión, Naturaleza y Entorno de la Explotación Sexual Comercial de Niñas y Adolescentes en el Ecuador. Quito: OIT/IPEC.
- Segalen, Martine. 2005 [1998]. *Ritos y rituales contemporáneos*. Alianza Editorial: España.
- Silva, María Joseli. 2008. Geografías feministas, sexualidades e corporalidades: desafíos a las prácticas investigativas de la ciencia geográfica. Rio de Janeiro: NEPEC/UERJ.
- Scott, Joan. 1992. Experiencia. En *Feminist Theorize the Political*. Routledge. P.p. 42- 73.
- Sirimarco, Mariana. 2004. Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial *Cuad.antropol.soc.* (20): 67-78.
- Toledo, Juan Patricio. 2012. *Implosión en la antigua ciudad de Quito*. Tesis de Maestría. FLACSO. Sede Académica Ecuador. Quito: FLACSO.
- Turner, Víctor. 1988. *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus. Cap. 3 “Liminalidad y *communitas*”: 101-136.
- Ulloa, Astrid. 2016. Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas* 45: 123-139.

UNICEF. 2006. El Plan Nacional para combatir la trata de personas, el tráfico ilegal de migrantes y la explotación sexual laboral. UNICEF: Ecuador.

Verano Gamboa, Leonardo. 2015. Sentido encarnado y expresión. En Acta Fenomenológica Latinoamericana. Vol. III. P.p. 601-615. Pontificia Universidad Católica del Perú: Lima.

Zambrini, Laura. 2007. Cuerpos, indumentarias y expresiones de género: El caso de las travestis de la Ciudad de Buenos Aires. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires: Buenos Aires.

Zaragocin, S. 2017. Interseccionalidad constituido en el espacio. Espacialidades Feministas, Boletín Anual Universidad Nacional de Colombia.